

Emilio Castelar

*La civilización en los cinco primeros
siglos del cristianismo*

TOMO II



Biblioteca Saavedra Fajardo 2019



Biblioteca SAAVEDRA FAJARDO
de Pensamiento Político Hispánico

Emilio Castelar.
La civilización en los cinco
primeros siglos del cristianismo. II



ÍNDICE

INTRODUCCIÓN. LECCIÓN PRIMERA	4
EL IMPERIO DESDE GALBA HASTA TRAJANO. LECCIÓN SEGUNDA.....	26
EL MUNDO ROMANO. LECCIÓN TERCERA.	67
EL CRISTIANISMO EN EL SIGLO PRIMERO. LECCIÓN CUARTA.....	100



INTRODUCCIÓN. LECCIÓN PRIMERA

SEÑORES:

Al comenzar de nuevo en esta noche mis lecciones cortadas por larga interrupción mucho mayor de lo que consentía mi deseo de tornar a ver este ilustrado público, pido con más razón que nunca la benevolencia del público, pues, si en un momento de arrojo o de ceguera, pude emprender esta obra, hoy que veo los obstáculos y mido las dificultades, siento decaer mis fuerzas y toco ya en los últimos límites de la desconfianza, y del desaliento. Sin embargo, cuando veo la inmensa trascendencia del asunto encomendado a mi criterio; un mundo que muere y otro mundo que nace; altares adorados por la humanidad deshechos en el río de los tiempos, heridos por el rayo del cielo; la gran lira clásica, estallando de dolor, rotas sus cuerdas, extinguida su voz, como los últimos gemidos de un corazón que se apaga; la raza heleno-latina, dueña del mundo, artífice de la civilización, interrumpida en su obra por las irrupciones de los pueblos bárbaros, atada vilmente a su propio carro por las manos de sus esclavos; el genio de Oriente, genio poético, mago, fantástico, uniéndose al genio práctico de Grecia para desvanecerse unidos como el humo de un holocausto; la primera luz del cristianismo, apareciendo por los últimos límites de este desolado horizonte; los circos poblados, no de fieras, sino de mártires, los desiertos de eremitas, las calles de apóstoles, la tribuna romana rota por la espada de los emperadores, exhalando la voz de los apologistas y los doctores cristianos; cuando veo dibujarse a mis ojos este cuadro, si bien me desalienta su extensión y su variedad, me anima pensar que delante de los hechos, de los grandes hechos que vamos a contemplar, sentiremos la providencia de Dios que nunca se aparta del mundo, y la eficacia divina de ese gran principio, ingénito a nuestro ser, atributo de nuestra alma, de ese eterno protagonista en la naturaleza y en la sociedad, del principio de libertad, que llena como luz sin ocaso desde las primeras hasta las últimas páginas de la humana historia. (Aplausos.)

En todas estas lecciones nos proponemos un fin práctico, positivo, tangible, para evitar procelosos escollos y ocurrir a gravísimos males, y así como en el año anterior, cuando una escuela arrogante, en todo el apogeo de su mentido poder, de su falsa gloria, amenazaba arrancarnos nuestra libertad y nuestro derecho, y para conseguirlo, se refugiaba en el sentimiento religioso, último asilo de los penates de los pueblos, y nosotros la arrojábamos de aquel reducto mostrando que el cristianismo y la noción de libertad descendieron a un tiempo del cielo y se dilataron merced a un mismo sacrificio, por la tierra; así como en el año anterior, rendimos este servicio a la causa de la libertad de nuestra



patria; hoy, que nuestro mal toma un aspecto más grave y más profundo; hoy, que la duda cae sobre tantas inteligencias, y el interés domina tantos corazones; hoy que hombres encanecidos en el servicio de grandes causas, las abandonan, por seguir a un ídolo sin espíritu y sin nombre, debemos abrir las páginas del martirologio cristiano, ver al débil niño, a la pobre mujer, al vacilante anciano, triunfando en el potro, en el tormento, en la hoguera; para enseñar así a esos hombres que sacrifican a su vida de hoy su vida de todos los tiempos, que la duda y la apostasía nunca han tenido mártires, y que la fe en las grandes ideas religiosas, políticas y sociales, ha hecho todos los milagros y ha obrado todas las maravillas que nos admiran en la tierra. (Ruidosos y prolongados aplausos.)

Yo no lo siento por esos hombres que se van, columnas destrozadas de templos que se arruinan; piedras caídas de altares que se deshacen; no lo siento por ellos, aunque me lastima que manchen los títulos que tienen al agradecimiento de los pueblos; esta confusión moral me duele por la juventud; porque si la edad de las grandes pasiones, de la generosidad; la edad, que siente rebosar la vida en su seno y atrae a su imaginación todas las ilusiones; esa edad, en que el hombre ama el sacrificio, porque ve su ser dilatarse en horizontes infinitos; esa edad del amor, de la fe, en que el corazón late de entusiasmo, y la idea como el águila se cierne en los espacios más allá de las nubes, como en pos de que el aliento de las tempestades, agite sus alas y acompañe sus cánticos; si esa edad feliz, se entrega también al descreimiento y a la duda, si se consume en la impotencia, si no ama la libertad y el progreso, es necesario renunciar al último reflejo de la vida, a la esperanza, y caer en el marasmo y en la duda; muerte pavorosa y terrible, más terrible y pavorosa que la descomposición de nuestro cuerpo, señores, porque es la muerte de la conciencia, la triste muerte del alma. (Aplausos.)

La ciencia, que nos anuncia el porvenir; la historia, que nos señala los grandes y extraordinarios esfuerzos, que los hombres han empleado para llegar a la libertad; el recuerdo de las catástrofes, porque ha pasado la especie humana; la vista de ese largo camino sembrado de abrojos que el hombre ha pisado, camino en que la ha sostenido siempre la esperanza de llegar a la tierra prometida, que se esconde, como una estrella indecisa en el fondo de todos los tiempos, en las tinieblas de todos los siglos; la seguridad, de que nada ha habido durable y fuerte en la tierra, sino aquello, que se ha cimentado en el bien universal de la especie humana; el ruido de las cadenas que se quiebran y se pulverizan a cada paso que da el hombre para llegar a su fin, que es realizar su naturaleza en verdad, bondad y hermosura sobre la tierra; todas estas ideas, todos estos sentimientos, que se desprenden de las páginas de la historia y del estudio de nuestra conciencia, pueden servirnos como de preservativo



para los males presentes, como de guía para acercarnos resueltamente o lo porvenir, seguros de que en su seno se ha de encontrar la libertad y la justicia, que nos recuerda la eterna presencia de Dios en la naturaleza y en la historia. El estudio de la ciencia histórica es muy idóneo para nuestro carácter. La raza latina, hija de aquellas razas que divinizaron la naturaleza, como en prueba de que había de ser siempre suyo el mundo material; artista de fantasía poderosísima y de intenso amor a la realidad y a la vida; más fácil para la inspiración que para el raciocinio; pronta siempre a encarnar en el espacio las ideas que cruzan por su conciencia; expansiva, como que su corazón es una lira que suena al menor beso del sentimiento; dada a verter la esencia de su alma, no en abstracciones vagas o indecisas sino en grandes empresas y en obras, que maravillan y suspenden los sentidos; guerrera, que ha abrevado la tierra con su sangre; navegante audaz, que ha descubierto los secretos que nos ocultaba en el inmenso manto de los mares; raza humanitaria, como que ha dado a todas sus ideas principales, al derecho, al arte ese gran sello de unidad, que las levanta sobre todas las obras de la historia; criada en blanda naturaleza, que ha sido parte a dar fuerza creadora a su imaginación y encantos a su vida, preparada con todas estas disposiciones, nuestra raza verá siempre en cada hecho una idea y tendrá siempre por su principal ciencia y filosofía la ciencia de la historia, entrando la primera en la ciudad de Dios de lo porvenir, en la ciudad de la libertad y del derecho.

En efecto, señores, en la historia se encierra esa filosofía que ha sido de todos los tiempos de la humanidad; esa filosofía, esa ciencia práctica, que nos muestra la serie de ideas, porque ha pasado el espíritu para seguir en su desarrollo y llegar a su perfeccionamiento. Cada hecho es una idea, ora positiva, ora negativa; cada época y cada nación un sistema; la historia toda de la humanidad una ciencia acabada y completa. En las diversas escuelas filosóficas y políticas, en las varias instituciones, en las artes, en las ciencias, el espíritu observador y elevado, ve las leyes de nuestra rica y varia naturaleza. Desarrollando a un mismo tiempo estas leyes, viviendo en todas las esferas de la vida, dilatándose en toda la fuerza de su ser, el espíritu humano se realiza en la historia. En los primitivos tiempos, estaba encerrado en la naturaleza como en su capullo, dormido en el seno de la materia como el inocente niño en el maternal regazo; pero más tarde, el aura de la libertad lo extiende y lo dilata, y su vida se encarna en brillantes manifestaciones, y entonces nace el ángel de la creación, el hombre. El hombre es la armonía viva del espíritu y la naturaleza, la unión de la idea y la materia, el lazo que liga al ciclo y la tierra, y por eso su vida es varia, rica, inagotable y multiforme; y en su primer albor, reposa en la creación como el pajarillo que en su nido aletea, sin ser osado a desplegar sus vuelos; y



herida luego por el amor va en pos de la familia, que es para la vida como la jugosa tierra para el árbol; y no cabiendo en la familia, porque rebosa en tan pequeño espacio, se dilata en la sociedad; y para hacer la sociedad a su imagen halla el derecho como para hacer la naturaleza a su semejanza, tiene en sus manos el cincel del trabajo; y anhelante de armonías encuentra en su ser encendido la imaginación que en sus alas de oro le trae todos los átomos de la naturaleza, y en su arpada voz los cánticos de todos los seres, hasta que por fin desasosegada, inquieta, ansiosa de más luz, penetra con su razón en los eternos tipos del mundo, y en las eternas leyes de la naturaleza, en el santuario de la religión y de la ciencia, y en todas estas varias ideas, en todos esos diversos grados, en la familia, en la sociedad, en el trabajo, en el derecho, en el arte, en la ciencia, en la religión, se extiende esta vida humana, que así compendia la esplendidez de la naturaleza como refleja cual mar en calma, todas las luminarias del cielo. Así, pues, señores, para continuar nuestras lecciones, debemos demostrar el estado de la familia, de la sociedad, del derecho, del trabajo, del arte, de la religión y de la ciencia en los cinco primeros siglos del cristianismo. Es necesario presentar este cuadro frente por frente del cuadro que ofrecerá más tarde la familia cristiana.

El mundo antiguo iba a perecer, iba a ser destruido. En todas sus manifestaciones debía conocerse esta decadencia que tocaba ya en los últimos límites de la descomposición y de la ruina. Señores: Así como la sociedad se resume en el hombre, la familia se resume en la mujer. El alma de la familia es, pues, la mujer. Compañera del hombre; rosa, que embalsama todo nuestro ambiente; cielo claro, sereno, que nos ilumina con su mirar y nos refrigera con el dulce rocío de sus lágrimas; vaso de bendición, que contiene la miel de los más dulces y puros sentimientos; casta musa que inspira nuestros mágicos ensueños, nuestras más caras ilusiones; sin su hermosura, sin su amor, el mundo sería como un desierto, el hombre como una fiera, pues la mujer es fortaleza en el combate, fe en la incertidumbre, consuelo en la desgracia; único ser, que enjuga nuestras lágrimas y calma nuestras penas; y así su voz resuena en los oídos como regalada blanda música; su palabra serena el mar tempestuoso de nuestras pasiones; su presencia mata toda mala idea en la mente, todo avieso sentimiento en el pecho; su hermosura nos inspira ese éxtasis en que el alma se exhala del cuerpo para reposar tranquila en el seno de otra alma; como que su destino es perfumar con ideas purísimas la conciencia, hermoear con el amor a la virtud del corazón, dirigir como una estrella la voluntad al bien; ángel de paz que apareciéndose al lado de nuestra cuna cuando niños; en la mansión del dolor, si enfermos; en todos los combates del hombre, y más cuando es derrotado y herido; sobre la removida



tierra de nuestras sepulturas, después de muertos; conserva y purifica bajo sus nacaradas alas el fuego de nuestras almas. (Ruidosos aplausos.) ¿Y qué es la mujer romana en tiempo de la destrucción de Roma, en tiempo del imperio? Aquella antigua matrona, cuya majestad severa tenía algo de la majestad de la República, cuyas costumbres eran austerísimas y sobrias; encerrada en lo más hondo del hogar; dispuesta siempre a hilar la ruda lana para cubrir el cuerpo fatigado del guerrero, y a alizar la tosca lámpara, que ardía en el ara de los dioses patrios; sujeta como a un yugo de hierro, primero a la autoridad de su padre, y después a la autoridad de su esposo; consagrada al matrimonio por una ceremonia religiosa, en que intervenía el numen augusto de la antigua Roma; saliendo rara vez de su casa, y solo para asistir, cubierta de tupido velo y envuelta en larga túnica, a las ceremonias religiosas, a las procesiones del Capitolio, a los funerales de los héroes republicanos; recatada en su castidad, pues su castidad interesaba, no solo a la familia, sino también al estado para mejor conservar la pureza de la sangre romana; aquella mujer, querida de sus hijos, respetada de su esposo, cuando llega la hora del mundo antiguo, abandona su templo, el hogar; se aparta de la vida privada; asiste a la puerta Capenna en carro de marfil y oro, mal envuelta en púrpura, seguida de esclavas abisinias, que renuevan el aire con sus abanicos de plumas de mil colores; va al circo a excitar al gladiador con su sonrisa, al campamento a entusiasmar a los soldados, al teatro a refrigerar con vino de Falerno la cansada garganta del farsante; abandona la antigua severidad, se acostumbra al divorcio y al concubinato; rompe la conferreacion por una ceremonia fúnebre, y la coemption por una nueva venta; se deja llevar de grado desde el tálamo nupcial al palacio de los Césares, para pasar desnuda en su presencia y agujonear sus brutales instintos; baja a la ergástula a buscar en los brazos de sus esclavos nuevas sensaciones, nuevos placeres; se disgusta de la maternidad, y para no marchitar su hermosura ahoga en el vientre el fruto de sus amores, o si tiene hijos, los entrega a sus esclavas, para que los eduquen; y así, corrompiendo la familia que es la raíz de la vida, corrompe la sociedad; y corrompiendo la sociedad, la apareja para la servidumbre; porque, cuando los pueblos son tan viles, que pierden la virtud y la conciencia de su derecho, caen faltos de esa virilidad que necesita la práctica de las libertades, rendidos por el brutal sueño de los vicios, bajo la coyunda infame y vil de los tiranos. (Prolongados aplausos).

De la familia pasemos a la sociedad. El Imperio era toda la sociedad, el Imperio. Esta institución continuaba siendo fiel a su idea, a su pensamiento capital. No habiendo podido los Gracos realizar la revolución social en el Senado, ni Saturnino y Druso en los comicios, ni Mario y Sertorio en los



campos de batalla, una dictadura permanente iniciada por César, y seguida con empeño por sus sucesores, vino a absolver la vida toda de Roma, para extender los privilegios de la ciudad al mundo; abrir el cerrado *pomerium* a los extranjeros; malar la oligarquía del Senado, la preponderancia de los ricos, el orgullo de los nobles; destruir la antigua familia patricia, emancipar a la mujer y al esclavo; llamar al ejército a todos los pueblos; establecer la igualdad ante el fisco de todos los hombres; hacer la justicia uniforme, la ciudad universal, el derecho humanitario; suprimir ya para siempre las antiguas fórmulas; realizar, en una palabra, una gran revolución en el mundo, prueba cierta de que las grandes ideas, que vienen a renovar la vida del mundo, y el alma del hombre, con un nuevo soplo de libertad, han de ser pacíficamente admitidas en las leyes, porque de lo contrario rompen, destrozan todos los obstáculos y consiguen por las revoluciones y por la fuerza las victorias que no han podido conseguir por la persuasión y por sus derechos. La idea justa, saludable de la revolución plebeya tomó una forma asquerosa y repugnante cuando tomó la forma de dictadura omnipotente, y llegó a las consecuencias de asqueroso despotismo. Roma entregó el poder a un hombre, lo hizo imagen de su libertad, centro de su fuerza, encarnación de su derecho, símbolo de su justicia, sombra de la misma augusta majestad del pueblo, depositario de todas sus riquezas, le ciñó la corona en que estaban engastadas todas las naciones, le dio por centro el eje mismo del mundo, le envolvió en púrpura teñida en la sangre de todas las razas, le alzó un trono, cuya peana era la tierra, cuyo dosel era el cielo; y como nada hay tan fuera de razón y tan contra naturaleza como el despotismo y la autoridad ilimitada de un solo hombre, aquellos emperadores, al tocar la cumbre del poder, eran desgraciados o infames, como lo prueban Tiberio, alma grande, convertido en sediento tigre; Nerón, espíritu tierno y poético, transformado hasta el punto de matar a su madre y quemar a Roma; Calígula, loco que hace a su caballo cónsul y a la luna su amante; Caracalla, que mata a su hermano al mismo tiempo que le acaricia y que goza en ver correr la sangre de veinte mil hombres; Cómodo encerrado en su palacio con trescientas prostitutas y otros tantos mancebos; Vitelio tendido en su cocina, gastándose en comer todas las rentas del Imperio, apegado *al plato* gruñendo y devorando; Claudio, el imbécil Claudio, viendo con epiléptica risa en los labios y la estupidez en el semblante morir diez y siete mil gladiadores; Diocleciano huyendo a Nicomedia a ocultar sus remordimientos; el pío Antonino, devorado por el escepticismo; Trajano, el gran Trajano, recorriendo la tierra por ver si puede arrojar de sí el peso de la desesperación que le consume; ejemplos vivos, eternos, de que el hombre levantado sobre los demás hombres, el hombre que aplasta bajo sus pies la libertad y el derecho, el hombre que desde su trono menosprecia



a la humanidad, al ceñirse una corona autocrática se ciñe una serpiente que le muerde las sienes, al tocar los límites de la omnipotencia, toca los límites de la abyección y de la miseria, y al creerse un Dios se convierte en miserable bestia. (Ruidosos aplausos.)

Veamos las edades del Imperio. La primer edad que se dilata desde César hasta Nerón, es una edad revolucionaria. Los Césares revolucionarios violentos, de acción, bien al revés de los Gracos que eran revolucionarios idealistas, platónicos, soñadores, rompen, destrozan todas las antiguas instituciones; la familia por sagrada y austera; la propiedad, por inmóvil; los comicios, por tumultuarios; los Cónsules, por aristócratas; los tribunos, por violentos; el Senado, por tradicional e histórico; el patriciado, por egoísta; el derecho formulario y religioso, por oscuro y privilegiado; la diferencia de clases, por antigua y gastada; y así quebrantándolo todo, destruyéndolo todo, renovándolo todo, abren paso a una nueva idea política y social, que sube majestuosamente a posesionarse del alto Capitolio, para unir a todos los hombres dispersos y celebrar el nacimiento de una nueva humanidad refundida por la revolución, por el hierro y el fuego, instrumentos de las ideas, en un solo cuerpo, sobre el cual va a descender pronto el espíritu de Dios envuelto en el soplo inmortal del cristianismo.

La época que comprende desde la muerte de Nerón hasta la ascensión al trono de Trajano, es una época confusa de indecisión y de duda, es un caos en que luchan contrarios y opuestos elementos; el recuerdo de lo antiguo, el temor y la esperanza en lo porvenir. Apenas muere Nerón, el grito de libertad llena los aires de Roma; la imagen de la República se aparece a los ojos de los nobles; unos gritan por la resurrección de la antigua sociedad, otros por el acrecentamiento y gloria del imperio; el Senado se mueve y palpita en su sepulcro; la aristocracia quiere rasgar su negro sudario; la familia cesárea desaparece como si la hubiera devorado un abismo; el bosque de laureles de donde cortaban sus armas los dueños del mundo, es consumido por el fuego del cielo; las estatuas de Tiberio, Calígula y Claudio, pierden su corona, y la de Augusto es herida en el cetro por un rayo; la tumba de Nerón, se levanta en el Campo de Marte, dominando a Roma, cubierta de flores; las muchedumbres más ínfimas de la ciudad eterna, recorren las calles pidiendo a grandes voces su hijo, su emperador, su Nerón, en cuya muerte no puede creer porque Nerón era su vida; y en medio de este desorden ora sube al Capitolio un soldado porque tiene lanzas, y que cae, porque no da juegos ni gladiadores, ni comida al pueblo; ora un mancebo, porque es amigo de Nerón, mancebo que deja en las gradas del trono vida, honra y corona; ora un glotón, enviado por los ejércitos de Occidente; ora un filósofo que mandan las regiones de Oriente; ora un monstruo, que se entretiene en matar moscas y en matar



hombres; siempre la indecisión, siempre la duda; enseñanza verdadera, señores, de lo calamitosas y tristes que son esas épocas, en que la sociedad no tiene un principio absoluto, no abraza una idea fija, y luchando entre diversos elementos, se quebranta y se destroza, aplastando las más altas inteligencias y los más heroicos y grandes corazones, bajo el peso de sus ruinas. (Aplausos).

Pero así como la época que se extiende desde César hasta Nerón, es la época revolucionaria del Imperio, y la época que se extiende desde Nerón hasta Trajano, es la época de incertidumbre y de duda, la época que se extiende desde Trajano hasta Marco Aurelio, es la época filosófica del Imperio, la época en que domina la inteligencia y la razón, en que parece próximo a cumplirse el gran sueño platónico del gobierno del mundo, por los más sabios y los más virtuosos. La idea filosófica de la escuela estoica, idea eminentemente práctica, idea de organización social y de gobierno, so encarna en hombres como Trajano, Adriano, Antonino Pío, y Marco Aurelio. La noción del derecho tan oscura antes, se esclarece y alumbra al mundo. El antiguo derecho patricio, es sustituido por el nuevo derecho civil, que pone al hombre sobre el ciudadano. En las mismas doce tablas, donde escribió el genio severo de la antigua Roma la idea del derecho, pero del derecho patrio, del derecho exclusivo, escribe con indelebles caracteres la mano de Marco Aurelio, la idea del derecho universal, del derecho humanitario. La razón de Estado, esa divinidad que había vivido devorando pueblos, es eclipsada por un principio más sublime y más humanitario, por el gran principio de justicia. El emperador no es el magistrado que levanta a Roma sobre las demás naciones de la tierra; es el padre que levanta en Roma toda la humanidad, que llama a todas las razas, que comparte su vida con todos los pueblos, que anuncia el ideal de justicia; edad feliz, en que parecía que toda la filosofía griega, todos los grandes pensamientos que han cruzado por la conciencia humana, se habían encarnado en el Imperio. Marco Aurelio, educado para reinar por un esclavo, por un estoico que le enseñaba a creer más fuerte la virtud que todos los poderes de la tierra, y más justa la conciencia que todos los códigos escritos, Marco Aurelio llevaba al trono la idea filosófica de la antigüedad, el estoicismo, que era a un mismo tiempo una protesta contra las clases elevadas y egoístas, y una preparación maravillosa para la doctrina del verdadero derecho; y así el emperador creía que las leyes civiles debían tener por norma la eterna ley de lo justo; que el hombre debía formar con sus hermanos una gran familia; que la libertad interior, esta voz secreta y augusta, no puede ser nunca por la tiranía ahogada; que cada una de nuestras acciones, lejos de mirar al bien particular del individuo, debe mirar al bien de la humanidad, como cada una de las partes del mundo se enlaza en él universo; doctrina santa que era



el presentimiento del cristianismo; doctrina que se reflejaba en la vida de Marco Aurelio, como la vida de Marco Aurelio se reflejaba con resplandores nunca de los hombres antes vistos, en el Imperio.

Pero así como la época que abraza desde César hasta Nerón es la época de las revoluciones contra la vieja sociedad, y la época que abraza desde Nerón hasta Trajano es la época de la incertidumbre en la nueva sociedad, y la época que abraza desde Trajano hasta Marco Aurelio es la época de la filosofía y de la idea y de la organización; la época que abraza desde la muerte de Marco Aurelio hasta la ascensión al trono de Probo es la época de los pretorianos y de los sacerdotes y de los jurisconsultos, la época en que la fuerza de la sociedad antigua personificada en los ejércitos y la fuerza de la religión personificada en los theurgos y en los jurisconsultos luchan, predominando siempre los pretorianos: y así la iniciación de la fuerza militar se ve en Cómmodo, la reacción religiosa se ve tímida en Alejandro Severo, desenfrenada en Heliogábalo, el triunfo absoluto del poder militar en Maximino, la organización civil de ese mismo poder en Probo; época tremenda cuyo recuerdo llena de angustia el corazón, de sombras la inteligencia; época, en que lucha el fanatismo con la fuerza, y a cualquier lado que se inclina la victoria, ora a la teocracia mágica, ora a la fuerza bruta, se inclina siempre a la tiranía y a la barbarie.

El Imperio, como todo poder que se funda en una violación del derecho, que es al mismo tiempo una gran violación de la naturaleza humana, había menester numerosísimas huestes, inmensas legiones, poderosas en verdad para sustentarlo, pero más poderosas aún para destruirlo; porque así como el error lleva en sus lógicas consecuencias la muerte, la tiranía, que es la encarnación viva de todos los errores, encuentra su debilidad, su ruina en lo mismo que cree su fuerza; y crecido desmedidamente el ejército, para sostener con cadenas de hierro siempre frágiles aquella sociedad que no acertaba a sostenerse en la ley de armonía que entrañan la libertad y la justicia; cuando ocupaba el trono un emperador como el bárbaro Cómmodo, más ganoso de placeres que de glorias, más amigo de fiestas que de autoridad, más bien hallado en la tibia atmósfera de los serrallos que entre las inclemencias de los campamentos; un emperador, que para divertir su hastío iba ceñido el pecho con piel de león, la espalda con arco de cazador, y ocupada la mano con hercúlea maza de oro, a cazar fieras, a disputar el circo a los gladiadores en fingido combate, haciendo que el Senado levantara estatuas y ofreciera incienso al que le había aventajado en la arena; cuando un emperador de este linaje, decía, ocupaba el trono; las guardias pretoriana que conocían al emperador, que presenciaban sus deformes vicios, que sentían en sí el núcleo de todo poder, que miraban pendientes de sus lanzas



toda autoridad y toda justicia, recogían las riendas del Estado, jugaban con ellas al azar, destronaban al emperador, vendían la púrpura cesárea al que más la pujaba, sacaban desde lo alto de los muros de la ciudad eterna, resguardo salvador en otro tiempo del derecho a pública subasta el Imperio, lo vendían a un senador rico, y luego tornaban a destrozar con sus espadas sus mismas hechuras, como para enseñar eternamente a las generaciones, que esos poderes que se creen eternos, porque tienen solo en su abono la fuerza, son débiles cuando les falta la justicia, y haciéndose tiránicos, solo pueden engendrar en su maldita esterilidad la anarquía en el gobierno, la desolación en los pueblos. (Estrepitosos aplausos).

Cansados los espíritus de la fuerza, convirtieron sus ojos a una idea, a un elemento espiritual, y como el gnosticismo con todos sus mágicos ensueños dominaba el mundo, fueron al interior de un templo del Asia, a buscar entre el humo de los holocaustos y de los sacrificios un emperador llamado Heliogábalo, que desde el Oriente caminó a Roma en medio de palmas y flores, y aromas en larga procesión religiosa; y entró en la ciudad Eterna envuelto en rozagante seda, pintadas de bermellón las cejas y las mejillas, ceñida la frente con áurea tiara persa, embebido en un éxtasis religioso, abrazado en su carro triunfal a su Dios que era una piedra negra ornada de diamantes y esmeraldas, seguido de un gran número de mujeres sirias que trenzaban con guirnaldas una mágica danza; rasgos muy propios para pintar aquel extraño joven, cuyo culto era el vicio, cuya teología era el amor brutal y desordenado de los sentidos, cuya imaginación enflaquecida y exaltada por los placeres a un mismo tiempo era presa de un continuo fantástico delirio, que le llevaba a predicar dogmas religiosos, eróticos, afrodisiacos, a unir y aglomerar nuevas divinidades en el panteón, a crear un senado de sacerdotisas consagradas a Venus, a vestirse de mujer y entregarse a la infamia de vergonzosas liviandades, a salir desnudo en un carro circundado de mujeres también desnudas, a unir en confusión horrible todos los sexos, todos los animales en sus goce9s a violar las vestales y divinizar las prostitutas, a confundirse en un mar de delicias, de orgías, exaltado por un sentimiento religioso, que tendía a prolongar el placer hasta lo infinito, como si fuese aquel delirio el delirio de un siglo devorado por la duda; aquella demencia, la demencia de una civilización corroída por el despotismo. (Aplausos.)

Los sacerdotes, los filósofos neoplatónicos, los juris-consultos, habían creado aquel emperador delirante, y habían mostrado su impotencia para sostener en la razón al Imperio. Dos clases luchaban por la púrpura, la clase civil, que predominaba después de una larga tiranía militar, y la clase militar, que predominaba después de una larga tiranía civil. El mundo cansado de la demencia de los que



podíamos llamar ideólogos de aquel tiempo, personificados en Heliogábalo y Alejandro Severo, se inclinaba de nuevo a la guardia pretoriana, a la preponderancia militar. Un día un guerrero titánico, de talla desmesurada y de buen porte, pasaba armado de pesadas armas delante de las legiones romanas, caballero en un alazán del desierto, respirando gozoso el aire que presagiaba el combate y anunciaba la tempestad. Las legiones creyeron ver en él un Cíclope, un Titán, un Hércules, y lo erigieron dueño del mundo. En efecto, Maximino era el símbolo de la fuerza. Hijo de un godo y de una alana, criado en las inclemencias del campo, era como el representante de una nueva raza, y tenía ocho pies romanos de estatura, la fuerza de un toro, la impetuosidad de un caballo, se bebía el vino que cabía en una ánfora, devoraba treinta libras de vianda en un momento, deshacía las piedras entre sus manos, paraba un carro en mitad de su carrera, y era capaz de romper con sus puños, una legión de los más bravos guerreros. La guardia pretoriana había encontrado su héroe. Él la llevaba a pelear contra los sármatas y los persas; él aplicaba a la guerra el dinero de los espectáculos, al mantenimiento de su ejército los ídolos de oro de los templos. Roma estaba aterrada al ver que un bárbaro era su dueño. Parecíale que como los antiguos galos iba a incendiar el Capitolio, y a no dejar en la ciudad reina del mundo, piedra sobre piedra. Maximino había sido desgraciado en Roma, había encontrado cerradas a su miseria las puertas de los Señores que al verlo emperador, hundían en el polvo la cobarde frente; y se aprestaba a una pronta venganza. Mas el Senado le declaró depuesto del trono. Al saber esto Maximino en sus expediciones, atraviesa los Alpes, baja a los valles, encuentra arrasadas las campiñas, desiertas las villas, fortificadas las ciudades, rotos los puentes, emponzoñados los manantiales; ve que hasta las piedras de Italia, se levantan por sí solas contra el bárbaro; conoce que el mundo prefiere epicúreos infames y gastados, a un guerrero que hubiera podido fundir con su soplo de fuego el témpano de hielo que iba a caer sobre el Imperio, y se entrega a la muerte, que le dan bárbaramente sus legiones.

El Imperio desde Tácito hasta Probo, después de amenguar un tanto el poder de las guardias pretorianas, reconcilia el elemento militar con el elemento civil, como para prepararse a otra lucha más grande, a la lucha religiosa que empieza verdaderamente en Diocleciano y concluye en Teodosio. El Imperio siente que el cristianismo va a triunfar. Diocleciano lucha con el cristianismo, Constantino cede a su influjo, Juliano retrocede al paganismo, Teodosio proclama definitivamente su triunfo. La Iglesia desde Nerón hasta Trajano, y desde Trajano hasta Diocleciano, sufre grandes persecuciones. Aquellos cristianos encerrados en el fondo de las catacumbas para practicar la ley del amor, para



renovar el mundo con la esperanza, míseros esclavos, que habían roto sus hierros, almas puras que se levantaban del cieno de la sociedad; porque entre tantos vicios conservaban entera la virtud; porque entre tantas duras pruebas tenían fe vivísima; porque en aquella general adulación a los tiranos, guardaban inmaculada su libertad; porque en la agonía tremenda y desesperante del Dios naturaleza, tenían un Dios-espíritu, que recogía sus lágrimas y calmaba sus dolores; eran perseguidos, acosados por los hombres de la vieja sociedad, que les hacían responsables de los huracanes, de las tempestades, del hambre, de las inundaciones del Tíber, y de la escasez de aguas en el Nilo; y bajando a sus catacumbas, a sus templos, querían arrancarles su Dios, arrancándoles la vida; y los arrastraban por las calles, y los vendían en los mercados, y los bajaban a las minas de la Numidia, y los entregaban a los hambrientos leones, a los tigres, a las hogueras; crueldad inútil, porque si los miembros de aquellos infelices, sus carnes eran desgarradas en el garfio, si su sangre era consumida por las llamas, sus almas purificadas, engrandecidas por el martirio, desciñéndose de los lazos de la materia, se perdían en lo infinito para reposar tranquilos en el eterno árbol de la vida. (Aplausos prolongados.)

Y mientras esta persecución se ensañaba en los cristianos, el paganismo se moría. La naturaleza perdía sus antiguos encantos; las ninfas y las náyades se desvanecían entre las ondas de los arroyos; el genio de Apolo no murmuraba ya sus dulces cantares en las ramas de los laureles del Himeto; el coro de ruiñeños que acompaña el canto plañidero de Edipo a la sombra de los olivos y los mirtos en el Valle de Colonna, callaba como si temiese turbar el reposo de la muerte; Diana no dejaba durante la callada noche sus huellas de melancólica luz en los umbrosos bosques; el dios Pan no sonaba en las majadas y oteros su camarillo, en el cual aprendieran sus regalados versos los Teócritos y los Virgilibios; la caverna de Delfos yacía tapiada y no hablaba ya en su seno el genio de la antigua religión; la pitonisa había rasgado su blanco velo, su corona de verbena, y arrojando lejos de sí el áureo tirso, descendía desesperada de su trípode, porque el fuego de la inspiración no calentaba ya su desolada mente; los pilotos y marineros del Mediterráneo sentían helarse en sus labios las oraciones consagradas a la luna y a las estrellas, y decían oír entre el rumor de las brisas una voz solemne que decía que los antiguos dioses habían muerto; y Grecia, la musa de la historia clásica, la eterna escultora del hombre, rota su lira, extinguida su voz, rodeada de los cadáveres de sus hijos, se hundía en lo pasado, herida, desesperada, cayendo como una blanca melancólica estatua funeraria sobre los restos del paganismo. (Estrepitosos aplausos.)



Entonces Constantino proclama la libertad de la Iglesia; entonces del fondo de las catacumbas salo triunfante el cristianismo, entonces la Iglesia Universal se reúne; entonces el Concilio de Nicea escribe el símbolo de la fe; ese símbolo que todas las generaciones han repetido, que se difundirá hasta el último límite del tiempo, y que resuelta hoy bajo las bóvedas de nuestras Iglesias; entonces se declara el triunfo inmortal del cristianismo, que viene o traer la noción clara de Dios, a romper el cetro férreo del destino, a igualar a todos los hombres ante los altares, o prometer eterna vida a la virtud, o destruir la diferencia de castas, o consagrar la libertad humana, a encender el barro de nuestro cuerpo con el fuego divino, a renovar el espíritu del hombre con el espíritu de Dios, a herir para siempre en la frente a los tiranos y establecer el eterno reinado de la justicia sobre la tierra. (Aplausos.)

El triunfo del Cristianismo debía llenar todo el espíritu del hombre, sin dejar espacio o su corazón para ningún otro sentimiento, ni a su mente para ninguna otra idea. De aquí esa gran exaltación religiosa, a que llegaron muchos hombres, mal hallados con la vida del mundo. Apenas habían recibido ese rayo de luz en su frente, apenas habían gustado el maná de esa verdad divina; cuando el cielo se desplegaba a sus ojos, y la eternidad a su pensamiento; pareciéndoles mezquino tributo la vida entera para consagrarla a un Dios, que había dado su vida por los hombres; huían de las ciudades, y refugiándose en las cavernas del desierto, en los nidos de las águilas, en las madrigueras de los tigres y leones, en aquella naturaleza estéril, infecunda, abrasada por los rayos del sol, abrían sus corazones consumidos por el amor divino a la oración, a la esperanza, y herían y maceraban sus cuerpos como para obligarles a exhalar de sí el espíritu, para que se perdiera como la gota evaporada de rocío, en la inmensidad de los cielos. Este particular estado del espíritu humano es muy propio del entusiasmo, que inspira siempre una idea naciente. La revelación celeste no cabía en la conciencia humana, y rebosando, anegaba en su seno toda la vida. El hombre no tenía ojos, sino para mirar al cielo; ni oído, sino para escuchar la voz de Dios en la naturaleza; ni fuerzas, sino para la oración y la penitencia; ni sentimiento, sino para amar el gran sacrificio del Calvario; ni idea, sino para absorberse en la contemplación mística del Eterno; ni vida, sino para entregarla al seno de la eternidad; ni alma, sino para perderse en el amor del cielo. Así, los eremitas, que representaban admirablemente esta exaltación maravillosa y necesaria del espíritu humano, atraían a sus desiertos las gentes sedientas de lo infinito; y al eco del huracán, del rugir de los leones, y del maullido de los tigres, predicaban la esencia y la naturaleza de Dios. Allí, en aquellos desiertos, ardía la primer llama del entusiasmo cristiano, a manera de un fuego, que se levantaba de las áridas rocas para abrasar y renovar el mundo.



Después los eremitas debían levantar conventos, contra las cuales se estrellaran en el diluvio del antiguo mundo clásico, las revueltas olas de la barbarie. El Cristianismo, la doctrina perseguida, la doctrina regada con sangre de los mártires, llega a fecundar con su vida hasta las mismas áridas arenas de los desiertos.

Pero el genio del paganismo no dejaba tan fácilmente su presa y su triunfo. Una reacción universal, profunda, inmensa, fue intentada por Juliano. Apartado de la vida del mundo por celos imperiales, recluido desde niño en un convento, educado en las máximas cristianas, viviendo entre eremitas; su espíritu, sin embargo, tenía una exaltación tal, una ambición tan desmedida, que allí, en aquella soledad, sin más consejo que su razón y su conciencia concibió, leyendo los versos mágicos de Homero, la idea de restaurar algún día el paganismo. Amante de la hermosura y del arte, como nacido casi bajo el cielo de Grecia, creía que era necesario devolver a la naturaleza muerta su espíritu, que había huido al cielo, y a los bosques, o los arroyos, a las praderas, a las ondas sus antiguos dioses, para que volvieran a exhalar aquellos cánticos que no deleitaban ya en su tiempo el oído de la humanidad. Y para conseguir este fin, se instruye en la antigua ciencia; recibe el espíritu neoplatónico, explica el paganismo por aquella theurgia que intentaba dar una nueva doctrina a los ídolos, desciende a las cavernas de Eleusis, oye allí el ruido del alma del mundo que contesta a la voz de los sacerdotes paganos, va a Constantinopla, oculta sus ideas, y cuando llega la hora de reinar, acomete su empresa, levanta los templos, los decora de imágenes antiguas, arroja guirnaldas sobre el altar de Apolo, vuelve a poner sus cuerdas a la rota lira de Grecia, prohíbe que los cristianos interpreten los poetas antiguos, predica una teología neo-pitagórica en frente de la teología cristiana; resucita las antiguas procesiones; quema incienso en las aras de los antiguos dioses; empresa vana, inútil, porque si al morir hubiera vuelto los ojos al porvenir, hubiera visto a los bárbaros arrodillados en torno de Roma, el altar de la Pitonisa desplomándose, los sacerdotes arrojando sus coronas de encina desde lo alto de la roca Tarpeya como el último adiós dado al Paganismo; el altar de Júpiter Capitolino destrozado, la divina cruz coronando la cima del Capitolio. (Estrepitosos aplausos.)

Sin embargo, el espíritu humano estaba profundamente conmovido en una época tan decisiva para la civilización. El dogma era objeto de grandes controversias en las escuelas, en los templos, en plazas y calles, en el fondo mismo de los desiertos. El pueblo, que había perdido las grandes luchas políticas, necesitado de actividad y de vida, iba a luchar al campo de las cuestiones teológicas. En ellos se interesaba toda la vida, toda el alma de la humanidad. Estos problemas planteados en el tiempo, se



resolvían en la eternidad. Así la vida y la muerte, el recuerdo y la esperanza, la cuna y el sepulcro, todo se interesaba en estas luchas del pensamiento y de la fe. Hombres de espíritu batallador, de independencia, continuamente agitados por el pensamiento, ansiando beber la vida eterna en el cielo, no pudiendo abarcar la revelación que descendía de la mente divina, caían en la herejía; porque la luz les cegaba como acontece a nuestros débiles ojos que no pueden mirar el sol. Entre todas estas herejías, por su audacia, por su éxito, por sus largas consecuencias, ninguna alcanzó la importancia que en la historia tiene la terrible herejía de Arrio. Esta herejía iba a herir en el corazón el dogma; a destronar la nueva religión. Era una rebelión del pensamiento contra la fe; pero rebelión que tendía a arrancar el espíritu divino a Cristo, y su consustancialidad con el Padre. Esta herejía es una idea capital en la historia de la civilización, porque el arrianismo imbuyó su espíritu a los bárbaros, como para prepararlos a la verdadera fe. El Arrianismo estaba empapado en el espíritu de Oriente, y subió al Trono con muchos emperadores y amenazó absorber el mundo.

Pero, en medio de estas dudas, y de esta incertidumbre suena en el reloj de los tiempos la hora del triunfo definitivo del Catolicismo. A esta gloria, a este triunfo de la civilización va unido el nombre inmortal de un español, el nombre de Teodosio. A pesar de los progresos que las nuevas ideas hacían en el ánimo de las gentes, el Paganismo sonreía aún en sus innumerables templos y altares. La reacción de Juliano había dado un calor ficticio a los antiguos dogmas. Parecía esta lucidez de la religión el último destello de una lámpara que se apaga, de una vida que se extingue. En Alejandría, en Atenas, en la misma Roma resonaban los cánticos alegres y tiernos consagrados a los antiguos dioses; y sobre el ara de mármol se enlazaba la poética guirnalda, y al pie del ara ardía el fuego sagrado que habían alimentado tantas generaciones y que despedía sus últimos destellos. Por un instante parecía que el espíritu humano iba de nuevo a derramarse en la naturaleza para mimarla y encerrar en cada hoja de los bosques, y en cada gota de agua de los mares los ríos y las fuentes un genio misterioso, una divinidad. Esta reacción formidable, tremenda, que amenazaba destruir la obra maravillosa de la revelación, y el reinado del nuevo derecho, fue detenida y contrastada por el genio sublime de Teodosio, que destruyó las antiguas aras, arrancó a su pedestal los ídolos, deshojó las corolas de la verbena y de las guirnaldas sagradas, enjugó la sangre que caía de las entrañas de las víctimas, hizo suspender los augurios, las adivinaciones, los oráculos; y sobre los restos de esa religión, que había sido el alma de tantos siglos, el consuelo de tantas generaciones, el ideal de



innumerables artistas, sobre los despedazados restos de esta gran civilización levantó el Dios de la verdad, y de la justicia; el Dios de los cristianos que venía a renovar el espíritu de la humanidad.

Pero si el Cristianismo había renovado el espíritu, los bárbaros debían a un tiempo castigar a Roma y renovar la sangre de la humanidad. Aquellos romanos gastados, que vivían en los alrededores de Nápoles gozándose en ver el cielo siempre azul, el mar siempre riente, los bosques embalsamados por el azahar, los templos erigidos en las colinas más bien como trofeos artísticos que como monumentos religiosos; aquellos señores romanos, que tenían en sus casas más grandes que una ciudad, todas las riquezas y hasta todas las extravagancias del gusto, montes de nieve en verano, bosquecillos de rosas en invierno, pájaros del Asia en sus jardines, monstruos marinos en sus estanques, mancebas traídas de todos los reinos, esclavos de todos los climas; tendidos en su triclinio de púrpura y marfil; embalsamado el cuerpo con pomada de nardo, arreglado el cabello a usanza asiática, ceñidos con femenil estola, viviendo entre festines, donde tenían vino de Chio, miel de Cos, mariscos del Norte, lenguas de ruiseñores, jabalíes con el vientre lleno de aves vivas, copas hechas de una sola esmeralda, ámbar de Pannonia; en medio de tales delicias, cuando más descuidados estaban, ven de pronto entrar por sus puertas de marfil y oro, agarrarse a sus paredes pintadas al fresco, manchar sus suelos de mosaico, profanar sus estatuas de mármol, quebrar sus espejos de acero bruñido a espantosos bárbaros venidos ora del Rin ora del Danubio, unos de talla desmesurada, otros rubios y hermosos como leones, otros contrahechos, pequeños, deformes, de color verdoso, de nariz aplastada, de pómulos salientes, de ojos de búho, vestidos con pieles de rata, asestando flechas que eran huesos humanos, chorreando de sus labios la sangre de la carne cruda que habían devorado, exhalando de su aliento el fétido olor de los orines de caballo que habían bebido; bárbaros que se cebaban en aquellos señores del mundo tan perfumados y delicadísimos, como se ceba el hambriento tigre del desierto en las entrañas calientes y humeantes de sus presas. (Ruidosos aplausos.)

Los romanos, como los primitivos pobladores de la tierra, subían a lo más alto de sus templos a mirar las nubes, las tempestades que avanzaban. ¿Quiénes son tantos bárbaros? Primero viene un bárbaro seguido de ejércitos, que llenan desde la Dalmacia hasta las puertas de Constantinopla, de pueblos enteros, de carros que ruedan sobre el hielo ligeros; desde el desierto cae sobre la Tracia y Macedonia; flanquea el monte Athos, quemando sus espesos bosques, para que le sirvan de guía como una gran columna de fuego por la noche; lleva delante de sí los trofeos del templo de Minerva; abrasa la Grecia desde Simmium hasta Megara; perdona los habitantes como el sacrificador arroja con



desprecio la piel de la víctima devorada en el holocausto; entona sus aullidos de triunfo en las orillas del mar Egeo teñido de sangre; penetra en Argos y en Esparta, y toma el hierro lacedemonio para herir en el corazón la patria de Licurgo; arrastra a su carro las vírgenes más hermosas consagradas aun a los dioses y las entrega a su pueblo para que las profane y las goce; cierra para siempre los antiguos templos, acaba con los misterios de Eleusis; atraviesa como el águila los Alpes Julianos; lava sus pies heridos en los mares donde hoy se alza Venecia; llega hasta las puertas de Roma, que desde Aníbal no había visto ningún enemigo, fuerza sus muros, entra en su recinto infestado por los miasmas de cien mil cadáveres, y ahuyenta aquel senado de reyes, ante el cual se postró la tierra; y destroza los templos, que guardaban la conciencia de la humanidad, y derriba los ídolos que habían sido el consuelo de infinitas generaciones, y se levanta como una estatua colosal, inmensa, sobre las ruinas de una inmensa y colosal civilización, (Aplausos.)

Pero todos estos pueblos necesitaban de una inteligencia, que les diese cohesión; de un brazo, que les diese unidad y fuerza. Para cumplir este gran destino histórico, vino al mundo el bárbaro Atila. Engendrado en el carro de los combates, nacido en las orillas del Volga, alimentado con leche de alimañas salvajes, acostumbrado a ver al abrir los ojos matanzas horribles, campos sangrientos; fuerte, vigoroso, deforme, corto de talla, ancho de espaldas, negro el color, aplastada la nariz, pequeños y hundidos los ojos, que brillaban como los del tigre, en la oscuridad de su caverna; rara la barba, nervudos los brazos, echado atrás el cuello, erguida la frente; rugiendo más bien que hablando, despidiendo de su mirar el fuego de la guerra; marcado con el sello del destino desde la cuna para conmover las naciones; Atila, disciplina las razas, une los restos de los Ostrogodos, de los Hunnos, de los Alanos, de los Burgundos, de los Escitas, arranca del suelo la espada que adoraban sus pueblos, y la esgrime como el ángel exterminador; se rodea de todas las preocupaciones y magias del Oriente y del Norte; a la luz y al olor de la resina, consulta en su tienda el sacrificador ostrogodo, que estudia el porvenir en el corazón palpitante de la víctima; el adivino alano que agita sus hierrecillos y sus varillas; el mago hunno, que invoca las divinidades infernales con su tambor mágico; el hechicero tártaro que busca el destino en las cenizas de las hogueras; y confundiendo así las creencias y las fuerzas de todas las razas bárbaras, las arroja sobre las Galias, destruye a Metz, a Treves, a Reims, pasa a la Italia, amenaza a Roma, y después de dejar tras de sus pasos una inmensa ruina y una inmensa hoguera, el azote de Dios, vuelve a sus dominios, y muere ahogado en su misma sangre.



Señores: Parecía que el cielo no podía guardar mayores amarguras a la Reina de las Naciones, a la Señora de las gentes. Precipitada de su trono en el polvo, sin sus héroes, sin sus Dioses, Roma no podía descender a más oprobiosa abyección. Los caballos del desierto habían hollado el polvo de sus sepulcros; los hijos de sus antiguos esclavos habían roto en mil pedazos su corona, y habían profanado su majestad y su hermosura. Abandonada de su numen tutelar, quebrado su cetro, sumida en todo y sangre, de quien convertía sus ojos, encontraba nubes de bárbaros, descargando sobre su frente todas las iras del mundo, y toda la cólera del cielo. No había refugio en la tierra para los señores de la tierra. El Oriente y el Occidente, el Norte y Mediodía, los mares y los desiertos, los valles y las montañas estaban llenos de gentes bárbaras, hambrientas, crueles, vengativas, que cubrían el cielo con sus flechas, la tierra con sus víctimas. Cuando parecía que alguna de aquellas tribus, mal hallada con su condición salvaje y ruda, se apercibía o recibir el soplo de la civilización y a perdonar a Roma, al punto, el Rin, o el Danubio, los Apeninos, los Alpes vomitaban nuevos guerreros más feroces, más sedientos de sangre, más dispuestos a amontonar ruinas sobre ruinas, cadáveres sobre cadáveres, como si gozaran en infestar la tierra. Por las vertientes de los Pirineos, por sus desfiladeros tan codiciados un día de los romanos, bajaba como un torrente de sangre, un pueblo bárbaro, que empujaba y arrollaba otros pueblos también bárbaros. Los españoles amantes siempre de su patrio suelo, disputaban con heroísmo sin par el paso a los enemigos de la civilización romana, y los soterraban bajo sus riscos. Pero, llamados los naturales a otras guerras, y dejando su hermoso suelo a viles mercenarios, los bárbaros todo lo arrollaron y vencieron.

Estos bárbaros más feroces que los godos eran los alanos, y los vándalos. La muerte precedía estas bandas feroces, que no tenían instintos de humanidad ni de justicia. Los incendios eran sus antorchas; los ayes de los moribundos la música más regalada para sus oídos; la destrucción y las ruinas, su obra; el castigo del mundo antiguo su destino. Cuando caía una ciudad entre las llamas, y sus habitantes morían en la desesperación, y ondas de sangre corrían a sus plantas, y los gemidos y los ayes poblaban los aires; aquellos hombres gritaban gozosos como las aves de rapiña cuando el hedor de los cadáveres hiere su olfato, graznan y aletean, y se lanzan gozosas sobre la horrible asquerosa podredumbre. La infeliz España sufrió con resignación esta desgracia. El hambre diezmó sus habitantes; los miasmas de la peste oscurecieron su siempre límpido cielo; la segur bárbara taló sus bosques y arruinó sus pueblos; el fuego calcinó sus campos; y sus antiguos palacios, y las calles de sus más populosas ciudades vieron correr en su soledad y en su desolación sobre sus ruinas las alimañas salvajes, las



fieras del desierto. Las montañas de León y Asturias, fueron el primer refugio de estos bárbaros. Pero aguijoneados por sus inquietos deseos, o heridos por sus enemigos, bien pronto se derramaron por los felices campos de la hermosa Andalucía, llevando allí también la destrucción y la muerte.

El hombre, que personificaba este pueblo bárbaro era Genserico, más feroz aún y más batallador que Atila. Menudo de cuerpo, corto de estatura, cojo, deforme, conciso en su decir, misterioso en su pensar, frugal en sus costumbres, audaz en sus proyectos, deseoso de riquezas si menospreciador de los placeres; cauto, astuto, traidor; sin amor ni a los hombres ni a los dioses; sin respeto a su propia palabra y a sus juramentos; vengativo, cruel, blandiendo atroz espada en sus manos, y llevando el odio a la humanidad en su pecho; acosado como una fiera por sus enemigos y seguido de tribus feroces; Genserico era la venganza de Dios, que derramaba con su soplo abrasador como el fuego, la ruina en los pueblos, la muerte entre los hombres. Bien pronto su instinto viajero, que es el instinto superior del bárbaro, le aparta de Andalucía, y le lleva al África. Parece imposible, señores; generales romanos le llaman y le brindan con la destrucción y la venganza. La presencia del bárbaro en África despierta otros bárbaros, que dormían en las arenas del desierto. Los mauritanos, al sentir el grito de guerra, que puebla desde el Mediterráneo hasta el Atlas, salen de sus madrigueras, se esperezan y el olor de la matanza despierta su sed de sangre. ¡Qué inmenso campo se abre a la voracidad de los bárbaros! Ciudades populosas, colonias florecientes, campos bienhadados, multitud de diversas naciones, montañas, desiertos, puertos, un mundo entero levantado por infinitas generaciones, un mundo hermoso, que no tiene como Europa las manchas de sangre de tantas y tan recientes guerras.

Desde Tánger hasta Trípoli se extendían rápidamente las huestes de los bárbaros del Norte y los bárbaros del Mediodía unidos en un mismo sentimiento de odio y de venganza. El horror que esta irrupción derramó en los desgraciados habitantes del África, fue tal que los cronistas cuentan que aquellos bárbaros eran tan atroces que mataban generaciones enteras alrededor de los muros de las ciudades, a fin de que emponzoñado por la peste el aire, emponzoñara a los hombres. En aquellas regiones descollaba la antigua ciudad de Cartago, depósito sagrado de todas las tradiciones del Oriente, destrozada y reedificada por sus mismos vencedores los romanos. Cartago tenía edificios magníficos, templos suntuosos, liceos, academias, escuelas, y un floreciente comercio; recuerdos de sus antiguos tiempos. Cartago había representado en la historia de la humanidad una gran fase de la eterna lucha entre el Oriente y Occidente. Había subido hasta disputar el dominio del mundo a Roma; y el recuerdo de su grandeza era un título en su desgracia. Genserico, impulsado por la providencia a



borrar del mundo hasta el esqueleto de la antigua civilización, entra en la ciudad de Annibal, arroja sus bárbaras huestes en aquellos suntuosos palacios, destroza hasta las piedras de sus muros, arranca al seno de sus hogares los despavoridos habitantes, y borra de nuevo la huella de Cartago en la historia del mundo, ofreciendo sus restos como una hecatombe sobre el sepulcro ya sellado de la antigua civilización. El ánimo se perturba y entristece al considerar las desgracias que caían sobre los infelices nacidos en edad tan desastrosa. Los senadores de Cartago fueron arrastrados a las cadenas de los esclavos; sus mujeres al lecho de los bárbaros. Los mercados se llenaron de infelices cautivos, que miraban con envidiosos ojos a los que habían tenido la ventura de morir en aquellos amarguísimos trances. Los barcos que se daban a la vela en los puertos de África, llevaban hermosas cautivas a los serrallos y a las mancebías. El África era un inmenso campo de batalla. Un vapor de sangre subía al cielo a la manera de un triste holocausto ofrecido al Dios de las venganzas.

Mas no se apagaba la sed de sangre que aquejaba a los bárbaros. Genserico llegaba a las orillas del mar, extendía su mirada por aquellas azules ondas, y ansioso de domeñar más ciudades y ver más pueblos sujetos a su voluntad, extendía las velas, y se daba a merced de los vientos, seguro de encontrar en toda la tierra víctimas que sacrificar a su voracidad, y tesoros con que satisfacer su codicia, como si él mismo sintiera que su voluntad y sus fuerzas y su espada eran los instrumentos con que el Eterno destrozaba un mundo para abrir paso a la eterna idea del progreso que así se levanta del seno de las escuelas como de la desolación de los combates. El viento le empujó a Italia, y su deseo le llevó a Roma. La ciudad eterna, la que amedrentó al mundo con su poder, la que tenía en sus manos las coronas de todos los reyes, y en sus templos los dioses de todas las religiones; la que había llevado a sus escuela a todos los sabios, a sus campamentos todos los guerreros, a su literatura el espíritu de todos los pueblos; la que guardaba la sanción de toda soberanía, el alma de todo derecho; sola, abandonada, sin sus antiguos sacerdotes, sin sus heroicos guerreros, desposeída de toda su grandeza, arrojada en el estercolero de sus vicios, vio acercarse a su seno, sin espanto, sin temor, a los últimos bárbaros, a los vándalos, que destrozaron hasta sus ruinas y demolieron sus edificios quebrantados, y pulverizaron sus estatuas rotas, y recogieron con sus rudos carros los recuerdos de todos los siglos, los restos de todos los templos, los cuerpos helados de todos los dioses, como para horrar del espacio hasta las huellas de las ideas, y de los poderes que había condenado la Providencia.

¿Quién se levantará sobre tantas ruinas? El patricio romano ya no tiene fuerza para ponerse de pie, ni para buscar en las hogueras las lanzas de sus padres. Enflaquecido por sus vicios, en la hora



tremenda de la guerra, abandona el cuidado de su hogar y de sus penates a los mismos bárbaros. El mundo clásico, que había dominado toda la tierra, se entrega a sus enemigos. Del polvo de las tumbas no se levanta ni la sombra de Scipion, de Mario, de César a contener a los bárbaros. Roma es como una añosa encina herida por el rayo del cielo. Ni su poder ni su antigüedad le bastan para salvarse. Sobre sus cenizas humeantes se levanta como rey de Italia Odoacro. Este bárbaro recoge los diamantes rotos de la corona del mundo, y orna con ellos la diadema de su raza. Sobre el Capitolio reinan los bárbaros, aquellos bárbaros que no fueron osados a mirar a Roma, sino de rodillas, y con la frente hundida en el polvo. El triunfo de Odoacro es el triunfo de la civilización moderna t u* da en su cuna, sobre la, civilización antigua podrida en su sepulcro. El último de los emperadores lleva en su reinado el nombre del fundador de Roma, y del fundador del Imperio como para enseñar que en él concluye la ciudad de Rómulo, y el trono de los Césares. En el huerto de Lúculo yace el último dueño del mundo. El enflaquecido imperio debía morir para mayor deshonra, no en los campos consagrados a la guerra, sino en los campos consagrados al placer y a la licencia para significar que los pueblos mueren más bien que por la espada .de sus enemigos por sus propios vicios. ¡Qué cuadro tan desolador! La lumbrera de la conciencia humana, que era la civilización antigua se extingue; la Reina de las naciones muere.

¿A quién, a quién volver los ojos? ¿Dónde encontrará esta civilización un refugio? Si vuelve los ojos a Occidente, ve al bárbaro Genserico, que después de haber esparcido las reliquias de Cartago, va jadeante a esparcir por los aires las cenizas de Roma; si se vuelve a Oriente, ve correr a Odoacro, al bárbaro Odoacro a ceñir una cadena a la reina de las naciones; por todas partes se levantan enemigos, ora es Ricimiro que viola sus leyes; ora el bárbaro Radagusa, que mata un millar de romanos al pie de sus ídolos; no hay remedio, el despotismo ha podrido a Roma, y los bárbaros son el cauterio de esa podredumbre; no hay para Roma ni salvación ni esperanza. Pero, señores, sí la hay, sí la hay. En medio de aquella desolación universal, cuando toda Europa es un campo de batalla cubierto de cadáveres; cuando el cielo está ennegrecido por el humo de tantos incendios; cuando todas las aras, todos los ídolos flotan rotos, deshechos en un océano de sangre, cuando no encuentra el hombre para sus dolores ni el triste asilo que presta la tierra compasiva o las mismas fieras; en esta desolación universal, San Agustín se levanta sobre las ruinas, iluminado por la fe, transfigurado por la esperanza, enseñando a los hombres que reniegan de su edad y de su destino, la ciudad del porvenir,



la ciudad de Dios, que flota inundada de resplandores sobre aquella negra noche, como flota el sol sobre las negras alas de las tempestades. (Aplausos.)

Hemos concluido. Ahí tenéis el mundo que vamos a recorrer en el presente curso. Hemos visto la revolución social, personificada en Nerón, el derecho en Marco Aurelio, la iniciación de la tiranía pretoriana en Cónmodo, el gnosticismo oriental en Heliogábalo, la unión del poder militar con el civil en Probo, la lucha con la nueva religión en Diocleciano, el reconocimiento de esa religión en Constantino, el símbolo de la fe en el concilio de Nicea, la reacción pagana y la filosofía neo-platónica en Juliano, el triunfo del cristianismo en Teodosio, los bárbaros que luchan con Roma en Alarico, la unidad de las razas bárbaras en Atila, la venganza de Dios en Genserico, el triunfo de los bárbaros sobre el imperio en Odoacro, pero el triunfo más alto de la justicia, de la verdad, y por consiguiente del progreso, en la ciudad de Dios, que San Agustín enseña al mundo desolado como una eterna esperanza. (Aplausos.) Busquemos también nosotros esa ciudad. El hombre antiguo en su desolación, en su desgracia creía que el mundo de la felicidad y de la razón, quedaba a sus espaldas, que conforme iba caminando hacia adelante, iba huyendo de su bien, que cada generación sería más enferma, y más desgraciada, y más esclava; pero nosotros, verdaderos hijos del siglo XIX, nosotros que hemos forjado nuestro espíritu en las fraguas de las revoluciones modernas, nosotros que hemos aprendido que el derecho está en nuestra alma; nosotros, que hemos visto la materia sometida a nuestros mandatos, la tierra esclava de nuestra voz; nosotros no nos amedrentamos por los escollos que puedan detenernos, porque fuertes con la noción sacratísima del progreso, sabemos que los tiranos pasan, los sofistas mueren, que las espadas de los fuertes son frágiles, y el triunfo de la libertad y de la humanidad es seguro, porque se funda en nuestra propia naturaleza, y en las inviolables promesas del Eterno.—He dicho. (Estrepitosos y prolongados aplausos.)



EL IMPERIO DESDE GALBA HASTA TRAJANO. LECCIÓN SEGUNDA.

SEÑORES:

Vamos a describir una de las épocas más dolorosas del Imperio romano, incierta en sus ideas, indecisa en sus luchas, agitada por continuos movimientos y cambios; sin fe, sin virtudes; nacida de una larga servidumbre, y como la servidumbre, flaca y vil; época, en que toda idea de derecho se borra en la mente del pueblo, y todo hábito de obediencia en el ánimo del soldado; época, en que la religión antigua se pierde, sin que las conciencias se aperciban a recibir un nuevo dogma, ni los corazones a sentir el calor de una nueva fe; época, en que los lazos de la familia se quebrantan y los dulces y amorosos sentimientos de la amistad se olvidan; época manchada con guerras civiles y extranjeras, con delaciones infames, con asesinatos horribles, con perjurios, con la rebelión de quien debía obedecer, y la esclavitud de quien debía mandar, con el reinado de príncipes, cuyas armas son juguete de las alteradas pasiones; época, que se ahoga en una orgía inmensa de lágrimas y sangre, como suele acontecer a todas las épocas, que olvidadas del principio de libertad, alma de nuestra alma, esencia de nuestro ser, venden la dignidad y la responsabilidad del hombre, móviles de las grandes acciones, de los preclaros hechos, al capricho cambiante y tornadizo de un insensato tirano.

La verdad es, señores, que el mundo romano pasaba por una crisis suprema, en la cual ni se avenía con la pérdida de la antigua libertad, ni dejaba la nueva servidumbre. La imagen de la República se alzaba como una sombra querida del seno de todas las tempestades; y los ánimos levantados, los que aun guardaban con amor el recuerdo de los grandes tiempos de Roma, al contemplar el envilecimiento y la prostitución universal, renunciaban a la grata esperanza de tornar a ver la patria de sus padres. Esta situación extraordinaria del mundo antiguo, tan digna de nuestro estudio, prueba, señores, que la virtud es la compañera inseparable de la libertad. El patriciado romano se olvidó de los campos, de los campamentos, de su antiguo estoicismo, para acordarse solo de allegar riquezas y saborear placeres; el pueblo, cansado de luchar, se entregó a un hombre, que le dirigiese y le representase, cambió su derecho por un bocado de pan, sus armas por las fiestas, sus comicios por el circo y el teatro; y pueblo y patriciado cayeron bajo el peso de las cadenas, rendidos más bien por sus propios vicios que por el poder y la fuerza de sus señores.

Y sin embargo, cuanto más miro y estudio la caída de la República romana, más me afirmo en mis antiguas ideas sobre este grandioso acontecimiento. La República debió haber realizado el ideal del derecho, que traía en su seno la nueva filosofía; no lo realizó, y vino necesariamente a realizarlo la



fuerza. La República debió abrir las puertas de Roma a toda la humanidad; se empeñó en cerrarlas, y vio destrozadas esas puertas por el hacha sangrienta de la dictadura. La República debió levantar las clases desheredadas, conseguir la igualdad en la libertad; quiso degradar esas clases, quiso mantener los privilegios, y trajo la igualdad en la servidumbre. La República debió haber cedido a los clamores de los plebeyos en la cuestión social como había cedido en la cuestión política y en la cuestión religiosa, quiso aherrojar las clases pobres en la abyección, en la miseria, y la abyección dio de sí la servidumbre, y la miseria, la muerte. Una libertad privilegiada, una libertad aristocrática, una libertad que no se funda en el derecho, que no reconoce y proclama la igualdad, condición de la existencia de todas las libertades; después de engendrar una lucha estéril, se quebranta y rompe necesariamente; porque esa libertad es una cadena más pesada para el pueblo que la misma servidumbre; y como la libertad romana, que había animado los altares con un nuevo fuego, los comicios con un nuevo derecho, la plebe con un nuevo espíritu; al tocar en la organización social, que será siempre la raíz de la libertad, retrocedía, y se tornaba privilegio para el noble, y abyección para el pueblo; como quería vivir de una gran injusticia, atrajo sobre Roma fatalmente, pues en la sociedad como en la naturaleza cada cosa engendra su semejante, atrajo la injusticia enorme del Imperio. La responsabilidad del Imperio cae sobre la frente de la aristocracia romana.

¡Y qué estado, señores, el estado de Roma tan terrible! Las legiones, los ejércitos habían aprendido con la caída y encumbramiento de los emperadores que era suyo el Imperio, y un Imperio que solo pertenece a la fuerza, pertenece a la injusticia. Y el ejército, en verdad, no era aquel ejército, precedido de la victoria, disciplinado por una autoridad sagrada, compuesto de ciudadanos nacidos en el recinto del Poemarium, protegido por las divinidades de la antigua Roma, ganoso más que del botín de ceñir o una corona de encina o una corona de laurel, amante de la ciudad, por cuyo engrandecimiento exhalaba de grado la sangre y el espíritu; no era aquel ejército, que se movía como un solo hombre a la voz de sus generales, que llevaba en sus lanzas la luz de una nueva idea, que abría los surcos de la tierra para derramar la semilla de la civilización; no era aquel ejército, que había espantado la tierra y sometido las naciones, y arrastrado a su carro todos los reyes, no, señores; era un ejército mercenario, indisciplinado, pronto a la rebelión, tardo a la obediencia, dispuesto a rasgar con sus lanzas la púrpura imperial, reclutado entre los enemigos mismos del nombre romano, sostenido por el cebo del lucro y de las ganancias; sin conocimiento del derecho, sin amor a la libertad, sin respeto siquiera a la Reina de las naciones; ejército, que aparece siempre, después de las grandes catástrofes,



en todas las épocas infaustas, en que pierden los corazones el sentimiento de la propia dignidad y las conciencias la intuición divina de la justicia. El Pretoriano, cuya influencia social comienza en este supremo instante, ávido de placeres, ganoso de dinero, dado al juego y al vino, poseído de todas las pasiones, amante del peligro, mal hallado con el reposo, anhelando tratar en sus campamentos la política como si los campamentos fueran comicios, conociendo que a su alrededor solo había un Senado sin conciencia, y un pueblo sin libertad; ora por probar su poder, ora por divertir su gusto con grandes y entretenidos espectáculos, ora por allegar más dinero; gozábese en levantar emperadores y derribarlos, en dar cada día, si era posible, un nuevo dueño al mundo, en mudar jefes como se mudan de vestiduras y de nombre los histriones en el teatro, en demostrar que sus lanzas eran el único título de derecho que tenían los Césares; calamidad tristísima, que debía dar en tierra más tarde o más temprano con el Imperio, porque no hay cosa para sostener los poderosos estados más débil que la fuerza.

Y aquella sociedad no tenía para estos grandes males remedio. La fuerza de los ejércitos no podía ser compensada por ninguna otra fuerza. Perdido el ideal de la sociedad antigua, aunque el espíritu de un nuevo derecho corría en el fondo de todos los hechos y de todas las instituciones como una savia oculta, la sociedad llagada, enferma, no sabía ni qué temer, ni qué esperar, y no tenía un instrumento, con que contrastar la fuerza de la espada. El trabajo, que es la gran redención de los pueblos esclavos, de los pueblos desgraciados, no podía salvar a Roma. Aquella sociedad tenía en su seno una idea corrosiva bastante a matarla y destruirla, una idea, que la filosofía iba poco a poco desvaneciendo, pero que la sociedad, tarda en seguir el vuelo del pensamiento, conservaba todavía la idea horrible de la desigualdad natural de los hombres. Esta idea infundía en unos aliento, en otros humillación y vergüenza; levantaba a unos al dominio del hombre, y precipitaba a otros en degradante esclavitud. Los nacidos para dominar, creían que el trabajo les degradaba y envilecía, y pasaban su vida en sus grandes palacios y en la plaza, ora tendidos en sus lechos, ora vagando por sus pórticos, ora en el aromático baño, ora en el teatro, ora en el circo, siempre en la ociosidad, nunca en el trabajo. El aristócrata antiguo, al emanciparse del trabajo, rompía una ley de la naturaleza humana, y como el quebrantamiento de las leyes naturales trae siempre consigo el mal, aquellos aristócratas sin trabajo, eran un gravísimo peligro para el Imperio, porque su ociosidad corrompía las costumbres, e infestaba los aires. Aquellos hombres, llenos de riquezas allegadas sin trabajo y dispendiadas sin consideración; ajenos a las luchas políticas, porque el Foro estaba cerrado y abandonada la plaza pública; indiferentes



en religión, pues sentían que el frío de la muerte apagaba el fuego en los altares y la idea celeste en los dioses; corrompidos por aquel epicureísmo, que helaba los corazones, y poco a poco les hacía caer en la indiferencia; sin amor a la patria, pues la patria era para ellos un inmenso calabozo; sin respeto al Imperio, que temían como se teme a los tiranos, y la tiranía, si infunde miedo, no puede infundir nunca respeto; lastimados de la pérdida de la libertad, pero faltos de valor para recobrarla; derramando muchas lágrimas por la República, pero poco dispuestos a derramar por la República su sangre; nunca aptos para las luchas y siempre dispuestos a recibir el frío beso de los placeres; disgustados de la vida que se arrastraba pesada y turbiamente en los festines; en tan extraordinario estado, en época tan difícil, cuando caían sobre su clase tantos males, cuando se condensaban sobre sus cabezas tantas tempestades; en vez de buscar en el trabajo alivio para sus dolores, fuerza para sus cuerpos, y robustez para su misma naturaleza, caían en esa indolencia, en esa atonía, que paralizaba la vida, corrompía el espíritu, y lo precipitaba fatalmente en la servidumbre. El patricio entregaba toda su vida, toda su fuerza al esclavo. El esclavo le vestía, le bañaba, le seguía en toda la vida, le acompañaba al paseo, le servía de rodillas la comida, le arreglaba las cuentas de la casa, le sostenía en sus brazos hasta pasar de un lado a otro lado de la calle, le cultivaba las tierras, le guardaba los ganados, le divertía, le adulaba, le servía para blanco de sus odios, y muchas veces sentía y pensaba y quería por sus mismos dueños, absorbiendo su fuerza, su inteligencia, toda su personalidad; pues como la naturaleza humana no puede ser nunca engañada, ni eludida, aquellos esclavos, despojados de toda dignidad, de todo derecho, eran realmente los artífices principales de la sociedad, que los arrojaba de su seno, como si Dios quisiera de esta suerte castigar las injusticias de los hombres. El patricio descendía por su indolencia hasta anularse, y el esclavo se alzaba poco o poco a ennoblecerse por su trabajo. Pero la sociedad antigua levantada sobre los privilegios de la aristocracia, en esta flaqueza de las clases superiores, se destrozaba, se perdía. En tiempo de la República, la aristocracia iba a la guerra, y en la guerra ejercitaba su actividad, y vivía la vida tempestuosa, pero fecunda de la libertad; más después del Imperio, como la señora de las naciones se entregaba vilmente a los mercenarios, y como los ejércitos eran reclutados en extraños países, el antiguo guerrero, el patricio que había aterrado al mundo, guardaba su espada enmohecida, sin gloria ya y sin brillo, oprimido por una desesperación, que no podía aliviarse ni en el seno mismo de los campamentos que eran el gran teatro de la nobleza.

El pueblo romano caía en la misma degradación, en el mismo abatimiento que la nobleza. Para él no existía en verdad la ley del trabajo. Sin recordar el día de ayer, sin curarse de hoy, sin pensar en



mañana, su vida era vida de placeres y alegría, vida corruptora y venenosa. Seguro de que el pan nunca podía fallarle, ni a él ni a sus hijos, se daba a todos los vicios, que trae consigo la carencia del trabajo, señores, del trabajo, que es la sal, que conserva sana y pura la vida. ¿Y qué podía inquietarle? El mundo era para el pueblo rey como un inmenso espectáculo; el emperador como un siervo. Desde que la gran dictadura revolucionaria se apoderó del mundo, el plebeyo no tuvo que pensaren política, porque el emperador pensaba por él; ni en leyes agrarias, porque siempre tenía pan; ni en humillar a la nobleza, porque la nobleza había caído herida a sus plantas; ni en ir a los comicios, porque sus comicios eran el circo y el teatro; ni en las guerras, ni en los campamentos, porque los Iberos, los Galos, y hasta los mismos Germanos velaban con sus armas el sueño de Roma, y la seguridad del Imperio. ¿Qué podía fallarle? Pan tenía. La Aumona era su despensa pública; un Prefecto perpetuo se encargaba de repartirle trigo, un Prefecto, que daba disposiciones para que el romano comiese pan blanco y sabroso; el mundo entero le enviaba sus frutos; una flota inmensa tenía el destino de conducir trigos a Italia; Chipre, la Beozia, las Islas Baleares, Cerdeña, Córcega, Sicilia y Egipto, vaciaban sus cosechas en el granero de Roma, a cuyas puertas iba el plebeyo a recoger cuidadosamente su alimento, seguro de que nunca había de faltarle, porque su alimento era la paz del mundo y la salud del Imperio; de esa dictadura, que nacida contra las clases superiores, contra la aristocracia fiaba todo su poder y toda su fuerza al brazo y a la autoridad de los plebeyos.

Y el pueblo se divertía como la misma aristocracia, y su vida era vida ligera gastada en fiestas y placeres. Asegurada la existencia de su cuerpo solo pensaba el plebeyo romano en divertir su alma. La sociedad se curaba de dar pan al pobre y también espectáculos, para más hundirlo en la esclavitud, en el torpe olvido de la dignidad humana. El plebeyo tenía por palacio la ciudad entera; pórticos larguísimos adornados con estatuas de mármoles y bronces eran su paseo; bosques donde crecían las plantas de todos los climas y volaban las roas raras aves eran sus jardines; baños cubiertos de mosaicos, ricos en todas clases de jaspes, adornados con cuadros traídos de Grecia, encerrando maravillosas bibliotecas, eran sus salones; anfiteatros inmensos, abiertos en las rocas, más duraderos que el tiempo, capaces de contener todo un pueblo; circos llenos de monolitos del Oriente, de colosos, de obeliscos egipcios y naumaquias destinadas a los espectáculos navales, alimentadas por las aguas de caudalosos ríos, pudiendo recibir en su seno una escuadra, abiertas algunas veces en la cima de las montañas entre nieves eternas, y templos, en que se reunían las más hermosas jóvenes a ofrecer sacrificio con los tributos de la naturaleza, a celebrar fiestas, danzas y conciertos eran sus fiestas; y



la vida del pueblo, que necesita un cauce, donde extenderse y correr, no pudiendo penetrar en los comicios, ni dilatarse por los campos de batalla, se desbordaba por baños, pórticos, bosques, circos, teatros y naumaquias; ansiosa de grandes emociones, que fingiesen la agitación y el movimiento, ya que no la salud y la grandeza, de las libertades públicas.

Todavía, señores, cuando leo los grandes libros que la antigüedad nos ha legado, me parece que se levanta del polvo de los siglos uno de aquellos teatros, en que el pueblo romano se extendía y se espaciaba; el campo de Marte, por ejemplo, y la fantasía que da vida y color a los recuerdos históricos, finge y pinta en aquel campo los pórticos de cien columnas corintias; los teatros de Balbo y de Pompeyo con sus espaciosas galerías; el mausoleo de Augusto ornado con magníficas estatuas de bronce; el monolito Egipcio de color de rosa, que se pierde entre los arboles del cielo; el panteón circular, cortado en severas columnas, reverberando la luz en sus doradas cornisas, en sus chapiteles de bruñido acero; el bosque sagrado, que recuerda las glorias romanas con sus sepulcros de Escipión y otros mil héroes; el Anfiteatro, en que rugen las fieras; veinte y dos templos esparcidos aquí y allá, abiertos siempre, y siempre humeando el fuego del sacrificio, henchido el aire de cómicos, lleno el suelo de flores, el monte Vaticano a un lado, al otro la colina del Janículo con sus fortalezas, como el casco de la ciudad guerrera; y limitando el horizonte y perdiéndose en sus últimas azuladas indecisas líneas, los varios y poblados jardines de Agripa; y en medio de tantos templos, de tantos circos y teatros, de tantos jardines, el esclavo con su túnica corta, el Senado con su larga toga, la matrona en su carroza de marfil, el guerrero reflejando el sol en su casco, el gladiador que corre al circo entre los aullidos de la muchedumbre, el farsante que se apercibe a calzarse el coturno y encubrirse con su máscara, el sacerdote con sus guirnaldas de verbena en la mano, la vestal envuelta en su blanca manto, el filósofo epicúreo que se ríe de todo como un sátiro al pie de un bajo relieve, en una palabra, el pueblo, sí, el pueblo romano, que allí trasformaba la civilización y disponía de los destinos del mundo.

En verdad, señores, nada podía esperarse de este pueblo. La corrupción penetraba hasta el fondo de su corazón. La política venía a ser, no la ocupación grave de los espíritus, no, la política venía a ser un divertimento. El pueblo gustaba de las luchas de las guardias pretorianas como de las luchas de los gladiadores en el circo, y asistía a ver la entrada y salida de los Emperadores en el trono como a ver entrar y salir los farsantes en el teatro. El pueblo romano del Imperio no era, no podía ser el pueblo romano de la República. El pueblo romano de la República era severo, batallador, austerísimo, dado a las inclemencias de los campamentos, gozándose en las batallas como si Dios lo hubiera destinado



a la tempestad y a la guerra. Sus costumbres eran frugales, su instinto político delicado y seguro, su vida el combate; cuando no peleaba por la patria en los campos, peleaba por la libertad en los comicios. Así ningún pueblo de la tierra ha sido más porfiado en sus luchas, ni más feliz en sus victorias. Coronado con la idea de su derecho, comprendiendo los privilegios en que se refugiaban sus enemigos, aquel pueblo llegó felizmente a la más alta de sus conquistas, a la posesión de sí mismo por su libertad. Desde el polvo, donde estaba sumido, al rayar su historia, se levantó a ser rey, a ser legislador, como artífice de su mismo espíritu. Amaba aquel pueblo a Roma como el buen hijo ama a su madre, con ese cariño mezclado de respeto, que nunca profana, ni con el pensamiento al objeto amado; y siempre está dispuesto al sacrificio. El carácter del pueblo romano es un carácter singular, único en la historia, lleno de vigor y de fuerza, carácter férreo, apto para el fin providencial a que le llamaba la historia. Dios había destinado el pueblo romano a un fin supremo; había destinado su conciencia a poseer la idea del derecho, su voluntad a fundir en un crisol la tierra. El pueblo de la República representa una faz del destino de Roma; y el pueblo del Imperio representa otra faz de ese destino universal y humanitario.

El pueblo del Imperio no es el antiguo pueblo romano. Este había desaparecido de la faz de la tierra. Ya creo haberlo dicho en el año anterior. El pueblo romano, como una víctima expiatoria se había sacrificado en el ara de la tierra, en el altar donde centelleaba la idea sagrada de la unidad del mundo. Por fundir toda la tierra, por celebrar la unidad del género humano, por abrazar en su inmenso seno todas las razas, por realizar la primera unión de la humanidad, unión por la fuerza, para que el cristianismo la completara por el amor y por el espíritu, por cumplir su destino providencial, el pueblo romano había derramado toda su sangre, se había despojado de su vida, había cubierto con sus huesos y con sus restos la tierra. El pueblo romano del Imperio era indolente, y pasaba su vida en la pereza, en sus paseos, en sus jardines, en sus grandiosos espectáculos. Sin costumbre alguna de trabajar, sin afición a la guerra, tenía que consumirse necesariamente en la debilidad, en la afeminación. Los pueblos extranjeros le habían infundido su sangre, y aquel pueblo era feroz como el galo, indolente como el oriental, ligero como el griego. El pueblo de la República dominó al mundo, y el mundo entero dominó al pueblo del Imperio. Las razas más bárbaras, las más enemigas de Roma, las que por fuerza se habían sometido a su coyunda; abandonando sus bosques, sus madrigueras, sus montes, corrían a la Ciudad Eterna, donde encontraban un templo, un hogar, un lecho, y allí, sintiendo su corazón agitado por un amor misterioso, su inteligencia conmovida por una idea sublime y



extraordinaria, bebiendo el licor de una nueva vida en la copa de los templos y de los festines romanos, se transformaba el bárbaro en otro hombre, e ingería su vida inocente, su vida salvaje, su vida exuberante en las venas canceradas de Roma; y así la ciudad, en vez de alimentar al mundo, era por el mundo alimentada con nueva sangre; y este maravilloso trabajo, nunca bastante admirado, venía a ser como la gestación de una nueva ciudad, que perdía el egoísmo de razas y de familia, para extender el universal dominio del derecho. Parece que hay aquí una contradicción, y no la hay, señores. ¿Cómo alabar al pueblo de la República y reconocer que cumplía un destino más maravilloso el pueblo del Imperio? La razón es sencilla. El pueblo republicano mirado desde el punto de vista de Roma es más grande, pero el pueblo imperial cumplía un destino más sublime. Dios, que es el eterno artista de la historia, suele con malos instrumentos grabar en el espacio las ideas más sublimes y más grande. Roma abría sus cerrados muros a los hombres que entraban en su recinto a recibir la consagración de su soberanía.

Pero no nos engañemos, señores. La aristocracia durante la República vició y corrompió al pueblo, y durante el Imperio, pagó la aristocracia caramente esta corrupción. Si el pueblo no trabajaba, culpa era de los nobles, que, llevados de la codicia, habían roto en las manos del plebeyo los instrumentos del trabajo, y para más lucrarse con sus tierras, habían convertido aquellos hermosos fructíferos campos de Italia, donde la agricultura encontraba manantiales de vida, aquellos campos tan cultivados y tan fecundos, en inmensas praderas para el pasto de sus ganados, con el fin de que un solo esclavo pudiese cuidar de la tierra y ahorrarse así salarios y jornales; medida económica atroz, señores, pues a un mismo tiempo sumía en la pobreza al pueblo, y en la esterilidad o la tierra; medida, que lloraron los nobles con lágrimas de sangre, pues ella planteó el problema social, y atrajo fatalmente la ley agraria; medida que arrojó en las calles y plazas de Roma un pueblo sin trabajo, pronto a toda revolución que mejorase su triste suerte, dispuesto a levantar en sus brazos a cualquier tribuno, o a cualquier tirano que le prometiera cuando menos una segura venganza.

Si el pueblo se había acostumbrado a los grandiosos espectáculos, la culpa era de los patricios, pues le daban en toda sazón y por cualquier motivo grandes juegos, grandes fiestas, combates de gladiadores, en que sacrificaban a los hombres más robustos y más hermosos del mundo; combates navales celebrados en el campo de Marte, en que morían millares de soldados, enrojeciendo las aguas del Tíber; grandes comidas celebradas en las plazas, a la luz del sol, entre cánticos alegres y concertadas armonías; luchas de fieras traídas de los más apartados climas de la tierra; histriones



acariciados por los grandes señores como lo era Roscio por Sila; juegos por el recuerdo del triunfo de Roma sobre Annibal, juegos por el triunfo de César sobre Juba, juegos por la batalla de Filipos, juegos para todas las estaciones del año, juegos instituidos por una gran prostituta, y pagados de sus infames caudales, juegos hasta por la rota de Cannas, y por la toma del Capitolio; pero juegos en que el placer se desbordaba, en que el pudor se perdía, en que corrían la sangre y el vino mezclados, en que el pueblo se degradaba, complaciendo así a la nobleza: que en la degradación del pueblo ponía principalmente la nobleza la base de su dominio.

Si el pueblo buscaba un amo, culpa era también de la aristocracia, porque ejercía el patronato, esa institución paternal, de una manera inicua; y lejos de ser la protección y el refugio de los plebeyos, se gozaba en verlos ir humildemente con su espórtula a la puerta de la casa; en mofarse de ellos entre los bufones y esclavos; en tenerlos en el atrio al lado de los perros; en obligarlos a que lo llamaran señor y hasta rey, nombre odiado siempre por los romanos; en hacerles ir agitados, sin aliento, detrás de su litera; en mirarlos con desdén y con desprecio, negándoles hasta el saludo; en arrojarles un pedazo de pan con menos cariño que a sus sabuesos; en tenerlos aherrojados a una cadena, y soltarlos solo en los comicios, en el día de la elección de las magistraturas, para que devorasen a sus enemigos, y levantaran a sus tiranos al poder; conducta criminal, que debió dar sus frutos; porque el pueblo, que por el instinto y la intuición alcanza más que las altas inteligencias por el lento raciocinio, comprendió que un gran patrono, levantado sobre los patricios había de humillar o los que le humillaban; y cansado de una tiranía pesadísima, optó por otra tiranía más liviana, y se entregó a los Césares.

Tal era, señores, el estado de la sociedad romana a la muerte de Nerón, con el cual moría la familia de los Emperadores. En el año anterior hablé, señores, de esta muerte lastimosa y trágica, que fue tan extraordinaria como había sido su vida. Suetonio, que suele ser vulgar en sus escritos, narra con maravillosa elocuencia, el último trance de aquel hombre, que acertó en desear la inmortalidad y la gloria, y erró en creer que la voluntad consigue todo lo que desea, y en fingirse omnipotente por ser emperador. Todavía, mi imaginación, que pinta a mis ojos con cierto realismo los grandes objetos históricos, me ofrece los últimos instantes de Nerón, rompiendo la mesa de comer, y quebrando sus más preciados vasos a la noticia de la insurrección de Galba; incierto entre arrastrarse de rodillos a los pies de su enemigo, o mover con su elocuencia todo el pueblo, lanzándolo en los campos de batalla; suspirando por ser un pobre artista, sin más patrimonio que su cítara, ni más ornamento que su corona de laurel; abandonado a media noche de sus huestes, de sus guardias pretorianas, de sus



cortezanos, sin encontrar siquiera el veneno de Locusta para morir muerte súbita y tranquila; llamando de puerta en puerta a las casas de sus antiguos compañeros de orgías, sin encontrar quien le siguiese en sus desgracias cuando tantos le habían seguido en sus vicios; huyendo entre las sombras con túnica corta, con manto rolo, y un pañuelo en la cara, acosado por la sed y el hambre, y el cansancio, y las maldiciones contra su nombre esparcidas por las auras de la noche; deteniéndose en un lago infecto para beber ¡él! que había pasado su vida en el regalo y en la abundancia; llegando por último a la casa de uno de sus esclavos, y tendiéndose en un pobre colchón sin osar darse pronta muerte; y aun agitado por sus dolores y sus remordimientos, aprendiendo de los labios de un ser compasivo la muerte que le decretaba el infame Senado en cuanto le veía vencido, y que consistía en serrarle el cuello lentamente y abrirle las carnes con varas llenas de espinas, mirando su propia sepultura a su vista cavada y abierta, se consume en una lenta agonía; hasta que por fin, con esfuerzo sobrehumano, acaricia su puñal, mira su punta, la prueba algunas veces y la retira, oye rumor de gente que le busca, duda un instante, escucha los clamores de sus domésticos que le ruegan que se liberte de la venganza del Senado, y entonces como poseído de un vértigo, y pronunciando unas palabras griegas, y sintiendo que el mundo perdiera en él un artista, se clava el puñal en la garganta, y a la última luz de su vida ve a sus verdugos, que aparecen a la puerta, y que se lanzan sobre su cuerpo todavía caliente, para arrojarlo, como presa codiciada a sus implacables enemigos, que vivo y poderoso le adularon y le maldecían vencido y muerto. Pero no se crea, señores, que las maldiciones contra Nerón eran universales; no se crea que su nombre causaba horror en todos los ánimos, no, algunas gentes que se acordaban de la pródiga largueza de Nerón, se dolían de su muerte; y un clamor lastimero poblaba los aires; y sus exequias fueron lujosísimas; y su cuerpo fue envuelto en un rico tapiz blanco bordado de oro: y su sepulcro se alzó en la colina de los jardines, dominando a Roma, tallado en mármoles y porfiro; y su retrato apareció un día en la Tribuna de las arengas; y el Rey de los Parthos pedía desde su apartado imperio que el mundo honrase la memoria de Nerón; y todos los días sobre su tumba aparecían coronas de flores humedecidas por lágrimas de agradecimiento; y como un aventurero se vendiese por Nerón, mucho después de su muerte, ganóse partidarios en el Imperio; y algún emperador subió al trono, porque en su frente se veía resplandecer el reflejo de Nerón, alma de artista, maldecida de Dios, por haber osado romper el límite infranqueable, donde se estrella como el mar en la menuda arena toda humana grandeza.



¡Qué cambio tan súbito y tan universal en el Imperio! El reinado de Nerón había sido el reinado del epicureísmo romano, fácil y ligero; había sido, en una palabra, la apoteosis del sensualismo. Aquella sociedad, cansada de luchar y reluchar, caía sin fuerzas en el lecho de los festines, cubierta de flores, dejando errar un cántico voluptuoso por los labios, en una mano la lira vibrando notas de placer, en la otra la copa llena de hirviente licor; y a pesar de tanta alegría, la inteligencia triste y el corazón desgarrado por un presentimiento de muerte. Yo veo la imagen del estado de aquella sociedad admirablemente representada en un festín. El placer todo lo domina; el romano vestido de blanca túnica se tiende perezosamente en su lecho; coronas compuestas de yedra, amaranto, violetas, rosas, nardo y azafrán rodean sus sienes y su garganta, para abrir con sus aromas y su frescura los poros y facilitar así las evaporaciones del vino; el aceite aromático arde en la hermosa lámpara que tiñe con sus reflejos todo el espacio del Triclinio; el rey del festín ofrece libaciones a los Dioses y entona al compás de regalada lejana música cánticos religiosos; los esclavos elegidos entre los más robustos y hermosos de la ergástula corren aquí y allá, las manos llenas de platos ocupados con humeantes viandas; los niños de la casa, vestidos lujosamente de seda, renuevan el aire con abanicos de fresco follaje; el cráter de plata rebosa vino de Falerno; bailarinas gaditanas, morenas, ardientes, danzan destellando de sus grandes rasgados ojos la luz de su hermoso cielo, y agitando su negra cabellera al compás que se mece como una caña combatida por el viento su flexible cintura; las jóvenes griegas, envueltas en largos velos, entonan cánticos de sus poetas en la lengua de los dioses; los esclavos imitan un gran combate; los histriones, representan una pantomima; la bóveda del Triclinio se abre, y arroja llores entrelazadas con ricas coronas de oro, y da libertad a raras aves, y llueve esencias y aguas olorosas que embriagan; pero, señores, a pesar de tantos placeres, de tanto lujo, de tanta alegría, se ve en medio de la mesa la figura de un esqueleto para recordar al convidado que no hay en la vida nada tan seguro y tan real como la muerte.

Y, a pesar de esto, aquella sociedad tan dada al placer y a la alegría iba a cambiar de faz completamente. De manos de un epicúreo pasa la sociedad corrompida a manos de un estoico; de la vida placentera a la vida austerísima y aun feroz. El carácter epicúreo de aquella sociedad no podía ser transformado tan pronto en carácter estoico. La ligereza de aquella vida muelle y regalada no podía avenirse bien con la severidad de los guerreros, que iban a dominar a Roma. El pueblo rey cayó tan bajo, que los extraños le impusieron un emperador. Por vez primera, el mundo dictó leyes a Roma en vez de dictar Roma leyes al mundo. Por vez primera se vio que los emperadores ya no necesitaban



para pisar el trono, ni aun hipócritamente, invocar la autoridad del pueblo y del Senado. Por vez primera, la cadena, que ligaba el Imperio con los tiempos antiguos, cayó hecha trizas a los golpes de las espadas de los pretorianos. El mundo sintió una congoja tan grande como si la vida se le acabara. El mundo conoció que la civilización elaboraba lentamente una nueva idea; que le deparaba la providencia un cambio de rumbo zozobroso en su inmortal destino. Al fin los emperadores que acababan de dominar el Imperio, tenían una sombra de autoridad. La imagen del Capitolio, y el numen de la ciudad eterna los protegía con religiosa protección; el recuerdo de Augusto y de César resplandecía como una corona inmortal sobre sus frentes; el Senado los había visto nacer, y el pueblo los había aclamado al pie mismo del trono, como reflejos de su poder, como representantes de sus tribunos, como hijos predilectos de la plebe. Pero ¿quién era aquel nuevo emperador? Era un viejo gastado, un viejo decrepito, un viejo moribundo. ¿Quién le había levantado al trono? El ejército. Triste estado el de una sociedad, en que el ejército se apodera de todo poder, y de toda autoridad, porque creyendo que solamente la fuerza puede resolver todos los problemas, cuando no allanan un obstáculo, ni vencen una dificultad, fían derecho, autoridad, justicia, poder al filo de la espada, que solo se satisface con sangre.

Roma se dolía de la inmoralidad de Nerón y pretendía curar este mal con otra inmoralidad más grave. Nerón había ganado con espectáculos al pueblo, y sus enemigos con oro ganaban el ejército. No podía este camino acabar, sino en profundo y pavoroso abismo. Los móviles de las acciones humanas han de ser espirituales, íntimos y propios de nuestra naturaleza; porque si buscan su alimento en el oro, en el placer, en algo extraño a las ideas de justicia grabadas por Dios en nuestra mente, producen, por necesidad, obras raquíticas y perversas. Así el nuevo Imperio, que se levantaba sobre la total ruina de la familia de los Césares, sin tener el brillo ni la autoridad del antiguo imperio, tenía en las entrañas un cáncer más profundo e incurable, la inmoralidad del ejército. El pretoriano, sin más idea que su propio medro, sin más móvil que el oro, levantaba y derribaba emperadores, y entregándose a toda la veleidad de sus tornadizos instintos, quemaba un día lo que adorara otro, y se alistaba allí donde oía sonar, o más dinero, o más dulces y regaladas promesas. Y para más confundir el humano entendimiento con estos grandes misterios de la historia, el hombre destinado a representar tan extraordinaria y nueva fase del Imperio, era un viejo, sin fuerza, sin poder, sin movimiento; más preparado para la tumba que para el trono; un viejo, cuyos pies heridos por la gota no podían emprender una marcha, cuyas manos cansadas no podían manejar una espada, cuyo cuerpo devorado



casi por sus males no podía sostenerse en un caballo, y cuyo espíritu, si bien conturbado y por la edad oscurecido, era más para regir por la ley una República severa y estoica que para sostener por el propio arbitrio un desorganizado e inmoral Imperio.

Narremos, señores, los acontecimientos, seguros de encontrar en cada hecho una idea, La caída de Nerón había producido diversos y encontrados sentimientos en la gente romana. Placía ver rodar en el polvo tan alto poder a los Senadores perseguidos y humillados por el César; a los patricios, que veían morir todos los días sus privilegios y su poder; a los infinitos desterrados que desde lejanas playas convertían en vano sus ojos o Roma humedecidos por amargo llanto; a los soldados extranjeros, ufanos con ver sus lanzas extendidas sobre el Capitolio, y con tener bajo su tutela el mundo, que olvidado del derecho se rendía a la fuerza; pero al mismo tiempo displacía y descontentaba la caída de Nerón al pueblo, que le amaba por su franqueza, por su liberalidad, por sus instintos, y por ver en él un tan grande enemigo de sus eternos enemigos; a los jóvenes elegantes y licenciosos de la ciudad, que habían pasado una vida deliciosísima en festines y juegos, y pantomimas al lado del Emperador; a los soldados de la ciudad, mal avenidos con la funesta idea de verse reemplazados en poderío e influencia por los soldados extraños; y en general, a todas las gentes poco dadas a novedades, que si bien odiaban a Nerón, conocían que Roma, como un moribundo que se mueve en su lecho, perdía ánimos y esperanza de salud a cada esfuerzo que hacía por remediar su dolorosa suerte. Pero a los que convenía tener satisfechos y contentos era a los soldados; indicio seguro de la perdición de una sociedad el querer satisfacer antes o la fuerza que a la justicia.

De acallar los clamores de esta gente se encargó el infame Ninfidio Sabino, que adulator un día de Nerón,

como todos los aduladores, le abandonaba en la hora de los grandes infortunios. Ninfidio Sabino conoció que para mover el ánimo de aquellas gentes a respetar la obra de las extranjeras legiones, que se habían sublevado contra Nerón, no necesitaba hablarles de justicia, ni de derechos, ni de amor al Imperio Romano; que no había menester de aquella antigua elocuencia patricia, cuyo ardor encendía en santo entusiasmo los corazones, porque todo se había perdido y se había gastado en los últimos tiempos de la República, por el escepticismo que consumía a la sociedad romana; conoció que las palabras sacratísimas de los antiguos tiempos quemarían sus labios, sin animar la conciencia ni la voluntad de los soldados; y perdida toda idea de dignidad y justicia, les arrojó el cebo del dinero para ganarlos a la devoción del nuevo Emperador, de Galba, prometiendo siete mil quinientas dracmas a



cada jefe, y doscientas cincuenta a cada soldado; promesas que realizadas y cumplidas, traerían la salud del nuevo Emperador, pero la perdición segura e inevitable del Imperio. ¡Triste sociedad, sin conciencia, sin derecho; entregada a todas las tempestades, falla de rumbo, incierta en sus ideas, llena de dolores y sin esperanza de remedio; volviendo siempre los ojos atrás y sin ver el camino que tenía delante; elaborando una idea de derecho, pero sin conciencia de esta elaboración para más angustia; suspensa entre dos épocas como el infeliz que padece un vértigo entre dos abismos; sin poder ni aun para confiar sus dolores al cielo; entregándose en su desesperación al arbitrio de legionarios feroces, a las intrigas de cortesanos indignos, a las cébalas de mercaderes infames.

El nuevo emperador Galba había subido al Imperio por el camino de una sublevación militar; camino sembrado de espinas, donde solo podía encontrar males, o cuando menos zozobras. Galba había sonado con el imperio, porque los magos antiguos le profetizaron tan alta dignidad, pero su pereza era parte a matar estos ambiciosos pensamientos; rico, no codiciaba la ajena hacienda, aunque conservaba con avaricia la propia; noble, tenía el orgullo de los patricios unido al recuerdo de sus antiguos privilegios; viejo, conservaba en el pecho la imagen viva de la República; gobernador de extrañas provincias, no las oprimía, pero las castigaba duramente; arreglado en su vivir, económico, hubiera sido tal vez buen padre de familia, pero el cielo le había negado hijos; más sin vicios que con virtudes, como dice admirablemente Tácito; jurisconsulto entendido antes en las particularidades minuciosas del derecho que en sus grandes y universales principios; celoso en demasía por la justicia social, pues a un mercader usurero le cortó las manos y las clavó en su tienda, y a un tutor que había matado a su pupilo le hizo morir en una cruz; débil hasta el punto de abandonar el Imperio a sus libertos y favoritos; incapaz de hacer daño, pero consintiendo que lo hicieran otros en su nombre; con intentos de restaurar la antigua disciplina pero sin fuerza para cumplir sus intentos; nacido para otra República menos turbulenta y gastada, Galba hubiera muerto querido y llorado, hubiera tenido sobre su tumba la corona de emperador, y en su nombre vinculadas muchas esperanzas, hubiera sido por universal consentimiento juzgado digno de dominar el mundo, si conociendo que su debilidad no era propia de época tan tormentosa, ni su severidad bastante a curar corazones tan corrompidos, hubiera renunciado al Imperio.

Galba debía levantar contra sí muchas pasiones. El pueblo estaba acostumbrado a Césares enemigos de la aristocracia, de los patricios; gustaba de la apostura, de la gracia, y hasta de la insolencia de Nerón; recordaba con amor las fiestas, los juegos, los banquetes, el circo siempre abierto, el teatro



entoldado de púrpura, cubierto de polvos de oro y minio; veía con entusiasmo como Nerón dispendiaba sus caudales, cuando iba coronado de flores, envuelto en rozagante seda, en su carro de marfil, los inspirados ojos en el cielo, y la agitada mano en las áureas cuerdas de la lira; recordaba lastimosamente que Nerón era el protector de los pobres, de los marineros, de los atletas, de los gladiadores, de los farsantes, hasta de los esclavos, en una palabra, de todos los seres degradados y envilecidos en la antigua sociedad; y un pueblo acostumbrado a todo esto, no podía ver con buenos ojos a un soldado, enfermo, gotoso, inmóvil, viejo, con un puñal siempre en el cinto, vestido austeramente, nada acostumbrado al circo, ni dispuesto a juegos y fiestas y teatros, menospreciador de la plebe, amigo de los aristócratas, avaro, que daba con desprecio unos cuantos sexlercio9 a un flautista, que revocaba donaciones de Nerón, que comía lentejas, que se servía con platos de barro, que mataba o los marineros despiadadamente, que no arrojaba ni un óbolo a los soldados, que había venido a oscurecer ¿qué digo oscurecer? a malar la báquica alegría de Roma.

La entrada en Roma de este hombre había sido ya funesta. Alguna gente principal había pagado sus conjuraciones con la vida; casos sentidos más que por la desgracia de los finados, por el desprecio que acusaban en el Emperador hacia las antiguas prácticas de los Tribunales romanos. Unos marineros muy halagados por Nerón, que le acompañaban en sus festejos, en sus expediciones por el mar Tirreno, en sus viajes a Grecia, salieron al encuentro de Galba a pedirle el cumplimiento de promesas neronianas y fueron impiamente acuchillados en el camino, con lo cual puede asegurarse que entró ya salpicado de sangre, y por lo mismo cubierto de maldiciones, en la Ciudad Eterna. Los libertos y amigos más íntimos de Nerón, los que verdaderamente le perdieron y arrojaron aquella alma nacida para más altos destinos en el cieno, fueron decapitados; pero se salvó, con gran disgusto de Roma, el más criminal y el más aborrecido, Tigelino. La vajilla propia de Galba era de barro, más así que pudo gastar vajilla ajena, la gastó de oro, lo cual daba margen a que el pueblo le cantase sátiras en el teatro, ridiculizando esta mezcla informe de esplendidez y de avaricia. El derecho de ciudadanía era muy regateado por Galba, que a fuer de buen patricio no quería extender mucho el recinto de la ciudad, más lo dio de grado a los Galos, no sabemos si por lucro, o por agradecimiento. Llevado de una severidad, que rayaba en cruel, revocó todas las donaciones que en oro, en hatajas, en prendas de toda clase había hecho Nerón en su afán de prodigar y malversar los caudales públicos; medida, que llevó la confusión al seno de los pueblos, pues la gente, que las había recibido, gente de poco dinero, las



había enajenado, y los compradores reclamaban con justo título la pertenencia de estas alhajas, la legitimidad de estos dones.

Lo que principalmente perdía a Galba eran sus favoritos, gente de mal vivir, y de pésimas condiciones. Muchos le rodeaban y todos bajo su amparo querían explotar a Roma. Era el principal Tito Vinnio, avaro, sensual, materialista; hombre, que había llevado sus liviandades hasta profanar la esposa de su capitán en el sagrado recinto del campamento, y su deseo de allegar riquezas y dinero hasta robar una copa de plata en un festín del emperador Claudio. Un ladrón, un usurero, un hombre de mal vivir, escándalo de Roma, afrenta de la sociedad, que vendía todo linaje de mercedes, que se aprovechaba de su privanza para lucrarse, era un peligro permanente para Galba. El escándalo fue tan grande que Tigelino, odiado de todas las clases, se salvó de la muerte, por haber comprado su vida al favorito del César, al ligero y corrompido Tito Vinnio. Al frente de este, se levantaba Lacón, prefecto del Pretorio, envidioso, orgullosísimo, enemigo de todos los amigos de Galba, descuidado, perezoso, y de una arrogancia tal que humillaba a la gente más ilustre y de un amor propio tan desmedido que creía despreciable y baladí toda idea, que no fuese de su mente, y toda obra, que no saliera de sus manos. Al lado de estos hombres, se encontraba también Icelo, para quien la privanza del Emperador era como una gran mercancía, y el palacio de los Césares como un gran mercado. Y lo mismo acontecía a todos los esclavos, a todos los libertos, a todos los amigos, o todos los domésticos de Galba que vendían por oro los gobiernos de las provincias, las grandes magistraturas, la vida de los criminales, y hasta la verdad y la justicia.

Y esto era más de extrañar, tratándose de un Emperador como Galba, que se distinguía por su avaricia; que habiendo recibido una corona de oro en regalo, la hizo fundir para ver si tenía en realidad el oro que le habían dicho e hizo añadir a los que se la habían regalado dos onzas que fallaban; que licenció la cohorte germánica fidelísima, por ahorrarse dinero; que suspiraba profundamente siempre que veía bien servida su mesa; que por toda recompensa regalaba un plato de legumbres a los más fieles y antiguos servidores de su casa; que no quería pagar a las tropas de Roma la sublevación, porque decía que él había conquistado, pero no había comprado el Imperio. Las larguezas de sus esclavos le perdieron en el juicio de los nobles y senadores, y la propia avaricia le perdió en el ánimo de los soldados y de los plebeyos. Sus favoritos eran más dilapidadores que Nerón; pero dilapidadores con menos fausto y menos arte. El ejército esperaba en vano la paga prometida por haber consentido Galba se elevara al trono del mundo. Los soldados» que habían gozado grandes preeminencias bajo



Nerón, que habían elevado en sus hombros al trono a Claudio, que participaban del general contento y de los universales festejos en aquella Roma tan alegre, incitados por el deseo de allegar oro, habían levantado del polvo la púrpura imperial, y la habían puesto en los hombros de Galba, y cuando esperaban oro, honras, consideraciones, se hallaban despreciados, sin paga, sin el cumplimiento de ninguna de las promesas, tenidos en poco, obligados a levantarse en armas contra un Emperador avaro e ingrato, que solo se curaba de su propio medro, y que había dejado el timón del mundo en manos de infames esclavos, y audaces y corrompidos libertos. La esperanza de la paga les contenía alguna que otra vez en sus conjuraciones para sublevarse contra Galba; pero al ver burlados sus deseos, engañadas sus ilusiones, lascaban difícilmente el freno: que no hay cosa más dolorosa que ver convertidas en falsías y engaños, esperanzas acariciadas por la imaginación como prontas a convertirse en realidad. Así es que en una ocasión, como al ofrecer en los juegos un sacrificio a los dioses, dijese el sacerdote la fórmula de «orad por que los dioses concedan salud al Emperador», los soldados murmuraron en voz baja, «si es de los favores de los dioses digno», palabras, que eran un desacato a su autoridad, una amenaza a su poder. Y estos desacatos eran cometidos también por el pueblo, que en el circo consagraba al Emperador, no votos solemnes, sino canciones satíricas, en que se burlaba de aquella su desmedida avaricia. El Emperador así abandonado de todos, estaba en realidad, herido de muerte.

Galba pensó en restaurar la sociedad antigua, en hacer renacer del seno del epicureísmo una idea estoica en el Imperio. A este fin puso sus ojos en un joven patricio, esperanza de las clases nobiliarias de Roma. Este joven, que se llamaba Pisón, había pasado los días más hermosos de la juventud en el destierro, y odiaba la tiranía. Su martirio era como una aureola de gloria, que cubría sus sienes, y elevaba su frente sobre todas las frentes. Era de la familia de Pompeyo, a cuyo nombre asociaba la nobleza los recuerdos más hermosos de la República. La pluma aristocrática de Tácito se goza en delinear esta imagen como una luminosa esperanza, que flotaba sobre aquella negra noche, en que había huido para siempre la libertad romana. Así lo trasmite a la posteridad, grave, severo, melancólico, taciturno, misterioso, imagen fiel y real de la idea estoica, en que gran parte de la aristocracia se había refugiado después de las amarguras que le trajera la caída de la República. En todas las palabras que se atribuyen de común acuerdo a Galba se siente el eco de la antigua República. La idea republicana cruza por la mente del viejo Emperador; pero su brazo no tiene fuerza para esculpir en el espacio esa idea. Así, encomienda a Pisón este legado, y al verlo joven y fuerte, se



conmueven con una grata esperanza sus entrañas. Pisón muestra no desear, sino merecer el Imperio. Elegido entre tantos, ni una palabra de entusiasmo cruza por sus labios, ni un rayo de alegría por su frente. Las palabras que Galba dirigía a Pisón eran el resumen de toda la filosofía estoica. El gran principio de «no hagas a otro lo que no quieras para ti», fue grabado en la conciencia del joven. Galba muestra deseo de volver a comenzar la libertad perdida; pero conoce que el pueblo no puede ser ya enteramente libre, ni enteramente siervo. La adopción se verifica ante los soldados, y ante los soldados y ante el Senado, Pisón se muestra resignado en el campamento, respetuoso en el Senado. Su ánimo piensa sin duda refrenar la milicia y enaltecer la ley. Era esta una conspiración contra la eterna lógica de la historia. En un día querían destruir dos hombres medio siglo de acontecimientos, y de grandes revelaciones del espíritu. La Naturaleza, que tiene relaciones misteriosas o incomprensibles con la conciencia, cuando Galba presentó a Pisón en el campamento, estalló en una gran tormenta, como protestando contra aquella conjuración del hombre, que intentaba cortar la corriente impetuosa de los hechos. El estoicismo republicano lanzaba en Pisón sus últimos fulgores, el postrer destello de su luz moribundo, que se extinguía al soplo de la Providencia.

En aquella sociedad existía la lucha entre dos ideas, entre la idea estoica y la idea epicúrea. Los instintos epicúreos no podían estar por largo espacio de tiempo dormidos, y habían de disputar el paso o sus contrarios. La idea epicúrea, que llegará su apogeo en Nerón, personificóse en Othon, que había auxiliado a Galba con esperanza de sucederle. Cuando vio la adopción hecha por el César, ardió Othon en ira. Era este Othon un joven sensual, pródigo, disipador, bullicioso, enamorado, calavera, muy parecido a Nerón en ideas y en instintos; compañero de los vicios de éste; dado a ir por las noches de casa en casa y de calle en calle, inquietando a los pacíficos habitantes, sorprendiendo a las más hermosas doncellas en su lecho, siempre entre danzas, juegos y festines, cargado de deudas, pues a sus ojos Nerón era demasiado avaro y económico, y en prueba de esto, se cuenta que habiéndose inquietado Nerón porque se habían vertido algunas gotas de una esencia muy preciada y costosa, al día siguiente, la derramó Othon delante del César como agua en su casa; encubridor de los vicios de sus amigos, hasta el punto de tomar por mujeres propias las más prostituidas mancebas; supersticioso como convenía a un amigo del pueblo y del ejército; afeminado en su vestir, sobre todo en su peinado, pero viril por carácter, y fuerte en los combates; hermoso de cara, si bien deforme de cuerpo; adulador de la plebe; codicioso del Imperio, no solo por el natural deseo de mandar, sino también por libertarse de la infamia, con el pago de sus deudas; imagen fiel del Emperador, que había perdido Roma, de



Nerón, y por lo mismo popular, y deseado por todos los que anhelaban la dictadura plebeya, y la humillación de la nobleza y el reinado del placer, único anhelo de aquella sociedad gastada y cancerosa.

Los ánimos en Roma solo habían menester para encenderse un soplo. Los soldados habían perdido la esperanza de cobrar el donativo, pues ni en día de la adopción, día sagrado, les había hecho Galba el más leve agasajo. La gente plebeya estaba aun de peor talante, cansada de aquella rigidez de principios en el César, y aquella liviandad de obras y acciones en sus libertos. El Senado, perdida su grandeza, no podía avenirse a su merecida servidumbre, y en cada nueva mudanza creía encontrar un nuevo remedio. Las legiones extranjeras, roto ya todo freno, habían en Germania desconocido la autoridad de Galba y proclamado la autoridad del glotón Vitelio. Los soldados de la marina, diezmados por el Emperador tan sin justicia y sin consejo, afilaban sus armas, ofreciéndolas al primero, que quisiera empuñarlas y esgrimir las. Galba estaba pues como tendido sobre un volcán, que iba a estallar, y al impulso de la primer mano, que abriese su ardiente cráter. Y esta mano audaz era la mano de Othon, sí, de Othon, que no tenía más ansia que el Imperio, pues sin honra para merecerlo, aun le quedaba aptitud para alcanzarla. Sus labios estaban siempre abiertos para verter palabras de adulación en el pueblo, y su bolsa abierta para derramar oro en el ejército. Su casa era el alojamiento de todos los disípidos, el festín de toda la gente alegre y de poco seso. Elocuente, audaz, ambicioso, gastado, no perdonaba medio para combatir a Galba, y pisar la cima de la Ciudad Eterna. Y todo el dinero, para preparar la conjuración, lo allegó pidiéndolo prestado a un esclavo del Emperador. Sin gente casi, lo esperaba todo del odio del pueblo a Galba y del amor del ejército al oro. La conjuración estaba tan preparada, que una noche al salir de un festín, se hubiera dado el grito, a no impedirlo el temor de que se malograra por la oscuridad y la incertidumbre de las guardias pretorianas.

Por fin sonó la hora. Un día de mediados de Enero estaba Galba sacrificando a los dioses y pidiéndoles la salud del Imperio; el fuego ardía en el altar, el humo del sacrificio se disipaba como una nube ligera entre las columnas; las entrañas de la víctima palpitaban; el sacrificador seguía con ojos ávidos el augurio; los libertos rodeaban al César, y a un lado se veía anhelante, fatigado por mil pensamientos, mirando ora al ara, ora a la puerta, a Othon, que oía de los labios del augur su propio pensamiento, el anuncio de la conjuración escuchado con frialdad por Galba, y con espanto por su gente. Después de esto a una señal convenida, abandona



Othon el templo y el sacrificio, y se dirige al Foro. Una litera le conducía, pero sus esclavos no le podían llevar según su deseo y su impaciencia, y abandonó la litera. Dióse a correr, y aunque se le soltó el calzado, sin punto de reposo, ni ánimo para detenerse, aceleró su carrera. Por fin llegó en medio del Foro, al pie de la columna que era el centro de todos los caminos de Italia.

En aquel sagrado lugar, testigo de todas las glorias de Roma, donde quiera que Othon volviese los ojos, encontraba ejemplos de fidelidad y heroísmo, que mudamente condenaban su acción, pues allí se reunían para proteger al Imperio el rey de los sacrificios, que elevaba una incesante plegaria a los dioses para la salud de la Ciudad Eterna que Othon iba a perturbar; el templo de Saturno, donde se guardaba el tesoro, que Othon quería dilapidar; el templo de César, del fundador de aquel Imperio, que Othon quería profanar; el templo de Castor y Polux consagrado a la libertad patricia, cuyo renacimiento Othon quería impedir; el tribunal del Pretor, donde se prestaba el juramento que Othon iba a romper; el lago Curcio; la estatua de Clelio y de Marco Trémulo; las imágenes de Sila y de Pompeyo; la tribuna de los Rostros en que hablaron todos los grandes oradores; la estatua ecuestre de Augusto, los milagros de elocuencia, de heroísmo, de grandeza de aquella Roma, que Othon iba a prostituir; la imagen de los dioses patrios, del Olimpo romano, la figura de la loba que amamantó a Rómulo, todos los genios, que formaban el poema de aquellos dogmas que Othon iba a herir; el monte Capitolino, levantando en su cima los edificios, que guardaban el alma de aquel derecho, que Othon iba a pisotear; la vida, en una palabra, de la antigua Roma, de sus héroes, de sus guerreros, de sus oradores, de sus mártires, que parecían animarse en medio de aquella tempestad para confundir a su degradado e indigno hijo.

La soledad de la plaza debía atemorizar a Othon; pero su ánimo resuelto no se dio a la duda, ni al desaliento. De un lado a otro corrían unos cuantos soldados, dispersos, y aquellos soldados fueron el principio de una sublevación que debía dar en tierra con el poder de Galba. Otro hombre de menos aliento que Othon, al ver el escaso número de sus allegados y la magnitud de la empresa, hubiera retrocedido con temor y espanto, pero la desesperación tomaba en él la forma del heroísmo. La vida le era difícil sin el poder y la victoria. Así, cuando aquellos veinte soldados, que andaban sin norte por el Foro, le cogieron en brazos y le alzaron y emprendieron el camino de los cuarteles, donde estaba reunida la milicia, el ánimo de Othon creció como esas aves, reinas de los vientos, que vuelan con mayor empuje cuando la tempestad hiere sus alas. Los soldados que andaban murmurando de la avaricia de Galba, de su tacañería, de su remisión en pagar las donaciones prometidas, acariciando el



puño de las espadas hambrientas de venganza, aguardaban solo que cualquier ambicioso pretendiera el Imperio; y así que vieron al amigo de Nerón, al epicúreo querido de todos los calaveras de Roma, al pródigo que tanto dinero les había dado, le siguieron, le aclamaron, le ofrecieron la corona del mundo pendiente de su tornadiza voluntad. Y a pesar que en el camino se habían reunido soldados y gente, no era el número bastante, no ya para triunfar, ni aun para amenazar a Galba. Pero al ver el soldado que guardaba la puerta de los alojamientos militares, venir tanto tropel, un senador en una silla como en triunfo, espadas desnudas que centelleaban a la luz del sol, gentes inquietas gritando como si acabaran de conseguir una victoria, franqueó el paso y entraron, y al ruido de tantas aclamaciones, unos por voluntad, otros por puro instinto de imitación, siguieron a los conjurados, y fue obra de un minuto arrojar en el suelo la estatua de Galba, y poner en el solio a su competidor Othon. Este, con la mano saludaba al ejército, con los labios le enviaba plácemes y hasta besos; confundíase en el polvo, doblaba la frente, se rendía, se humillaba, se arrastraba a sus plantas, imprecaba a Galba, traía a la memoria el recuerdo de su avaricia, señalaba las ricas y hermosas casas de sus libertos, se entregaba a todo linaje de viles acciones y palabras para lograr el dominio de Roma, Mientras Othon subía al trono, Galba importunaba con sus plegarias a los Dioses El estoico emperador no era muy religioso, pues a pesar de las señales contrarias del cielo, había adoptado a Pisón, y en aquel momento supremo, en que se acababa su vida y su imperio, renacía como por instinto y sin conciencia un sentimiento religioso en su seno. No bien había acabado el sacrificio, cuando llegó al palacio la noticia de la conjuración. Galba al pronto, no quería creerlo; dudaba, temía y estaba indeciso, sin voluntad, y sin pensamiento. Sus libertos mismos le hacían traición en aquel instante supremo, y Tito Vinnio volvía los ojos al nuevo astro. La gente popular, ansiosa de espectáculos, rodeaba el palacio, más para ver aquella tragedia que para auxiliar con sus fuerzas o con sus deseos a Galba. Unos creían que debía echar mano de sus esclavos y de sus domésticos; fortificarse en el palacio, esperar allí el combate de los conjurados, e invocar allí el auxilio del pueblo, herido en su emperador; pero otros creían que debía abandonar su palacio, ir, rodeado de majestad, delante de los conjurados, hablarles, prometerles paz, y lograr que cayeran rendidos por la persuasión a las plantas del amo del mundo. Galba no sabía qué hacer. La guardia germana le era hostil, por haberla despreciado; la guardia marina más hostil aún por haberla herido y diezmado; y no confiando en sí mismo, envió para que les tocara el corazón a su hijo adoptivo, causa inocente de todos sus males. Mientras estos hechos corren y suceden, se siente un gran rumor, la muchedumbre grita, las puertas



caen a su empuje, el pueblo y los soldados inundan intercolumnas, pórticos y patios; el emperador tiembla, sus esclavos le rodean, la ansiedad y el tumulto crecen; pero entre tanta confusión se adivina que Galba ha triunfado, porque de otro modo le rodearía el abandono, compañero del vencimiento; la soledad, única amiga de la muerte. Y en efecto, entre tanta gente aparece un soldado, con una espada desnuda tinta en sangre, diciendo que había matado al enemigo del Imperio, a Othon. Este gran engaño fue obra de los othonianos, que se llevaron la mira de sacar a Galba de su palacio para mejor asaltarlo en calles y plazas, y tomar de él pronta venganza.

En efecto, Galba se ciñó su cota de malla, colgó al cinto su inútil puñal, y como no pudiera moverse, entró en una litera, dirigiéndose a la insurrecta milicia. El pueblo había inundado las calles y llevado de su curiosidad ocupaba los atrios de los templos, las puertas de las casas, los pedestales de las estatuas y columnas, y hasta la cima de los grandes edificios, sin tumulto como si recogiera el aliento para no perder ni una palabra, ni una escena de aquella gran tragedia. Importábale poco su nuevo dueño, y sabía que para él solo se trataba de la mudanza de nombre en su negra servidumbre. Entraba Galba por el Foro, cuando vio venir por la parte opuesta los soldados. Estos, sin consideración ninguna a la majestad del Imperio, sin respeto a la vejez del emperador, como si pelearan contra un enemigo de Roma, como si trataran de vencer algún príncipe extranjero, que hubiera hollado la augusta grandeza del Capitolio, o herido a los dioses patrios; en medio del Foro, allí donde se levantaban tantos altares y tantos tribunales, allí donde el numen de la Ciudad Eterna guardaba todos sus gloriosos recuerdos allí donde resonaba todavía la voz sagrada de la República; en aquel templo, cuya tierra era polvo de los huesos de los héroes romanos, de los que dilataron sus victorias por todo el universo, en aquella tierra en que dormían tantas generaciones, en que había brotado la idea del derecho; allí aguardan a su emperador, como para más ennegrecer su crimen, y le asaltan, y lo derriban en el suelo, y le abren mil heridas, y lo pisotean, y le cortan la cabeza, no porque hubiese faltado a sus juramentos, no porque hubiera arruinado al pueblo; sino porque no había abierto la mano, para derramar en campos y plazas sus tesoros, único medio de conservar la corona que se vendía como en pública almoneda. Así murió Galba; cerca del lago Curcio, lugar respetado siempre por los romanos, como espacio de una de sus más grandes glorias. Su cabeza fue metida en un saco, su cuerpo abandonado en el campo. Los mismos que le habían aclamado victorioso, le injuriaban muerto; flaqueza muy propia de gente pervertida por el hálito de la servidumbre.



Mas la muerte por Othon deseada, era la muerte de su verdadero competidor, del hijo adoptivo de Galba; del aristócrata estoico y severo, de Pisón. Este, vista la desgracia de su causa y de su gente, huyó a todo huir, y halló asilo en el templo de Vesta, merced a la misericordia de un esclavo. En aquel día, y en aquel terrible trance, un esclavo no tenido por hombre en el juicio de la sociedad antigua, era el único ser, que revelaba sentimientos de humanidad. Así se venga la naturaleza humana de las grandes injusticias sociales, que la desconocen o la niegan. La obra del esclavo, si meritoria, fue inútil. En el mundo romano, es decir, en la tierra entera, no había para el vencido un asilo. Al templo llegaron los othonianos, y en el templo fue Pisón sacrificado. Cuando Othon vio la cabeza de su enemigo, respiró creyendo sancionada su victoria. Así murió aquella personificación del estoicismo antiguo, así se disipó aquella insensata idea de restaurar una aristocracia, que había muerto. Esto nos enseña que las reacciones son imposibles, y que no basta para cohesionarlas una gran idea, ni para conseguir las un gran esfuerzo; porque ni la conciencia ni la voluntad de los hombres pueden nada contra las leyes reales e inquebrantables de la historia.

Othon, fresca la sangre de sus enemigos, cubierto de cadáveres el Foro, entre los últimos gemidos de sus víctimas, subió delicadamente compuesto y ataviado, a posesionarse de la sombra de autoridad, que andaba errante y confusa, a manera de alma sin cuerpo, sobre el Senado; y allí después de invocar la antigua Roma, como si su alma se hubiera cerrado al remordimiento, y de recibir los loores y los plácemes de aquellos senadores indignos y serviles, declaróse dueño del mundo; y en aquel mismo punto se dirigió a su palacio, seguido de una muchedumbre inmensa, que le saludaba instintivamente por ver reproducida en él como por predestinación celeste la imagen de Nerón, y con esta querida imagen la esperanza de un imperio próspero para la plebe, y para la aristocracia trabajoso y adverso. Después de este día, el recuerdo de Nerón fue una apoteosis, su nombre era repelido de boca en boca, sus estatuas levantadas en calles y plazas, sus hechos referidos por todos los plebeyos, su tumba ornada con mayores ofrendas; llegando a tal extremo el fanatismo que Othon era llamado Nerón por la plebe, y él mismo se gozaba en darse tal título; lo cual prueba que aquella sociedad no había llegado a la paz, ni aun en la esclavitud, y que la lucha de patricios y plebeyos iniciada en los primeros tiempos de Roma, reflejada en los reyes, proseguida en la república, dilatada en las guerras civiles, se encarnaba con más fuerza en el Imperio, heredero de la idea de los Gracos, los Saturninos, los Drusos y los Catilinas, que tantas revoluciones habían arrojado sobre la aristocracia, para obligarla a recibir el derecho, después convertido en sangrienta dictadura, y en revolución permanente por los varios



sucesores de César, y en especial por aquellos que, como Nerón, eran más caros a la martirizada plebe.

Ya creo haber hablado del carácter de Othon; pero debemos insistir porque los hechos de estos hombres pintan un siglo, y una idea filosófica. Othon era la imagen viva del epicureísmo. En la niñez se mostró indócil, en la pubertad liviano, en la edad madura ambiciosísimo, siempre desordenado, Su vida pasaba entre liviandades, pues cuando menos mal hacía, se daba a toda suerte de ligerezas, manteando juntamente con Nerón a los pacíficos ciudadanos, que encontraba por las noches en calles y encrucijadas. Una vieja esclava, que había por sus ahorros alcanzado libertad, le dio dinero, y la amistad de Nerón, en cambio de su amor, si es que puede llamarse amor a ciertos tratos vergonzosos e infames. Suetonio nos pinta la amistad de Othon y de Nerón de una manera que no es para dicha, porque el pudor no lo consiente. Nerón encontró, cuando la muerte de su madre, en su amigo un cómplice dispuesto al asesinato; y cuando los amores de Popea, en su amigo un encubridor, dispuesto a la tercería. Pero como Othon se enamorase de Popea confiada a su custodia, se atrajo la ira del César. Después fue desterrado, si bien al gobierno de una provincia. Allí se captó la benevolencia de los soldados con sus donativos, y venido a Roma con Galba, el amor del pueblo por sus dispendios y su lujo. Cuando subió al Imperio, subió el epicureísmo con él, y al mismo tiempo las esperanzas del pueblo y del ejército. El pueblo y el ejército, como todas las muchedumbres que no saben distinguir la idea del hecho, que caminan a su fin con perseverancia, que no conocen los matices en su conciencia ni la incertidumbre en su conducta, que no saben amar ni aborrecer a medias, que se inclinan siempre a todo lo extremo, y por eso tienen tanta idoneidad para el heroísmo, que caen pronto en los más grandes crímenes y con igual facilidad se levantan a las más altas virtudes, habiendo personificado sus ideas, sus aspiraciones, su vida en Othon, querían celarlo, guardarle de todas las asechanzas, apartar su corazón del Senado y de la aristocracia; y como una noche Othon, hubiese convidado a sus festines a la gente más principal de Roma, y al mismo tiempo oyeron ruido de armas; pueblo y ejército temen por la salud de su ídolo, se levantan, corren a palacio, se reúnen a sus puertas, piden o grandes gritos la vida de los patricios por traidores al César, y penetran desaforados en el mismo Triclinio donde se habitaba Othon, que pudo salvar a sus convidados con grave peligro, y que en aquel instante debió convencerse de que no era posible paz entre el Senado y el pueblo, ni entre la aristocracia y el Imperio.



Pero las legiones extranjeras no podían sufrir que las legiones de la ciudad tuvieran un César. El pretorianismo con toda su barbarie debía subir al trono del mundo. Las legiones de Vitelio que estaban en el Norte compuestas de germanos, de bárbaros y romanos confundidos, lanzan un grito de guerra, y como poseídos de furor, coronan la cima de los Alpes, lanzando gritos horribles, agitando teas en sus manos. Othon se dirige a su encuentro, porque teme que aquel fuego derrita la corona a tanta costa ganada, y queme su frente. Los ejércitos othonianos se dirigen a buscar al enemigo, más parecen gente extraña según caminan, pues donde ponen la planta lo asolan todo y lo aniquilan. Los generales de Vitelio caen sobre Placencia y se retiran, Esto alienta a los othonianos, y por fin los dos ejércitos luchan en las orillas del Pó. Othon aguarda su sentencia en un pueblo vecino, su sentencia es de muerte; la fortuna le vuelve las espaldas.

El epicureísmo es tan fácil como el estoicismo para la muerte. Parece imposible que una escuela tan prostituida y mundana infundiera ese gran valor, despreciando la muerte. Su creencia de la nada de la vida obligaba a los epicúreos a mirar como cosa liviana el último trance. Una escuela, que sujeta al hombre a las sensaciones, que le hace esclavo de la materia, átomo perdido en la creación, pavesa perdida de los astros, sombra que pasa fría y solitaria entre las eternas tinieblas; al ver una vida que se evapora en lo vacío, y se pierde para siempre, debía mirarla como el viajero mírala ráfaga de polvo, que si un instante azota su rostro y ciega sus ojos, se pierde y se disipa en los varios giros del viento. Así había llegado la escuela epicúrea a sentir hasta voluptuosidad en la muerte, como el que apura en un festín el último sorbo del hirviente aromático vino, como el que aspira la última esencia de una hermosa flor. Othon, fiel imagen y fiel representante de esa escuela, dispuesto a la muerte como a un sueño feliz, viendo en el sepulcro el único refugio del desgraciado, el postrer asilo del vencido; así que conoce que no le resta salvación ni esperanza, que las huestes vitelianas le buscan y amenazan; aunque ve fidelidad incomprendible en sus soldados, que le ofrecen la vida, amor en sus esclavos, que lloran a sus plantas para decidirle a la lucha y a la victoria; aunque sabe que ejércitos amigos corren prontos a su auxilio, y regiones lejanas le prestan acatamiento, y el Senado le ofrece su autoridad y su soberanía; por no prolongar un instante más el combate de la vida, cuando la muerte le ofrece en el no ser un descanso eterno, y un sueño nunca por el afán interrumpido; rompe todos los lazos, reparte sus tesoros entre sus amigos, afila sus puñales, los oculta debajo de la almohada, duerme tranquilamente como si ningún pensamiento le atenaceara el corazón, despierta al despuntar la aurora, mira con tranquilidad su puñal, lo hunde en su garganta; y lanzando un débil suspiro, muere, no como



hombre afeminadísimo, blando en sus costumbres, ligero en sus acciones, perfumado, vestido siempre de femenil estola, muere la muerte serena y fría de los antiguos héroes.

En la conciencia de la sociedad estaba el epicureísmo, en su gobierno los pretorianos. El epicureísmo en que se sumía Roma, debía llegar a sus últimas consecuencias. En la historia los hechos llevan en sí mismos sus conclusiones como en la ciencia llevan en sí las ideas su ley lógica. A un epicureísmo refinado, artístico, debía seguir un epicureísmo brutal y feroz; al gobierno de los civilizados pretorianos de Roma, el gobierno de los bárbaros soldados de las provincias; a Othon Vitelio. Era este Vitelio hijo de un hombre apreciado en el palacio de los Césares por su liviandad y por su vileza; vencedor de Artabano no por valor, sino por insidias; cónsul dos veces, censor, encargado del gobierno del mundo en ausencia de Claudio; desinteresado, activo, pero prostituido a sus pasiones; siervo de una esclava, que le hacía hasta tragar su saliva; y tan dado al bajo vicio de la adulación y de la lisonja que fue el primero en levantar altares y sacrificios al Emperador Claudio, a cuyos pies se arrastraba con el rostro encubierto a usanza asiática; el cortesano más adulator de Mesalina, hasta el punto de llevar colgada siempre entre la toga y la túnica una sandalia suya, como si fuera algún amuleto o alguna reliquia; el más devoto a los libertos del Emperador, pues tenía los bustos de oro de Narciso y Palas entre sus dioses domésticos; el que en aquella general prostitución del mundo encontró una frase, para pintar en donde raya el límite de la lisonja, frase que ha conservado la historia, pues presidiendo Claudio los juegos seculares en el marmóreo atrio del templo de Apolo Capitolino, rodeado de aquellas estatuas, que eran la maravilla de Roma, sacrificando los blancos toros en el altar de bronce al compás de los cánticos, que acompañados por los acordes misteriosos de las liras entonaban las voces de los mancebos y de las vírgenes romanas, mientras el pueblo en larga procesión dejaba al pie del ara las ofrendas con religioso respeto; presidiendo Claudio, decía, estos juegos que se celebraban una vez cada siglo, y que por lo mismo ningún nacido había visto, y ninguno los volvería a ver, este adulator le saludó diciendo, «que lo celebréis muchas veces» frase que muestra hasta qué punto se embriaga y dementa el que se arrastra al pie de los tiranos.

Esta familia de Vitelio era pues, la personificación del desenfreno de la escuela epicúrea. El sensualismo llegó a su último extremo, rayó en lo imposible. La naturaleza humana es tan rica en el mal como en el bien; y así como llega por el amor y el martirio a transformarse en divina, llega por el odio y el crimen hasta confundirse con las fieras. Vitelio había sido criado en la isla Cáprea al lado de Tiberio, respirando los vapores de sangre y de vino allí mezclados en horribles orgías; y había



crecido en los juegos del circo de Calígula, en los palacios de Claudio, en las fiestas de Nerón, embebido en sus máximas, viciado por sus ejemplos, cómplice de sus crímenes. Desde niño se había mostrado ganoso de dinero, más no para guardarlo, sino para satisfacer su glotonería. Ejerciendo en Roma un alto destino, apoderóse de las alhajas de los templos, sustituyendo el oro por cobre, la plata por estaño. Su corazón no sentía ninguna pasión, ningún afecto humano; pues martirizó a su mujer, y mató a su hijo, y aun a su madre, a una madre que le amaba, que vendía las alhajas de la familia para pagar sus deudas y libertarle de la infamia. La disipación era su único deseo, la glotonería su único hábito. Recibió de Galba el gobierno de la baja Germania, y se alegró mucho, porque así tenía con las rentas de una provincia para comer bastante. Había llegado a tal punto en deudas que, a la hora de partirse a gobernar una gran nación, a regir ejércitos, a disciplinar heroicas razas, dejó a su familia en un zaquizamí desaseado y oscuro, por no poder pagar una casa. Ganábase el corazón de los soldados, abrazándolos, besándolos, comiendo con ellos en las cantinas, jurando, bebiendo, y hasta eructando fuertemente para provocar la risa. Esta franqueza bárbara le ganó los corazones de sus gentes, que pensaron en tener también un César como los ejércitos de España habían tenido su Galba y los de Roma su Othon. Al fin, el César de las legiones hispanas, si era un viejo, era un viejo severo, y el César de los pretorianos, si era un pródigo, era un pródigo inteligente; pero el César de los germanos era un bárbaro sin entrañas, sin ideas, sin ninguna cualidad que no fuese perversa y odiosa.

Una mañana sus bárbaros soldados, pagados de aquella su grandeza, fueron a su tienda, le sacaron del lecho, y tal como estaba, sin dejarle tiempo ni aun para vestirse, le proclamaron Emperador. El vicio romano, que hasta entonces se había mostrado entre púrpura y flores, y juegos, se muestra desde Vitelio en toda su deforme y asquerosa desnudez, llegando a sus últimas naturales consecuencias. Desde este punto creció la ambición de Vitelio, porque pensó que las rentas del Imperio podían ser parte a darle mejor y más abundante mesa. Dirigióse a Roma en larga procesión, en carro de triunfo, vestido lujosamente, atravesando las montañas en hombros de sus soldados, los ríos en barcas de flores ocupadas por altares, entre nubes de aromas. El instinto clásico, que era el amor del arte y la hermosura, no se desmentía, ni aun en este bárbaro. Así llegó al campo de Betriaco, donde había sido la rola de Othon. El campo estaba desolado, sus arroyos aun tintos en sangre, sus árboles quemados, su suelo lleno de cadáveres, su atmósfera cargada de miasmas, y Vitelio al verse allí, abrió su boca y sus narices para recoger el olor de la putrefacción y exclamaba: ¡qué bien huelen los cadáveres de los enemigos! Recogió el puñal con que Othon se había atravesado la garganta, y lo envió al templo de



Marte, y a media noche, a la luz de las antorchas, rodeado de bosques y selvas, entre los aullidos de las fieras y los gritos de las aves nocturnas, hizo un sacrificio a los dioses infernales, teniendo por templo la inmensidad de la naturaleza, y por altar las nieves eternas, que se levantan en la cima del Apenino. Entró en Roma, por fin, vestido lujosamente, montado en un caballo, seguido de sus cohortes, que formaban un numeroso ejército, y Roma se asustó al ver en su recinto tantas y tan extrañas gentes. Festejó su ascensión al Imperio con grandes comidas, y en una de ellas reunió diez mil pescados, diez y siete mil pájaros, y ofreció un plato llamado escudo de Minerva, compuesto de hígados de asedias, sesos de faisanes y pavos reales, lenguas de cisnes y otras aves acuáticas, lechada de lamprea. Una flota inmensa recorría el mar desde Andalucía hasta la región de los Phartos, para reunir manjares y llevarlos al Emperador. Y no se crea que era delicado su gusto, no, comía por comer; en el templo devoraba las viandas ofrecidas a los dioses, en las tabernas y en las cantinas la comida pasada, fría y podrida que no querían ni aun los perros, y en su impaciencia tomaba muchas veces los alimentos abrasando, hirviendo, cual si tuviera un paladar de hierro. Este hombre era fiel a la política tradicional del Imperio, iniciada con gloria por César, continuada con astucia por Augusto, agrandada con crueldad por Tiberio, exaltada por la demencia de Calígula y de Nerón, rota un instante por Galba y proseguida por el último César; la política de rebajar la nobleza, de perseguirla, de anonadarla y exaltar sobre sus escombros a la plebe. Los nobles sufrieron mucho bajo la pesada mano de Vitelio. No contento con mandarlos matar, los veía morir, y no contento con verlos morir, les daba muerte por su propia mano. Las propiedades, las riquezas del mundo, las rentas del Imperio, las disipaba como humo en su cocina.

Voy, señores, a permitirme una pequeña reflexión. En la sociedad, el bien debe buscarse por el camino del bien, la justicia por la justicia. Los que creen que la grandeza de una causa justifica los crímenes, que en pro de esa causa se cometen, ¡ay! se engañan. El nombre del justo queda siempre como en un santuario en la memoria humana, y el nombre del criminal pasa a los siglos rodeado de tinieblas y de maldiciones. La causa más santa y más grande se oscurece, cuando la auxilia el crimen. Es preferible el martirio a faltar a la justicia; es despreciable la victoria que se alcanza injustamente. Y si lo dudáis, ahí tenéis un ejemplo. La causa de los Emperadores, por más extraño que parezca, es la causa justa y santa del pueblo romano, es aún más, es la causa de la humanidad. Su idea, sí, la idea de los Césares, al través del tiempo, se identifica con la idea de los Gracos, de Saturnino, de Druso, de todos los grandes Tribunos. ¿Y por qué los nombres de estos tribunos han pasado a la posteridad



gloriosos, incólumes, inmaculados? Porque caminaron a su fin con los ojos puestos en la justicia, y si cayeron, sobre sus cabezas yertas se refleja la eterna luz de la vida. ¿Y los emperadores? Los emperadores quisieron alcanzar el mismo fin, pero por el despotismo, por el crimen, por la injusticia. ¿Y qué ha sucedido? Nadie se acuerda de que Tiberio estableció el crédito territorial sin interés para salvar al pobre, y todos se acuerdan de que se bañaba en sangre; nadie se acuerda de que Nerón dio la justicia gratuita y todos se acuerdan de que asesinó a su madre; nadie se acuerda de que Domiciano iguala a los caballeros con los plebeyos, y todos se acuerdan de sus crueldades; nadie se acuerda de que Claudio hizo inviolable la vida del esclavo y todos se acuerdan de que mató diez y siete mil hombres en un espectáculo; nadie se acuerda de que Cómodo salvó a la esclava antigua de la prostitución devolviéndole su dignidad de mujer, y todos se acuerdan de sus prostituciones; nadie se acuerda de que Caracalla abrió de par en par las puertas de Roma a todos los hombres, y todos se acuerdan de que cerró su corazón a la justicia; y esto prueba, señores, que al bien solo se va por el bien, que la justicia no se alcanza sino por la justicia misma, que la mancha del crimen oculta y ennegrece las más altas ideas, y que la verdad y la virtud no descienden a nuestra conciencia sino mezclados entre torrentes de la luz del cielo.

Volvamos de nuevo a nuestro tema, a Vitelio. Decía, señores, que el mundo no podía sufrir tanta servidumbre. Las legiones de Oriente, querían tener un Emperador como lo habían tenido las legiones de España y la guardia pretoriana de Roma. Este emperador se llamaba Vespasiano. Las legiones de Egipto, de la Mesia, de Pannonia, pusieron o los pies de Vespasiano sus espadas. Por todas partes se levantaba gente en armas, que iba a caer sobre el Emperador para aniquilarlo. Dentro de la misma Roma, Vespasiano tenía parciales dispuestos a dar la vida por su causa. En este trance, finge Vitelio renunciar al supremo dominio del mundo. Una mañana, vestido de luto, con los ojos llorosos, desarreglado el cabello, tomada de dolor la voz, sube a la tribuna a despedirse de sus fieles compañeros, del pueblo y del ejército. más la plebe y el ejército, que veían en Vitelio un continuador de su política, un tribuno, un enemigo del Senado y de la nobleza, le ofrecen sus auxilios, sus armas, sus votos, sus vidas. Entonces el Emperador les señala el Capitolio donde estaban los parciales y amigos de su competidor. Las huestes y las muchedumbres se dirigen confusa y atropelladamente al Capitolio. ¡Qué profanación! El Capitolio, fortaleza de la ciudad, depósito de todas sus glorias, testigo de todos sus combates, centro de la tierra, trono de toda autoridad, de todo poder, sombra augusta de la majestad del pueblo, nombre que invocaban las legiones en medio del combate y saludaban después



de la victoria, arca sagrada de todos los recuerdos de Roma, altar donde ardía el genio de la Ciudad Eterna; el Capitolio es asaltado por los vitelianos, es herido, es profanado; y el templo de Júpiter Capitolino; la estatua de la divinidad tutelar de Roma, con su corona de rayos, su cetro de oro, su manto de púrpura; y las cien estatuas de bronce dorado, y los chapiteles de acero, y las columnas marmóreas traídas por Sila, y los trofeos, los rostros de las naves de Cartago, la espada de Breno, los despojos de Pirro, los estandartes de los Ligures, las flechas de los Alpinos, los dones de Yugurta, Aristóbulo y Mitrídates, los jarros de oro, todos los tesoros del Capitolio son rotos o manchados de sangre, o consumidos por el fuego, como si Vitelio, no contento con profanar a Roma, quisiera profanar también toda la historia romana.

Al ver ardiendo el Capitolio, el pueblo se espanta, porque el Capitolio era el hogar sagrado de la ciudad; al ver rota la estatua de Júpiter Capitolino, la aristocracia se acongoja, porque Júpiter Capitolino había sido su numen, su amparo, y en la conjuración de Catilina, su refugio. Entonces Vitelio, dejándose llevar de la impresión de sus sensaciones, como buen epicúreo, se detuvo en la pendiente, anheló la paz, mandó las vestales al campo enemigo para pedir una reconciliación, y depuso su espada en el templo de la Concordia. Los enemigos de Vitelio se acercan a más andar a Roma y llegan a sus puertas. En este instante se traba dentro de la misma sagrada ciudad un combate sangriento y horrible. El pueblo asiste como al circo y al teatro, abulia para excitar a uno y otro bando a la matanza, se arroja sobre los cadáveres a recoger sus despojos, ve con indiferencia como los soldados forman la tortuga militar, y se esconden y reaparecen y se condensan en pelotones y se desbandan y abren fosos y arremeten a las murallas y rompen las puertas y violan y destrozan los altares, los dioses y arrojan mechas encendidas, y forman reductos; espectáculo horrible, pues mientras unos mueren ahogados en sangre, otros a la luz de los incendios, sobre las ruinas, al eco de los quejidos de los moribundos que pueblan los aires, se entregan a los placeres y a los festines, a las orgías en terrible contraste.

Vitelio en esta gran confusión se dirige al monte Aventino, a la casa de su mujer. Arrepiéntese pronto, según su natural veleidoso, y retrocede a su palacio. Entra, y lo halla en la soledad, en completo abandono. En vano recorre sus palios, sus pórticos, sus salones; en vano abre una tras otra sus puertas con miedo y con recelo; en vano interroga a los altares abandonados de sus dioses domésticos; aquella soledad le da frío como la soledad de un sepulcro. más súbitamente oye un ruido extraño como de gente en armas, y corre a esconderse en un lugar inmundo con sus compañeros



inseparables, con sus confidentes, con su carnicero y su cocinero. Los soldados de Vespasiano le encuentran, y le preguntan por Vitelio. Al pronto les miente, y les engaña; pero viendo que le conocen les revela su nombre. Como se apercibiesen furiosos a herirle y golpearle, cae de rodillas, pidiéndoles Ja vida cobardemente. Los soldados no le oyen, y le arrastran a la calle. Entonces comienza para Vitelio un verdadero tormento. Medio desnudo, herido, golpeado, lleno de polvo, de barro, con una soga al cuello, escupido, insultado, le arrastran por la vía sacra, le presentan a la vergüenza pública, le atormentan con toda clase de tormentos; y unos le escarnecen, otros le pasan por los labios el cieno de las calles; aquellos le tiran del pelo, estos le hacen levantar la barba a lanzazos; y la multitud a grandes gritos le llama glotón, borracho, infame, y se ríe de su cara colorada y granujienta, de su inmenso vientre, de su cojera, de su sangre; hasta que por fin, a golpes, a lanzazos, a insultos le acaban como los perros a la vencida fiera, le hacen pedazos, y arrastran con garfios los restos que se salvan de tanta crueldad a las inmundicias del Tíber. Un rasgo se cuenta de él, que pinta al pueblo rey, un rasgo sublime, de esos, que tan frecuentes son en los hombres de la antigüedad. Como entre un grupo se distinguiera un hombre que le llamaba ladrón, borracho, infame, dijo Vitelio dirigiéndose a todo el grupo con sardónica sonrisa. «Y sin embargo de todo eso, he sido vuestro amo.»

Después de la muerte de Vitelio parecía que el mundo iba a gozar algunos instantes de paz bajo el dominio de Vespasiano. Este príncipe, salido de las últimas esferas sociales, plebeyo por nacimiento, iba a cumplir una idea generosa y grande, iba a democratizar más y más a Roma. El Imperio tenía dos ideas, una negativa, otra afirmativa. La idea negativa del Imperio consistía en destrozarse a las clases superiores de la sociedad, en aniquilarlas, alejando cada vez más la esperanza de la reaparición de la República. Esta idea negativa la habían cumplido, la habían realizado aquellos emperadores, que como Tiberio, Calígula y Nerón habían pasado la vida, destruyendo, matando a la nobleza. Pero al mismo tiempo, el Imperio tenía una idea afirmativa, extender los privilegios de las clases aristócratas a todos los ciudadanos, abrir las puertas del Pœmerium a todos los hombres. Así Vespasiano destruía la separación entre el Imperio y el pueblo por medio de una familiaridad continua con las clases pobres; levantaba al Senado a los nacidos en baja cuna; llamaba a los privilegios de la ciudad a los hijos de las más apartadas regiones de Italia, llevando poco a poco el calor de la vida a todo el Imperio. Era Vespasiano el primor emperador plebeyo, que pisó el trono del mundo, y recordando siempre su origen, se ganaba el corazón del pueblo.



Había en Vespasiano un carácter especialísimo, que merece toda nuestra atención. Su vida se había empapado en el espíritu mágico del Oriente. El gnosticismo, que estaba en gran florecimiento, le había imbuido ideas religiosas, bien ajenas al espíritu positivo y práctico de los romanos. Por todo el Oriente estaba propagada la creencia de que el mundo había recibido un Salvador con fuerza bastante para domeñar la misma naturaleza en su combate con el hombre. Así que un genio superior se levantaba y se distinguía entre los hombres, creían ver en su frente la marca esplendorosa de la elección divina. Esta idea se respiraba en los aires, se exhalaba del cáliz de las flores de Oriente, se oía murmurar en las playas, en los bosques, flotaba sobre las ruinas de los templos; porque era como la nueva alma, que Dios condensaba para derramarla en la humanidad, preparándola a recibir la revelación de su eterna palabra, que había resonado ya en la sublime cima del Calvario. Así, muchas gentes sabían que un Salvador había venido; pero ignoraban quién era y dónde estaba el Salvador. Cuando vieron los de Alejandría, los más imbuidos en revelaciones místicas, entrar en sus muros el gran general, apercebido para ascender al Capitolio, creyeron que él había domeñado el destino y la naturaleza; y los ciegos le seguían pidiéndole luz, y los paralíticos, pidiéndole fuerza y movimientos, y los mismos ídolos de los templos se conmovían sobre sus altares, creyendo que había sonado su última hora, y que había venido el hombre destinado a descifrar el enigma de sus gastadas teogonías, y a matar la luz celeste en sus frentes. Observo esto con cuidado, señores, esto que nos cuentan Tácito, Suetonio, Plinio y Eutropio, porque prueba como la humanidad buscaba instintivamente el rayo de la luz celeste, la verdad cristiana, que bien pronto había de penetrar en su conciencia. Vespasiano llevaba en su mente también algo de esa exaltación mística, y de la idea oriental. Por eso, con más virtudes y más genio que Galba, no pensó en restaurar la aristocracia, y como hijo de su tiempo, fiel a su siglo fortificó el Imperio.

Este amor de Vespasiano al Imperio debía ser contrastado por una secta poderosa y grande, por el estoicismo, que aspiraba a dominar el mundo. Cuando una idea amanece en la conciencia humana, por la ley de serie que le es propia, toca hasta los últimos límites de la sociedad y de la vida. La filosofía griega y especialmente el movimiento socrático habían tomado una tendencia social en la escuela estoica. La metafísica de esta escuela era esencialmente moral, sus conclusiones esencialmente prácticas. De aquí, por una fuerza dialéctica, esa idea se había convertido de puramente filosófica, en positiva y social. Era pues el estoicismo no solo una escuela filosófica, era un gran partido político; y no era un partido político doctrinal y especulativo, era un partido político militante



y guerrero. Como poseía la idea del alma universal, de la justicia, del derecho humano, comprendía que esta idea encerrada en la ciencia estaba como dormida, y era necesario encerrarla en el mundo. Pero los estoicos creían que sus ideas de justicia universal, de derecho no podían encerrarse en un Imperio librado a la absoluta voluntad del hombre, y clamaban por una República libre y fuerte. Vespasiano perseguía a estos hombres, que así turbaban la paz de las conciencias, y muchos de ellos murieron en el destierro; pero no lo olvidemos, señores, para postrarnos de nuevo en este largo camino de la historia ante la Providencia; aquella idea estoica perseguida y proscripta debía subir pronto al dominio del mundo personificada en grandes emperadores.

Y en verdad que si los estoicos pensaban en resucitar la antigua aristocrática república pensaban una idea pobre y mezquina. La cabeza de esa república era el Senado, y el Senado padecía de una enfermedad incurable; deseaba la libertad, pero no tenía fuerzas para sacudir la servidumbre. En los tiempos de interregno, que hablan mediado desde la caída de Vitelio hasta la entrada de Vespasiano en Roma, el Senado había dirigido al mundo. ¿Y qué había hecho? Dividirse en parcialidades confusas, aniquilar su propia dignidad, mostrar pequeñas ambiciones, apresurarse a enviar embajadores al príncipe, consentir perjurios horribles, levantar monumentos a la memoria de Galba, sin atreverse a levantar el monumento de la República, mostrarse indeciso, escéptico, aparejado para su eterna esclavitud, digno de su postración y de su decadencia. En medio de esto, el Senado creía que bastaba para sostener la esperanza de restaurar la antigua Roma, el levantar los signos, que recordaban la muerta aristocracia y trata de alzar el Capitolio destrozado por los Vitelianos. Los arúspices mandaban sacar las ruinas del antiguo Capitolio y arrojarlas a las lagunas del Tíber; el espacio del antiguo templo fue cubierto de hermosas cintas y de coronas de flores, los soldados victoriosos, y que más pruebas habían recibido del cariño de los dioses, las vestales, los niños cuyos padres aún vivían, rociaban el suelo con agua pura cogida en los arroyos y en las fuentes; los senadores arrojaban un gran peñasco en un foso para que fuera el asiento inmortal del nuevo templo, y en lo alto de la colina, bajo el cielo riente, alegre, a la luz de un sol hermosísimo, el Pretor sacrificaba sobre el césped un toro y una oveja, y el himno del holocausto se perdía y se disipaba en los aires como el eco de los cantares y las oraciones de los romanos, que se congregaban de nuevo a reedificar aquella fortaleza, a cuyos pies aún había de estar por muchos siglos rendida y humillada la tierra.

El reinado de Vespasiano, que continuaba la obra del Imperio, fue breve, fugaz, y bien pronto le sucedió su hijo Tito. El Imperio de Tito no es más que la continuación de las ideas y de las tradiciones



de Vespasiano, su padre. La familia de los Flavios, cuya cabeza era Vespasiano, ofrecía en dos príncipes una antítesis digna de estudio. Tito era afable y virtuoso, y su hermano Domiciano era duro y cruel. Hablemos de Tito, cuyo gobierno fue un sueño, y como sueño breve, y por breve feliz. había sido en sus mocedades compañero de aquel Germánico, hijo de Claudio, sobre cuyo cadáver pasó Nerón para llegar al supremo dominio; y conservaba tal afición a su memoria que le tuvo en efigie entre los dioses lares, y lo paseaba en estatua en las festividades públicas y en los juegos del Circo. Tito era hábil en manejar el arco, gran caballero, impaciente en la guerra, arrojado hasta la temeridad en las peleas, amigo de cultivar la poesía y las ciencias, un tanto gnóstico, pues había respirado el aire de Jerusalén y de Alejandría, dado a visitar los templos, a controvertir las religiones, a interrogar los moribundos oráculos, a libar la esencia de todos los dogmas, fastuoso, orientalista; y así gustaba de sacrificar en aras de todos los dioses, vestido de lino como los sacerdotes, coronado con diademas de oro; se inclinaba a las ciencias mágicas, a las que leían lo porvenir en las estrellas, a las que renovaban el espíritu con alguna esperanza infinita, y llevado de esta inclinación consultaba a Apolonio de Tyada, aquel hermoso joven que soñaba salvar el mundo con una idea ya extinguida en la conciencia humana; fastuoso, y liberal, y amante del pueblo, y celoso del bien del Imperio y asaltado por continuos febriles delirios de amor a lo desconocido, Tito, infundía en las venas de Roma algo de aquel espíritu misterioso que él había aspirado en las regiones de Oriente. En sus tiempos y bajo su dirección fue tomada y destruida Jerusalén; más este suceso extraordinario será tratado, cuando saliendo de Roma, derramemos una mirada sobre el mundo a su poder sujeto, y veamos pasar todas las razas. Su reinado fue breve. Conociendo que Roma estaba soliviantada por continuas delaciones, que muchas veces caían sobre inocentes, mató a los delatores. Viendo que el conspirar era ya natural en Roma, vence en generosidad a los conspiradores, los convida al circo, les ofrece asiento a su lado, les da las espadas para que las prueben, y casi les enseña el pecho como para probar su atrevimiento, que no llegó a consumir su designio. Si hubiera sido posible un alma mística en aquella Roma tan positiva, tan práctica, tan humana, Tito hubiera sido presa del misticismo; pero no pudiendo por el carácter de aquella civilización tan apegada a la vida real explayarse en lo infinito, con que alguna vez soñaba, se espaciaba en grandes festejos, en festines públicos, donde corría el vino como las aguas del Tíber, en grandes simulacros militares de que gustaban los romanos como recuerdos de su gloria, en batallas navales, que ensangrentaban las lagunas, en juegos de gladiadores, en luchas de fieras,



pero luchas tales, que en una ocasión cinco mil alimañas feroces enrojecieron con su sangre las arenas del Circo.

Y este hombre como su padre Vespasiano, a pesar de tener un carácter filosófico, era odiado por los filósofos cínicos y estoicos, los grandes individualistas de aquella sociedad, Nunca el estoicismo había hecho una tan cruda guerra a ningún emperador. En tiempo de Claudio, de Nerón, las protestas se reducían o escribir un ideal de virtud, para que flotara como una esperanza sobre aquella sociedad encenagada en los vicios. Pero en tiempo de los Flavios su oposición llegó a más, fue más poderosa, más fuerte; el estoico Helvidio Priscio predicó contra Vespasiano en las plazas, Diógenes y Heras contra Tito en el teatro. Estos dos emperadores que perdonaban a los patricios, no perdonaban a los filósofos. Esta lucha singular, que no he visto caracterizada y descrita, prueba en mi sentir que la filosofía práctica positiva de Grecia y Roma temía que el transcendentalismo religioso y místico del Oriente personificado en los Flavios pudiera impedir la obra de la libertad de los hombres, y la dilatación del derecho. En efecto, Tito no puede ser bien juzgado, porque su obra acabó antes de tiempo. Su hermano menor, ambicioso, malvado, cruel, cortó el hilo de aquellos días, que habían sido las delicias del género humano. Cuéntase que advertía Tito en sus entrañas el presentimiento de su muerte, que en un espectáculo público lloró amargamente en presencia del pueblo, que se entristeció por haber visto huir la víctima destinada o un sacrificio, que se partió al país de los Sabinos, y en el viaje le sorprendió la calentura, que descorrió la cortina de su litera y clavó los ojos arrasados de lágrimas en el cielo doliéndose de morir tan joven y de llevarse consigo grandes pensamientos a la madre tierra, que llegó a la quinta donde había muerto su padre y allí expiró, sin duda antes de tiempo cual si la providencia hubiera gozado en su muerte como aquel escultor que con su propio martillo quebró su estatua para gozar solo de tanta hermosura.

El último de los hijos de Vespasiano llamado Domiciano subió al trono del mundo. El común sentir de los historiadores le atribuye la muerte de Tito; crueldad horrible, que acusa en Domiciano la naturaleza y los instintos de un tigre. Educado en el odio a la aristocracia; comprendiendo el destino y la idea del Imperio; orgulloso hasta el extremo de creerse un dios y levantarse a sí mismo altares y estatuas; menospreciado de las letras, que cultivan el alma y pulen el corazón; recelando siempre del pueblo y queriendo que el pueblo recelara de él como dos gladiadores que se miran frente a frente; amante de la adulación y al mismo tiempo enemigo de los aduladores; uniendo a la cobardía la crueldad, y al odio el ensañamiento y la venganza; gozándose en la memoria de los más aborrecidos



emperadores, y tomándolos por un ideal digno de su imitación; Domiciano era sombrío y vengativo como Tiberio, viciosísimo y fastuoso como Nerón. Sin embargo, justo es recordar que esta naturaleza tan viciada llegaba a sentir el principio de igualdad, y a realizar una faz del derecho. Como hubiese costumbre en Roma de mutilar horriblemente los esclavos para convertirles en eunucos, prohibió esta violación de la naturaleza humana. Como, a pesar de la revolución social que trasformaba desde tan luengos tiempos a Roma, se establecieran aun diferencias entre los hijos de los caballeros y los hijos de los libertos, para optar a ciertas cargas públicas, borró esta diferencia; idea digna de un heredero del pensamiento y del destino de los Gracos. Y he aquí señores, por qué razón el emperador dominaba al Senado, porque tenía una idea de derecho más alta, un principio más divino de justicia. En el mundo puede haber grandes eclipses de la verdad, y gravísimos desfallecimientos del bien; pero en último término, el triunfo es del derecho; creencia consoladora que enjuga nuestras lágrimas y nos alienta en esta eterna cruzada en favor de la libertad y la justicia. Pero al mismo tiempo que Domiciano realizaba así lo que hemos llamado la idea afirmativa del Imperio, realizaba la idea negativa, destruía con bárbara crueldad el Senado y la aristocracia, para quienes el Imperio había sido un eterno suplicio. Rodeábase de infames delatores de cuya boca pendía la vida de todos los ciudadanos. Se encerraba frecuentemente en lo más hondo de su casa y se entretenía en matar moscas. Gustaba de bajar a las cárceles a insultar a sus víctimas, y a pesar con sus propias manos sus cadenas. Enviaba a los baños, o las bibliotecas, al Foro, a parciales suyos, o sus amigos a provocar a las gentes, o que hablaran mal de su gobierno y de su persona, para tener ocasión de cohonestar nuevos asesinatos, nuevas crueldades. Tenía por un crimen el que no amaran a sus gladiadores, el que no saludaran severamente a sus libertos, llamaba a los más poderosos de Roma, los recibía con amor, les sonreía, les acariciaba y los mandaba matar, o los mataba muchas veces con sus propias manos. Complacíase en ver como la sangre salía de la entreabierta herida, como la respiración se perdía en el pecho, como la luz de los ojos se extinguía, como se apartaba el alma del cuerpo, como caían o sus plantas sus víctimas exánimes. Se tenía por muy compasivo y muy humano, cuando dejaba elegir a sus víctimas el género de muerte. Las razones que daba para consumir tantos asesinatos, eran falsísimas. Mató a un discípulo del farsante París porque se parecía a su maestro, que había sido amante de la emperatriz Domizia; a Elio Lama por ser demasiado gracioso; a Coceyano por haber celebrado el día del nacimiento de Othon, su tío; a Junio Rústico por haber llamado a los estoicos los hombres más virtuosos de la tierra; a Pompesiano por haber nacido bajo una constelación que le prometía el Imperio; a Helhidio porque



había hecho una composición llamada Paris y Enona, en que creía ver una censura de su divorcio; a Flavio Sabino, cónsul y primo suyo, porque en el día de la elección el heraldo se equivocó, y por llamarle cónsul, le llamó emperador; a casi toda la aristocracia romana por ese odio instintivo, irreconciliable que los emperadores, los perpetuos tribunos de la plebe, tenían a los antiguos depositarios de la República.

La decadencia del Senado llegó en esta época a su último extremo. Tácito pinta con negros colores en su vida de Agrícola esta angustia de la institución predilecta de la República. Los senadores, perseguidos, acosados, viendo que todos los días faltaban algunos de sus colegas a su lado; sin ninguna facultad, sin ningún poder, cómplices y víctimas de los crímenes del Emperador, abandonados a una continua soledad, forzados a bajar por miedo la frente, veían caer en pedazos toda su antigua autoridad, y se resignaban en su desolación a perderlo todo, menos la vida, que a duras penas podían arrancar a las garras de su eterno enemigo, el cual los perdonaba muchas veces por no creerlos dignos ni aun de su odio y sus venganzas. Así cuando veían entrar en el Senado un emisario del Emperador se arremolinaban, se unían, temblaban, y aguardaban con ansiedad a quién tocaría la señal de muerte, y cuando veían elegido para el suplicio a uno de sus compañeros, el egoísmo, el amor de su propia conservación les hacía mirar con indiferencia aquella gran desgracia como el rebaño no se cura de la pobre oveja destinada al sacrificio. Así tan miserablemente perecen, señores, las instituciones más altas, cuando han cumplido su destino.

A pesar de todas estas desgracias, la vida de Roma era bajo Domiciano vida placentera y alegre. Para los aristócratas Domiciano era un Tiberio; para el ejército y el pueblo era un Nerón. Daba espectáculos navales, caza de fieras, combates, juegos de gladiadores en que peleaban hasta las mujeres desnudas, y para aumentar la voluptuosidad de estos juegos, los celebraban de noche, a la pálida luz de las antorchas. Aumentaba las facciones del circo, y a los rojos, verdes, azules, y blancos, unía los violeta y amarillos. Repartía grandes dones al pueblo, delicados manjares en hermosas cestas de mimbre. Cubría el Capitolio de ganados, que destinaba a sus propios altares, porque se creía un Dios; flaqueza propia del gnosticismo de la familia Flavia. Así el pueblo pasaba su vida yendo del templo al campo de Marte, del campo de Marte a las Naumaquias, de las Naumaquias al Circo a ver morir los gladiadores. Las fiestas del Circo han sido descritas con tal puntualidad por los escritores romanos que aun parece que las estamos viendo. El circo se puebla, las damas se sientan en lo más alto resguardadas del sol por los velos de púrpura que hermocean sus rostros de alabastro; los



caballeros, los senadores, las vestales y el pueblo ocupan sus respectivos asientos de antiguo designados; los gladiadores entran en carros pintados de varios colores y se lanzan a la arena; unos ejercitan su fuerza, otros ensayan posturas académicas, actitudes clásicas semejantes a las actitudes de las más renombradas estatuas, y todos juegan con las varillas, con las espadas, con los escudos lanzándolos al aire y hablando entre sí como hermanos, como amigos, cuando bien pronto van a darse mutuamente la muerte; el Emperador aparece en el centro y comienzan a desfilarse en su presencia los jugadores, luciendo unos su tridente de hierro, su casco adornado con plumas de pavo real, sus borceguíes celestes; otros su casco de cuero rematado en un pez, sus espadas anchas, sus crines rojas; algunos su clámide corta, su casco refulgente de acero; y a una señal convenida, se lanzan a la arena, se miran frente a frente, se buscan, se huyen, se arremeten, se hieren, ensangrientan el circo, y caen exánimes unos sobre otros, muriendo académicamente, saludando al César, sonriendo por la gloria que han adquirido, mientras el pueblo se levanta, palmorea, ruge, y se embriaga de sangre, y llena los aires con sus aullidos, que son la música del combate. Estos juegos tienen un sentido político, porque mientras así Domiciano festeja al pueblo, convida a los senadores a festividades fúnebres, que concluyen después de una larga y profusa cena con la muerte de los más elevados aristócratas.

La crueldad de Domiciano debía atraerle una muerte violenta. La conciencia, que nunca en la vida calla, le asaltaba con remordimientos continuos y crueles. A cada paso creía encontrar un asesino. Sin duda la sangre que había vertido le nublaba los ojos con negra nube, y le hacía ver en todas partes la sombra de su conciencia y de su alma. Y razón tenía, en verdad, para temer, porque bajo sus pies hervía una continua conjuración, que debía estallar a toda costa, con grande y tremendo estallido como la erupción de un volcán. Hallándose en su habitación, embebido en leer un libro, la espada de un conjurado le hirió el vientre. Domiciano dio un grito espantoso, llamó a sus esclavos, quiso defenderse; pero en aquel punto varios conjurados, domésticos de su palacio, se arrojaron sobre él, y lo remataron con ensañamiento. Así murió aquel hombre, que había pasado su vida entre muertes, ahogado en sangre como sucede siempre a los que vierten sangre. Su muerte fue indiferente al pueblo, dolorosa al ejército, placentera al Senado, que sin valor para contrastar la tiranía, y para oponerse a los tiranos vivos, los perseguía y los insultaba después de muertos, señal de su vileza.

Señores: Hemos llegado al término de nuestro trabajo, que comprende medio siglo. Hemos visto en cada uno de los emperadores que suben al trono, un aspecto, una fase de las ideas que dominaban a Roma. Hemos encontrado en Galba el patriciado, la restauración de la República; en Othon el



epicureísmo, la exaltación de la plebe; en Vitelio el predominio de los pretorianos; en Vespasiano y en Tito la continuación de la idea trascendental del Imperio, del derecho y la justicia; en Domiciano el engrandecimiento del ejército y del pueblo, y la condenación y la muerte del patriciado. Mas en el seno de aquella sociedad existía una secta filosófica, el estoicismo, que necesitaba o una república, o una dinastía fiel o sus ideas. Nunca el estoicismo tomó un aspecto de polémica tan amenazador como en tiempo de la familia Flavia. Sin duda el estoicismo, al sentirse crecido y robusto, presentaba con fuerza una protesta contra el Imperio, y así contribuía a la civilización universal y a la libertad de los hombres. La familia Flavia había perseguido a los estoicos, les había arrojado de Roma como perturbadores de la tranquilidad pública con sus continuas predicaciones. Tres edictos se dieron contra los estoicos por Vespasiano, por Tito, por Domiciano. En tiempo de este fueron arrojados de Roma Senecion, Epitecto, Arlemidoro, Dion Crisóstomo que se consoló en su destierro con un fragmento de Demóstenes y un diálogo de Platón. Y sin embargo, la persecución demostraba como siempre demuestran las persecuciones injustas que aquella secta tenía gran fuerza y estaba cercana a su victoria. En efecto, el estoicismo iba a subir al trono con Nerva, y con Trajano. Su ascensión al trono era un triunfo del derecho racional sobre el derecho escrito, de la humanidad sobre el privilegio de Roma, era la revolución del Imperio consumada por la conciencia y en amor al bien. En otra lección estudiaremos el estoicismo romano.

Esta ascensión de la escuela estoica al trono del mundo con Nerón, ascensión que examinaremos más adelante, prueba la fuerza real, que tienen las ideas, fuerza incontrastable, que supera y vence a la materia bruta. Nada hay más vulgar y extendido que considerar las ideas como seres imaginarios, fuera del mundo, sin fuerza para detener la corriente de los hechos, sin calor para dar vida a ninguna institución, sin realidad en la vida; pero, señores, cuando abrimos las páginas de la historia, cuando vemos la idea que nace muda y solitaria en la mente de un pensador, herir la conciencia, encender los corazones, formar escuelas y partidos, subir a la legislación, al gobierno, transformar la sociedad, convertirse en el lábaro de ejércitos poderosos, centellear en la frente de los magistrados, iluminar las sentencias de los tribunales, venir a ser el alma de infinitas generaciones, cuando vemos este maravilloso espectáculo, nuestra razón se abisma, y herida por tanta luz confiesa que el hecho en la historia pasa como un relámpago, como un soplo de aire, como el instante fugaz, en que sucede, y la idea invisible, la idea impalpable, la idea espiritual es la única realidad que existe, así en la conciencia como en el espacio, así en el alma como en el mundo, la idea que todo lo avasalla con su fuerza divina



e incontrastable. Así la idea estoica, nacida en un rincón de Grecia, en la mente solitaria de un pensador aislado y silencioso, por esa fuerza real, que tienen las ideas, por ese desarrollo, que toman por su misma virtud, levanta el vuelo, se posa en la cima del Capitolio, infunde su espíritu a las escuelas, centellea en la frente de los emperadores, transforma la legislación, vivifica el derecho, y desde el fondo de las clases inferiores sube armada por sublimes resplandores a la cima del Capitolio. El estoicismo llega a la raíz de la vida, el estoicismo entra en la esfera política, con su idea de libertad y de justicia, transforma precisa y necesariamente al Imperio, para el cual ha concluido en Domiciano la hora de la venganza y empieza con Nerva la hora de la organización y del derecho.

La fuerza que las ideas estoicas habían adquirido en Roma se conoce por el súbito cambio, que el Imperio sufre bajo Nerva. Hora era ya de que concluyese aquella continua desolación de la Ciudad Eterna. La aristocracia había cometido muchos crímenes; pero los había purgado en un siglo de delaciones, de persecución, de muerte, de aniquilamiento de sus poderosas huestes. La plebe había sido insultada y herida por la aristocracia; pero en verdad la dictadura salida de su seno, si no le había dado remedio, le había dado venganza. El mundo alzaba sus brazos a Roma pidiendo con desfallecimiento la comunicación de su derecho. El estoicismo, aunque odiaba al Imperio, había comprendido el destino providencial del Imperio; y con sus ideas y con su espíritu contribuía a la realización del derecho humano, del derecho universal. Nerva es el primer emperador que no es romano, ni descendiente de Italia; y en verdad un estoico para ser fiel a su idea, para destruir el privilegio de la ciudad, debía tener por patria el mundo, por hermanos todos los hombres. En su carácter se nota cierta timidez, que cuadra muy bien a los primeros vacilantes pasos de una idea destinada a romper una tradición y a plantear un nuevo problema social. Galba, Othon, Vitelio, Vespasiano, con esta o la otra idea, tienen su origen en los pretorianos y en las legiones; Nerva es el Emperador del Senado. En los primeros días de su reinado corrió entre los soldados el rumor de que Domiciano había resucitado; tanta era su popularidad en el ejército, y este rumor fue como un anuncio de graves desórdenes para Nerva, porque no era posible mataren un día la poderosa influencia del ejército. Nerva no pudo conjurar aquel gran peligro, sino imitando la conducta de los pasados emperadores, y transigiendo con los pretorianos. Pero contaba con otra fuerza. Inmediatamente que los estoicos tuvieron el anuncio de que Nerva subía al Capitolio, abandonaron sus destierros y se dirigen a Roma a llevar al Emperador la luz de sus inteligencias, la fuerza de sus ideas. El pretoriano, que conoció que un triunfo de la razón era una derrota de la fuerza, se revolvía contra los filósofos, y



amenazaba destruir aquella revolución que no por pacífica dejaba de ser profunda y radical. Así algunos de aquellos filósofos contrastaron con la elocuencia de su palabra la fuerza de las armas, y Dion Crisóstomo desarmó un ejército pronto a sublevarse contra Nerva. La idea estoica, como un aura suave, se suspendía sobre aquel mar alborotado y apaciguaba sus soberbias ondas. Así Nerva para reformar el Imperio, no reformaba ni las leyes, ni las instituciones, ni el gobierno; reformaba con mejor consejo el hombre interior, el alma y las costumbres. ¿Qué institución no estaba corrompida y gastada en aquella universal decadencia? El estoicismo, solo el estoicismo podía renovar la idea política de Roma. Mas el estudio del estoicismo no puede, no debe comprenderse, sino delante de sus más grandes personificaciones, de los Trajanos, de los Antoninos, de los Aurelios. Y así veremos como el espíritu humano se va acercando a los altares del Cristianismo a recibir la luz venida del Cielo.

Postrémonos, señores, ante la Providencia. Entre estas guerras tan continuas y tan atroces, en esta serie de crímenes, de matanzas; cuando parecía que el mundo iba a concluir, bajo el peso de la tiranía y del crimen, Dios, cuya justicia centellea en toda la historia extendía su mano omnipotente y hería la tierra para que la idea estoica se levantara a realizar el derecho, y hería el cielo para que la idea cristiana que había brotado en el Calvario extendiera su luz y su calor en la conciencia humana. — He dicho¹.

¹ Debo dar algunas explicaciones cortas al público del Ateneo y a los lectores de esta obra. Empecé este año mis lecciones: pero las interrumpió la muerte de mi madre, la muerte que me ha herido en lo que más amaba en el mundo. Aunque hubiera querido continuarlas ante el público del Ateneo, no me hubiese sido posible. No es dado en estos amargos dolores, ver con ojos enjutos los lugares donde hemos sido felices. No he querido, sin embargo, perder un año de vida, porque amo demasiado para desperdiciarlo el soplo del tiempo, de que vivo. He decidido escribir mis lecciones, y cumplo mi promesa. Las escribo en estilo oratorio, para que no desdigan del primer tomo. Les faltarán a las lecciones escritas, el entusiasmo del momento, que infunde en las venas del orador las simpatías del público, pero ganarán en sistema y en rigor científico. El público me dispensará estas cortas palabras para explicar la continuación de la obra.



EL MUNDO ROMANO. LECCIÓN TERCERA.

SEÑORES:

Hemos examinado el Imperio en Roma; pero no hemos examinado el Imperio en el mundo, no hemos visto el estado de todas las razas y de todas las gentes en este maravilloso periodo de la historia. Antes de convertir los ojos a la idea cristiana, es necesario ver pasar las razas, o enemigas de Roma, o sometidas a Roma. En esta larga procesión de pueblos y de gentes poco podremos detenernos; porque si bien hay entre ellas naciones mártires que se sacrifican por conservar la independencia, naciones elegidas de Dios, que llevan en su frente el sello de su soberanía sobre lo porvenir, y en sus labios la interpretación sublime del destino; naciones artistas, que aun pueblan en su postración y en su muerte de cánticos los aires; naciones esclavas, que arrastran pesadas cadenas, y merecen el tributo de una lágrima; naciones guerreras, que cubren con el polvo levantado por sus huestes los límites de los horizontes romanos; naciones inocentes, primitivas, que exhalan el aroma de una nueva civilización de su alma no tocada por la gangrena del vicio; naciones religiosísimas, que a manera de solitarios cenobitas, se consagran a Dios en el templo, y al pie del altar pasan su vida que se pierde como el leve humo de los holocaustos; a pesar de esta variedad de índole en las razas, y de destino en los pueblos, como todos se convocan al pie del Capitolio para unir e identificar sus almas, estudiando y comprendiendo a Roma, hemos estudiado y comprendido todo el mundo. Sin embargo, será bien ver las naciones y estudiarlas en el momento en que la antigua República se transforma en Imperio.

Dos grandes razas se dividen el mundo, y realizan dos distintas ideas en la sociedad antigua, la raza indoeuropea y la raza semítica. La raza indo-europea venida de las orillas del Indo había sido una raza guerrera y artista. La espada era el símbolo del poder, y la lira el símbolo de su inteligencia. Esta raza ha peleado y ha cantado en toda su larga peregrinación por la tierra. En verdad que toma diferentes caracteres, según las regiones, por donde pasa; pero siempre lleva impreso en la frente el sello de su origen. Cuando llega a Grecia, su privilegiada imaginación se baña con el rocío de la mañana, en los resplandores del sol, en las ondas de aquellos celestes mares; y recogiendo toda la hermosura de la naturaleza, se transforma en artista, y el mármol y las tablas no bastan a encerrar todo el fuego y todos los varios colores de su ardiente fantasía. Cuando llega a Roma, el ardor guerrero la posee, y su espada remueve toda la tierra. La imagen más perfecta y acabada de esta



privilegiadísima raza es Alejandro, poeta, artista, cantor como un griego, que descuelga de los árboles del Pindo la lira de Homero, llevado en alas de la victoria, y seguido de su pueblo y de sus huestes llama a las razas con el regalado acento de su voz; al mismo tiempo que va con su espada hiriendo los viejos templos, los altares, los ídolos, y recorriendo la tierra para abrir surcos, donde sembrar una idea poderosa y grande, a cuya sombra puedan respirar todos los pueblos, porque su gran alma, llena de sublimes presentimientos, estalla, por parecería estrecho el seno de una raza, y quiere dilatarse y crecer y tomar más fuego, y más vivos colores en el eterno seno de la humanidad. A esta raza pertenecían los persas, los medos, los griegos, los latinos, los germanos, los celtas.

La raza indo-europea se veía contrastada en la historia antigua por la raza semítica. Nacida a orillas del Tigris, la mente de esta raza no se había perdido en el seno de la naturaleza como la mente de la raza, su antagonista. Su idea madre, la idea de toda su civilización, era la idea divina. Así como a la raza indo-europea pertenecen los artistas, a la raza semítica pertenecen los reveladores, los theurgos. Así como el símbolo de la raza indo-europea es la espada y la lira; el símbolo de la raza semítica es la espada y el altar. Raza encerrada en sus desiertos, de imaginación ardiente y poderosa, de pensamientos profundos, dada a la meditación, dispuesta siempre al sacrificio, la raza semítica debía derramar la idea religiosa en el mundo. Alejandro, poeta y guerrero es el símbolo de la raza indo-europea, y Moisés, guerrero, pastor y sacerdote es el símbolo de la raza semítica. La raza indo-europea debía crear la idea de la humanidad; la raza semítica debía ser la escogida del cielo para revelar la idea de Dios. Por eso, su filosofía era teológica, su gobierno la teocracia, su guerra una eterna guerra de religión. Los pueblos, que pertenecían a esta raza eran los hebreos, los árabes, los fenicios y los cartagineses.

Notadlo, señores, todo en la época que vamos historiando tendía a la unidad. El pensamiento semítico y el pensamiento griego se unían en Alejandría. Atenas y Jerusalén caían bajo el yugo de Roma, y enviaban sus dioses al Panteón. Y la humanidad y la divinidad, se unían, se reconciliaban en el seno del Verbo, en Jesucristo. El mundo antiguo resolvía todas sus antítesis; todas sus contradicciones en ciencia, en política, y en religión para plantear la tesis de una nueva civilización, la primer palabra de una nueva ciencia, el espíritu de una nueva humanidad. Mas, señores, no es nuestro objeto este, nosotros vamos a ver el estado de los diferentes pueblos sometidos al Imperio romano, Veamos el estado de los diferentes pueblos. Además de las dos razas principales de que hemos hablado, en Europa se encontraban pueblos indígenas, cuyo origen era difícil comprender, ni



aun adivinar. En estos pueblos se encontraban al Sur los iberos, que habían mezclado su sangre con los celtas, y al Norte los finlandeses que habían mezclado su sangre con las tribus germánicas. Los iberos, eternos soldados, velaban sus armas en las cumbres del Pirineo, y corrían a todos los combates, doquier fuese necesario dar su sangre por algún pueblo; hombres, cuya cuna había sido mecida por los huracanes. Los celtas, pueblos guerreros y más sacerdotales, pasaban su vida, sacrificando a los dioses en el seno de sus oscuros bosques, y poblaban las Galias, la Britania y los desfiladeros de los Alpes. Los germanos se extendían desde las nebulosas orillas del mar del Norte hasta el Caspio; y desde el Rin y el Danubio, encerrados en sus pajizas chozas, miraban con envidiosos ojos la tierra del sol, del vino y del amor, que sus padres les señalaban como la herencia de su valor y de su fuerza. La raza Helena, asentada a la puerta del Asia con religioso respeto, como un neófito a la puerta de un templo, agotada ya su propia vida y su propio pensamiento, veía los pueblos que se elevaban en el mundo o los golpes de las espadas romanas, e interpretaba su pensamiento, y recogía sus almas; eterna testamentaria de la ciencia de todos los pueblos. En el trono del mundo, en la península italiana, el pueblo romano se levantaba con el eje de la tierra en sus manos, la idea del derecho en su frente, el sentimiento humanitario en su corazón, recibiendo propicio las ideas de todos los pueblos, y transformándolas y convirtiéndolas en leyes generales, que encerraban el primer boceto de la idea de la personalidad humana, de esa idea borrada por la historia y esclarecida por la conciencia inmortal de nuestro siglo.

Las orillas del Mediterráneo estaban pobladas de numerosas razas semíticas, fieles a su origen y a su destino. Sin embargo, estas razas solitarias, cenobíticas, se habían unido con otras razas distintas en Egipto, en la Armenia, en Palestina, en la Siria. A pesar de su tendencia a la soledad y al aislamiento, en esta hora suprema de la fusión de las razas, de la unidad de los pueblos, la raza semítica abandonaba sus templos, e iba al pie de las Pirámides, a las escuelas de Grecia y Alejandría a respirar gozosa las grandes ideas universales y humanitarias. A todos estos pueblos se mezclaban pueblos guerreros. Al mismo tiempo que los germanos se balen avanzando, los pueblos persas, los guerreros del Asia, se batían en retirada. Los primeros son los soldados de una nueva idea, de una civilización joven; y los segundos son los soldados de una idea que desaparece, de una idea que se extingue, Y lejos de los límites del Imperio, apartadas del mundo romano, se encontraban las razas puramente índicas, que alguna vez, desde lejos, veían las espadas de los romanos, y las velas de sus naves, sin poder imaginar nunca que aquellos guerreros, aquellos audaces navegantes, aquellos



domeñadores del orbe eran sus hijos y les debían vida y alma. El orbe romano, con su alta inteligencia, con su cortante y victoriosa espada, disciplinaba, unía estas diversas razas; los Parthos feroces; los germanos que abultaban en sus carros; los ágiles iberos, rayos de la guerra; los cabelludos galos; los sacerdotales celtas, arrancándoles de sus aras, que destilaban sangre humana; los cimbrios, los teutones, que alfombraron con sus cuerpos, en los campos pútridos el camino del Capitolio; los semitas, que habían recibido en sus venas la sangre de los griegos y de los etíopes; las razas célticas, que sentían helarse en su frente la idea de la inspiración divina y apagarse en sus labios las palabras de las antiguas teogonías; y Parthos y germanos, y galos, y celtas, y todos los pueblos, ora por la guerra, ora por el comercio, ora por la servidumbre, unidos, mezclados, confundidos, formaban con la sangre de sus venas, con las ideas de su inteligencia, con la identificación de su recuerdo y de su origen el cuerpo de la nueva humanidad, que el Cristianismo necesitaba para producir la maravillosa transformación del mundo, que venía a cumplir con sus sacratísimos dogmas»

Vamos a ver cada uno de estos pueblos en el instante de la transformación del mundo. Al Occidente, en las tierras donde se ponía el sol, se levantaba la hermosa estrella de la tarde, España. El mundo antiguo la adoraba, porque en su seno el sol había forjado sus rayos de oro; porque en sus deleitosos campos habían los dioses puesto sus Elíseos. Todas las razas, al ver esta privilegiada tierra, alzándose entre dos mares, querida del cielo, besada por el sol, ceñida de todas las flores, llena de amor, de esperanza, de vida, habían creído encontrar en su seno aquella primitiva inocencia, aquel edén, cuna de la humanidad, que lloraban perdido. Y esta tierra hermosa, de vida inagotable, esta tierra saludada por los navegantes antiguos, como la diosa en cuyo seno iba a dormir el sol; querida de los campesinos como el extremo de la fecundidad de la naturaleza; codiciada por el comercio, como el tesoro de la humanidad; bendecida por los poetas; saludada por las antiguas teogonías, como reflejo de otro mundo mejor, es nuestra patria, sí, esta patria querida, que por sus sacrificios, por sus largas guerras, por la sangre que ha dado en aras de la humanidad, por los beneficios que ha hecho al mundo, por su eterno numen; guerrera de la historia moderna, que ha salvado a la civilización de mil catástrofes, arrojando a sus enemigos con sin igual heroísmo sus propios hijos; merece nuestro amor, sí, merece que le consagremos todas las ideas de nuestras inteligencias, todos los sentimientos de nuestro corazón, si hemos de ser dignos de continuar su historia, y de llamarnos con gloria y con orgullo sus hijos. Y el pueblo, español había resistido con sin igual esfuerzo a la dominación romana, levantándole en su camino guerreros como Yndíbil y Mandonio; héroes como Viriato, que en el caos



de la historia antigua, adivinaba la idea de la nacionalidad; ciudades como Numancia, que prefería ahogarse en sangre, y desaparecer entre el humo y las llamas a ser sierva; razas como los lusitanos y los astures, que hacían de sus montañas fortalezas, y de sus bosques lanzas y chuzos para detener a la reina de las naciones; mártires, como los formidables vascos, que peleaban tres siglos, sin perder fuerza, que morían cantando en la cruz, que se ahogaban en el seno de los mares, antes que entrar en Roma atados al carro de sus vencedores; ejemplos sublimes, que enseñan que la libertad, alma del siglo XIX, ha sido una idea natural siempre en nuestra patria, el instinto de nuestra infancia, el amor de nuestra juventud, el alma de nuestro carácter, el eterno ideal de nuestra desconocida historia.

Desde los Pirineos a los Alpes se extendían aquellos antiguos pueblos, que abrazaron el Capitolio, que pusieron espanto y terror en el pecho de Roma; dados e descender al seno de la tierra a buscar el oro, y a levantarse a la cima de los muros a buscar la victoria; ligerísimos como el águila en los combates; impetuosos en sus ataques y en sus fugas; amigos de librar su fortuna militar en el primer empuje, aficionados al peligro, dispuestos a desafiar sin armas a sus enemigos, hábiles cazadores, consumados arqueros, ganosos siempre de conservar su inocente primitiva vida; frugales en sus convites, que consistían en asar en una hoguera la carne de los bueyes; habitantes de pajizas cabañas, sin más lecho que una piel de oso; hospitalarios, entregados a sus sacerdotes hasta el punto de ofrecerse por víctimas expiatorias en el ara del sacrificio; envueltos en su larga y rubia cabellera como en un manto, hábiles en manejar los caballos, en cuyas crines colgaban las cabezas de sus enemigos; y a pesar de esta índole guerrera, vencidos en ocho combates, a diferencia de los españoles, que resistieron tres siglos, y entregados al poder incontrastable de Roma. Todos comprenden que hablo de los Galos. Julio César es su conquistador; Augusto funda su administración; Tiberio y Claudio quieren borrar su idea religiosa. En efecto, sus templos son bosques inmensos y espesos criados con toda la espontaneidad de la naturaleza; piedras célticas, que indican el curso de los astros son sus dioses; poetas privilegiados, que encierran en sagrados versos los dogmas de la trasmigración de las almas, son sus sacerdotes; adivinaciones mágicas de lo porvenir, hechizos, conjuros, fórmulas pavorosas, su teología; aras manchadas de sangre, cubiertas de restos palpitantes, aras que han absorbido por sus poros la vida de infinitas generaciones, son sus altares; y el holocausto más propicio o sus dioses bárbaros y antropófagos la vida de un joven, que se disipa en los aires al par que el humo de sus hogueras. Esta religión bárbara debía ser arrasada por Roma, destinada a preparar la conciencia para una religión más sublime.



Los Galos se daban la mano con los pueblos y tribus de los Alpes. Esta inmensa cordillera separaba la Italia de las Galias trasalpinas, de los pueblos germanos y de la Tracia; y desde sus nevados picos se descubría a lo lejos las ondas del Mediterráneo, y los bosques umbrosos del Norte, poblados de tribus feroces. Estos pueblos de los Alpes eran un peligro inminente siempre para la Ciudad Eterna; porque desde sus guaridas descendían a talar los felices campos de Italia, y llegando a las riberas, se extendían por el mar, o infestaban de piraterías las costas. Cuando el pueblo rey enviaba contra ellos sus huestes, los riscos les servían de guarida, de fortaleza, como al águila; y cuando no temían a sus enemigos, bajaban, cortaban los troncos de los árboles, los unían gruesa y pobremente, y entregábanse a toda la furia de los elementos, siempre dispuestos a la guerra, a vivir y respirar entre las tempestades. Los restos de los naufragios, las tablas de las naves, que el mar arrojaba a la orilla, servíanles para construir sus viviendas. Los Alpes Julianos, los Alpes Armoricos, los Alpes de Pannonia, los Alpes Tracios, estaban poblados de estas tribus, que eran como la vanguardia de los bárbaros. Entre estos, los Ilirios eran los enemigos más irreconciliables y más audaces de Roma. El Senado, en tiempo de la República, no pudo llevar sus armas contra estos pueblos, porque la conquista de Italia y de España y del Oriente no le consentían punto de reposo para tomar fuerza y escalar aquellos inmensos desfiladeros. Mas, al expirar la República y comenzar el Imperio, Roma necesitó tener a raya aquellos pueblos feroces, y obligarles a que pronunciaran su nombre con temor, y vieran su imagen siempre delante de sus ojos con asombro. Así Roma, iba por medio de la guerra llevando a todo el mundo la paz, y la unidad a todas las razas.

Extendida en el Pindo, verdadero Apenino de Grecia, se levantaba Macedonia como una fortaleza contra la irrupción de los pueblos bárbaros, como centinela, que tenía Roma para velar el sueño voluptuoso de Grecia. Macedonia se entregó a los enemigos del César, y divinizó el puñal de Bruto. Pero convirtamos nuestros ojos a un país más hermoso, a la cuna de la civilización. Grecia, fiel a su idea, doquier veía una pavesa de libertad, se inclinaba a reanimarla, porque la libertad era el resplandor de su alma. Y sin embargo, Grecia estaba herida y despoblada. El Epiro, aquel pueblo tan libre, solo daba esclavos al mundo; el monte Eta, cuya cima habían hollado los dioses en sus alegres fiestas, yacía despoblado y solitario como el ara de un altar destruido; la Etolia no oía resonar en sus espacios los cánticos de los poetas, y los vientos al pasar por sus desiertos, por sus ruinas, lanzaban un plañidero gemido, que era como el dolor de la naturaleza por la muerte de sus pueblos más amados; la Arcadia, la feliz Arcadia no tenía una flor en sus rientes campos, convertidos en salvajes bosques,



por donde corrían las fieras que ahuyentaran los antiguos pastores de aquel país sereno como una égloga; Thesalia, esa tierra querida de Apolo, centelleante de alegría, que guardaba en cada una de sus flores una idea poética, se había consumido y era un montón de cenizas; Atenas, la diosa de la humanidad, la eterna artista de la historia yacía en el lodazal de lágrimas y sangre, que habían amasado e sus pies las crueldades de Sila, y solo se curaba de interpretar y leer el pensamiento del Oriente, abandonada de su numen y de su genio; la Mesia, cuyas armas habían sido tan poderosas, yacía sin fuerza y sin valor muerta sobre su escudo como sus hijos cuando caían en los combates; la antigua Cytheres era un peñasco solitario; las Cycladas, las hermosas islas, que habían dado inspiración a tantos poetas, pensamiento a tantos filósofos, aquellas islas, que en medio de los mares levantaban templos, que eran la esperanza de los navegantes, se habían convertido en nidos de piratas; la encina sagrada de Dodona ya no veía aparecer bajo sus ramas a la inspirada sacerdotisa a buscar con ávidos ojos la media luna perdida como una nubecilla en el celeste éter; el consejo de los Anficiones no se reunía a confundir las ideas y los corazones de todos los pueblos griegos; el Júpiter Olímpico de Fidias, el Júpiter de marfil y oro, con su hermosura celeste, con su frente inspirada que se perdía en las nubes, solitario y abandonado yacía en la Elida, como decrepito anciano, viviendo con las limosnas de un descendiente del Dios de los judíos, su eterno enemigo; la poesía de la naturaleza espiraba; y Grecia entera arrancaba a sus aras el fuego de la inspiración, de la vida,

é inundaba con sus reflejos la frente de otros pueblos, quedándose abandonada, moribunda, lanzando aun al morir un gemido que era como el último eco de sus divinos cánticos.

A pesar de esta gran decadencia de Grecia, todas las almas, que en el mundo amaban la hermosura, convenían que Grecia era la eterna patria del genio, la eterna musa del arte. Reclinada sobre sus ruinas, aún conservaba con amor los últimos destellos del paganismo. Esclava, aún sentía errar por sus olvidados valles, y sus ruinosas ciudades el grito santo de libertad tan propio de Grecia como los símbolos de sus dioses homéricos. Unida a Roma, amarrada a su carro de triunfo, su pensamiento era aún el pensamiento de los filósofos romanos, su habla las delicias de los señores del mundo; su Parnaso, la inspiración de los poetas; sus artes el eterno ideal del genio, el modelo, donde se miraban todas las inteligencias. Las almas religiosas, que aún quedaban en el seno del paganismo, iban a visitar los templos de Delfos como la cuna de su religión, como el altar más grato a sus dioses. Y sobre todo, los artistas sentían que en Grecia estaba la miel de la inspiración guardada en aquella flor que no habían completamente deshojado los huracanes de la guerra. Cicerón ensayaba al compás de las ondas



del Pireo sus rotundos y armoniosos períodos, porque aquellas ondas habían sido la eterna música de los oradores; Virgilio se asentaba en los profundos valles de Colonna o en las altas cimas del Himeto, porque allí estaba escondida su musa, la musa de la naturaleza; Horacio en el polvo de las escuelas buscaba vida para su genio, porque allí se escondían aun las centellas perdidas del pensamiento humano. Así en las bibliotecas de Roma, en sus calles, en sus paseos, en la puerta Capenna, en la vía Apia, se oía en tiempos del Imperio hablar el griego como si Roma estuviese habitada de atenienses. El delirio por Grecia destruida, por Grecia agotada, había llegado a su colmo. Sentíase hacia la Pitonisa de la historia antigua esa mezcla de amor y pena que sentimos delante de un bajo relieve roto, de una estatua bárbaramente mutilada. La pena de la destrucción de Grecia aumentaba el amor a Grecia. Mecenas parecía un griego; Augusto se había educado en sus escuelas; Tiberio amaba a Grecia y se gozaba en contemplar sus ruinas; Claudio llamaba al griego y al latín nuestras dos lenguas, y no había en Roma, entre la aristocracia del genio y de la cuna, quien no fuese más de una vez en su vida como peregrinando a la hermosa Atenas. Pero sobre todos, el que amó a Grecia fue Nerón. El amor de Nerón a Grecia era como el amor de Nerón al arte, desenfrenado, infinito. Vestido con la túnica griega, envuelto en el palio de púrpura, calzado el coturno de los héroes y los dioses, ceñido el cabello como las antiguas estatuas de Praxíteles y de Fidias, luciendo su rostro hermoso como el rostro de Apolo embellecido por la inspiración y por la corona de laurel, de pie sobre su carro airado por blancos y briosos caballos de Thesalia, con las riendas de cintas arrojadas al viento; seguido de un ejército, que en vez de armas llevaba cítaras, flautas y liras; saludado por las coros de las vírgenes, que repetían los antiguos versos heroicos de Sófocles y Esquilo; pisando flores del Pindo, coronas de laurel y oro; hablando el antiguo lenguaje de los poetas y de los dioses, Nerón revivía en Grecia; y en los templos era un sacerdote; y en la plaza pública un tribuno, que arrancaba a la tiranía de Roma las ciudades aqueas y les daba independencia y libertad; y en el teatro un farsante, un cantor; y en los juegos olímpicos y phithios el más hábil en manejar el carro; y en los campos un antiguo poeta de la Arcadia; y en las orillas del mar un navegante griego; y delante de toda la Península Griega un Alejandro; pues hasta hirió con azadón de oro el istmo de Corinto para romperlo y mezclar las aguas del mar Egeo con el mar de la Jonia: que en su amor al arte creía que abrazándose a Grecia, suspendiéndose con un beso de amor infinito a sus labios, perdiéndose en su seno, Grecia le había de infundir su genio, le había de regalar la inspiración de sus antiguos poetas.



¡Qué fantasía la de Nerón tan exaltada! ¡Él! tirano del mundo, dio libertad a las ciudades aqueas. En su imaginación se creía un tribuno de la antigua Grecia, un habitante de sus ciudades. Para que el pueblo romano jamás pudiera dolerse de esta emancipación de uno de sus esclavos le dio en cambio otras regiones. Durante los tiempos de Galba, de Othon, de Vitelio, Grecia gozó de libertad, que duró hasta los tiempos de Vespasiano. Sin embargo, Grecia no pudo reponerse de su abatimiento y de su triste decadencia. Solo Corinto, destruida por los romanos, reedificada por el pensamiento humanitario de César, alzada entre el mar Jónico y el mar Egeo que la arrullaban con sus ondas, rival de Alejandría, lazo de unión también fortísimo entre Europa y Asia; por su comercio, por los navegantes que llegaban a sus puertos, por su magnífica situación en el Mediterráneo, desafiaba el destino de Grecia, y guardaba un reflejo de aquella vida gloriosa, que huía de su patria, perdiéndose, como la estela que se desvanece sobre las ondas, en el seno de los antiguos tiempos.

Y la decadencia de Grecia alcanzaba en esta época a sus antiguas colonias, a la hermosa Sicilia llamada la Gran Grecia. Cicerón nos la pinta en su tiempo rica, floreciente y hermosísima. Teócrito en su paleta inspirada, llena de colores y de matices, nos describía esta isla con sus volcanes, con sus campos dorados por el sol, con los verdes reflejos de sus oscuras ondas, con sus pastores y sus navegantes. Esta región preciosísima había sido el refugio de los expatriados de Grecia, el asilo de poetas y artistas, que desde sus riberas creían ver a lo lejos entre los matices del horizonte la imagen querida de su patria. Y sin embargo, esta isla tan hermosa, faro del Mediterráneo, numen de Virgilio y de Teócrito, templo de divinidades campestres, en este primer siglo, que hemos examinado se encontraba arruinada y desierta. Las guerras cartaginesas habían talado las riberas que miraban al África; las guerras romanas habían talado las riberas que miraban a Italia; las guerras serviles habían talado el centro de la hermosa Sicilia. Solo quedaban en pie Agrigento, aquella colonia fatal a los cartagineses; Siracusa, que había quedado reducida a triste abandono; Mesina, arruinada por las legiones de Sexto Pompeyo, y algunas otras ciudades, todas abatidas y destrozadas. Los romanos esterilizaban este país, le pedían más de lo que podía dar, y habían agotado completamente su vida. Pero esta isla tan hermosa, aun en su tristísimo abatimiento y postración, hablaba a la imaginación con muda elocuencia, porque sus campos y sus ciudades habían sido el templo de grandes ideas; la inspiración de inmortales poetas; la trípede, desde donde el genio de Grecia enviaba sus dulces rayos a Roma. Entre las islas griegas, más al Oriente, se alzaba la preciosísima isla de Creta. En la historia del pensamiento humano, Creta cumplía un destino maravilloso, ejercía un ministerio sublime. Allí,



en aquella tierra de bendición, las ideas orientales se templaban para pasar a Grecia, y continuar así la historia de la vida de la humanidad. La isla de Creta es en la historia universal como el anillo nupcial de Grecia y el Oriente, como el eslabón de estas dos regiones, como el instante misterioso que unía unos tiempos con otros tiempos, unas civilizaciones con otras civilizaciones. Allí los dogmas mitológicos venidos del Asia, perdieron su larva, y se levantaron en alas de la inspiración a una nueva vida. Sin Creta, las ideas venidas del Oriente, como esas semillas llevadas por las alas del aire, hubieran ahogado a Grecia, o tal vez Grecia hubiera devorado esas ideas. Creta templaba un poco la antítesis radical del Oriente y la Grecia. Así, transformando las ideas orientales las daba a Grecia. Los dioses del Asia, piedras informes, troncos de árboles, cabezas de carnero, columnas destrozadas, allí en Creta perdían su dura corteza, y se levantaban a tomar la forma humana, para que después Grecia les ciñera la coronado su inspiración, y los inundara con los resplandores de su misteriosa hermosura. Mas en la época que nosotros describimos, Creta había acabado su destino. Ya no tenía ninguna idea que comunicar a Grecia, ya nada podía enseñar al mundo. Y como los pueblos, que cumplen su destino, desaparecen, Creta desaparecía entre las ondas de los mares, como la poetisa Safo. Aquella isla tan rica en naves, al comenzar el Imperio, no tenía una nave. La guerra de los Piratas la había destrozado, como la guerra de Sila destrozó la Ática, y la guerra de César la Thesalia, y la guerra servil la Sicilia. Su espacio, que Aristóteles señalaba como el más hermoso para fundar un gran imperio, era como un solitario peñasco, donde anidaban las aves marinas. El pueblo más marítimo de la antigua Grecia no tenía un navío y este mismo destino cabía a casi todas las islas y colonias griegas, excepto a Byzancio que presentía ya que en la Edad Media había de cumplir para el mundo moderno el mismo maravilloso ministerio que Creta había cumplido para el mundo antiguo; porque siempre que la humanidad siente el anhelo de una nueva idea necesaria para su progreso, Dios entrega a un pueblo la copa de la vida y la llave misteriosa del destino.

Entre el Ponto Euxino y el mar de Chipre, como rechazando las olas del Egeo se extendía el Asia Menor, que merece también toda nuestra atención y estudio. El Haliso, que era el río principal de esta región, separaba dos grandes razas; al Occidente los pueblos de raza indo-europea; al Oriente pueblos de raza siro-arábica, de raza semítica. Entre estas dos razas extremas había una raza intermediaria, los Frigios, en cuya lengua se ven caracteres semíticos, o indo-europeos. El pueblo frigio había sido como un profeta de la civilización griega. Sus artes fueron el presentimiento de las artes griegas. La flauta, instrumento tan general en las fiestas clásicas, había sido invención de este pueblo. En sus



campiñas encontró Apolo un rival más músico aun, según los frigios, que el que ordenaba los conciertos de las esferas y las armonías de los mundos. Allí nació el culto de Cibeles, la madre-tierra, que después había de espiritualizar la Grecia. Sus sacerdotes tenían algo del carácter cenobítico del Oriente, y se consagraban a la castidad y al culto, dándose a fiestas, en que el misticismo antiguo vagaba en incesante delirio. Y sin embargo, este pueblo, como los Licios sus compañeros y hermanos, había caído en tal abyección y abatimiento que solo servía para dar esclavos a la tierra, mostrando así cuán infelices son los pueblos que agotan su libertad, verdadera fuente de su vida. Estos pueblos sintieron profundísimo y amargo dolor, cuando los romanos en su carrera triunfal llegaron a sus puertas, y les arrancaron la piedra sagrada de Pesinunto, ennegrecida por las sombras de los pasados tiempos, eterna compañera de sus alegrías y de sus dolores. Pero lo más hermoso del Asia Menor eran las colonias griegas, donde el espíritu helénico había derramado su purísima incorruptible savia. Allí estaban las ruinas de la antigua Ilion, cuna de los romanos; allí el primer altar donde ardía libre el fuego del pensamiento humano; allí Lesbos, que oyó cantar a la más apasionada poetisa del mundo; allí Rodas, que era como una gran escuela; allí Pérgamo, tan rica en artes que tomaba las armas por defender sus museos, cuando no las había tomado por defender sus leyes; allí, Homero había sentido el calor de la inspiración divina, había derramado sus primeros cánticos, había pulsado aquella lira, que han querido pulsar todas las naciones y han escuchado todos los siglos; allí, en fin, había nacido aquella raza jónica, madre de Atenas, depositaría de la libertad antigua, cuya alma creadora, compartida entre el arte y la ciencia había sido como un reflejo del cielo. ¡Qué tierra aquella tan hermosa! Sus montañas se pierden orgullosas en el cielo, tomando todos sus matices; bosques poblados de los más hermosos árboles del Asia, de cedros olorosos, de palmeras cubren sus campos; ríos caudalosos y claros despenándose por sus riscos reflejan el claro horizonte centelleante de alegría; sus valles abiertos en los desfiladeros están poblados de mariposas, de abejas, de ruiseñores, y toda aquella hermosa tierra, en una palabra, es como el cuadro de la primera emancipación del hombre, es como el lecho donde el espíritu celebra sus nupcias con la naturaleza. Y esta raza jónica, tan alegre, tan ligera, tan inspirada, tan artista, a pesar de las grandes catástrofes del mundo, si no conserva al principiar la era cristiana su antiguo pensamiento, conserva su vida, su riqueza, su comercio, hasta su libertad, pues bajo la tutela romana, bajo el dominio de la señora de las gentes, guarda sus antiguas leyes, el sentimiento de igualdad tan arraigado en su corazón, su organización democrática, sus grandes ligas, sus asambleas, sus fiestas en los templos, que eran su vida, porque en ellas se dilataba



su alma. El pueblo romano conquistó fácilmente estas regiones. Un paseo militar bastó para someterlas; un cónsul y unos lictores bastaba para conservarlas. Roma, sin embargo, imponía contribuciones tan crecidas, que aquellos países tan ricos, casi se vieron exhaustos. Roma dividió en tres provincias aquella región; el Asia propiamente dicha, la Cilicia y Bithinia. El mundo romano llevó allí su gobierno, sus armas, sus ejércitos; pero no pudo grabar en este pueblo tan original su grande y poderosa idea, que era el alma de la humanidad, el destino del mundo.

Entre el mar de Chipre y el Éufrates, en las grandes ramificaciones del Tauro y del Líbano, en valles dichosos, se extendía el antiguo imperio sirio, cuna de infinitos pueblos, espacio de antiquísimos imperios, templó donde guardó por mucho tiempo la humanidad sus destinos, puerta filigranada de ese primitivo Edén, en que corrió pura nuestra inocencia, del misterioso Oriente; semillero de razas, que dirigiéndose ya al Asia, ya a Europa, influyeron maravillosamente, en la historia de la humanidad, que ve aparecer y desaparecer los pueblos como las alteradas olas en la superficie de los mares. En aquel riquísimo país se contaban ciudades como Antioquía, Seléucis, Heliópolis, que el mundo recordará siempre como depositarías un día de su conciencia religiosa, y de sus más caros dogmas. ¡Cuántas veces, los profetas bíblicos, al pulsar su arpa cortada de los cedros del Líbano, recuerdan que su imaginación como una mariposa se ha bañado en los dulces aromas de la Siria! Los últimos días de este imperio, fueron días de luto, que lo prepararon para la servidumbre romana. Rota en mil pedazos su corona, repartido su manto de púrpura entre infinitas familias de reyes, arrojadas al viento las cenizas de sus más populosas ciudades, bañadas en sangre sus campiñas, habitando la guerra hasta el secreto santuario del hogar doméstico, destrozadas las aras de sus antiguos dioses, apagado el fuego de sus sacrificios, cortado en mil pedazos su imperio, pedazos que se movían como los anillos esparcidos de una inmensa serpiente; martirizada en su agonía por las irrupciones continuas de los árabes y de los parthos, que talaban sus campos, destruían sus ciudades, y violaban sus mujeres; el imperio Sirio se hallaba en uno de esos momentos, en que la esclavitudes hasta un refugio. En efecto, Roma recogió en su carro triunfal aquella esclava, herida y moribunda, abandonada en un lodazal, manchada de sangre. Los primeros días de la dominación romana fueron días de luto y desorden. Los pretores, por su propio lucro atizaban el fuego devorador de la discordia; los Parthos, y los árabes descendían a arrancar sus últimas perlas y sus jirones de púrpura a la hermosa Siria. Era en vano querer atajar el paso a estos pueblos feroces. Viviendo en la cima de las cordilleras, saltando de roca en roca como tigres, ocultos en los peñascos y en las cuevas, alimentados con la leche de las camellas



salvajes o con las frutas que pródicamente ofrecía naturaleza, hijos de aquel sol ardiente y fecundo, descendían de sus montañas, se lanzaban sobre los pueblos, los devoraban y volvían a perderse en sus bosques inexplorados, en sus nieves eternas, en los cráteres de sus volcanes, en sus cavernas; como el águila que después de haber agarrado su presa, se pierde lanzando agudos gritos, en la inmensidad de la atmósfera. Pero después que César y Augusto domeñaron aquellas razas y les pusieron una valla, Siria creció como esos árboles, que crecen con el limo, que las tempestades y las inundaciones depositan en su tronco y en sus raíces.

No eran solamente países sujetos a Roma, los que Roma dominaba con absoluto dominio, tenía también pueblos regidos por reyes independientes, aunque celados por su soberana autoridad. Entre estos se cuenta el antiguo país de los Tracios. Este pueblo era bárbaro. Sus habitantes se pintaban el cuerpo a usanza salvaje, vendían en mercado público sus hijos, compraban sus mujeres, vivían del robo o de la guerra, se aposentaban en chozas, tenían divinidades bárbaras que se abrevaban en sangre, ofrecían víctimas humanas en el ara de los sacrificios y levantaban sus templos en las grutas de las montañas, en la espesura de los bosques. Roma miró un día con menosprecio estas tribus salvajes, y les dejó sus leyes y sus jefes, contentándose con ejercer una prudente tutela. Pero Tiberio, queriendo hacer de la Tracia una provincia puramente romana, lleva la división a su seno, levanta al hermano contra el hermano, y logra debilitar y enflaquecer este país. San Gerónimo, por último, nos dice, que en su tiempo fue incorporada la Tracia al Universo romano. En la misma situación dejó Roma a Capadocia. Sus reyes estuvieron sometidos al pueblo romano, pero dominaron al pueblo. Estos reyes eran tiránicos. Cuando les faltaba oro, vendían para allegarlo infamemente los hijos de su pueblo. En una ocasión el Senado romano prometió libertad a este pueblo, y el pueblo la rehusó, con escándalo del mundo. Pero ¿qué podía esperarse de un pueblo débil de cuerpo por su miseria, más débil aún de alma por su antigua servidumbre? Habitando un terreno helado en invierno, calurosísimo y vulcanizado en verano, terreno salino difícil para la vegetación, aquel pueblo se había hecho incapaz del trabajo, que es el gran cincel de la libertad. Así el pueblo rey, que gustaba de la dignidad hasta en sus esclavos, le abandonó su triste suerte y le miró siempre con menosprecio. Los habitantes de Capadocia pues, arrastraban una vida triste y dificultosa al pie de sus altares. En este o parecido estado se encontraban todas las regiones vecinas, divididas en tribus, mandadas por diversos reyes, ora de origen jafético, ora de origen semítico, pueblos, que son en la historia como los inmensos desiertos arenales en la naturaleza.



En el interior del Asia había un pueblo, que guardaba en tablas de bronce la idea de la humanidad que estaba porvenir. Este pueblo maravilloso había resistido constantemente toda extraña influencia, todo ajeno poder. Ni el látigo de los Babilonios pudo hacerle renegar de su idea, ni el beso amoroso de Grecia turbó su pensamiento. De rodillas, al pie del santuario, alimentando el fuego que ardía sobre el altar, eterno solitario en la historia antigua, en el arca sagrada de su alianza guardaba la idea sublime de la unidad de Dios. Ningún pueblo de la tierra podía apagar la sed de lo infinito que aquejaba a la humanidad como este pueblo hebreo, cuya idea debía extenderse por las conciencias como la idea romana se había extendido por el espacio. Su Dios guardado en el santuario era el Dios de lo porvenir, el: Dios de la historia moderna. ¿Qué podía ofrecer más grande y más hermoso al mundo moderno el sagrado Oriente? El panteísmo índico aniquilaba la humanidad; el dualismo persa llevaba una eterna guerra al espíritu. Solo este Dios personal, este Dios absoluto, este Dios único, este Dios-espíritu, este Dios-verdad, podía dominar el mundo que estaba en los limbos de lo porvenir. más en el instante en que el pueblo hebreo necesitaba abrir su santuario a las gentes, en este mismo instante su antigua constancia le impedía realizar su idea. El verdadero Dios estaba en la sinagoga; pero su sacerdote no podía ser ya el pueblo hebreo. Dios, compadecido del largo martirio de la humanidad, se revelaba con toda su plenitud, con toda su verdad a las naciones, y el pueblo hebreo, con su egoísmo, ahogaba esta revelación porque anhelaba sostener su privilegio privativo del sacerdocio. Y el Dios de la verdad había venido para romper la frente del privilegio. Así veréis, señores, que cuando un pueblo se opone al progreso, ese pueblo muere y desaparece de la faz de la tierra. El pueblo hebreo se interponía entre el santuario del verdadero Dios y el corazón de la humanidad; y por eso la humanidad personificada en Roma debía arrancarle al pie del santuario. El templo antiguo donde se encerraba este Dios de una raza, que pasaba a ser el Dios de la humanidad, fue destruido, para que la luz que guardada en sus espesos seculares muros alumbrase toda la tierra. Roma hizo su tributario al pueblo judío. Pero un día, este pueblo se levantó contra la señora de las gentes, Entonces había cumplido ya su destino. Dios se había hecho hombre, y había depositado su revelación eterna en la mente de otras razas, en el corazón de otros pueblos. El culto antiguo, los antiguos símbolos habían caído en el polvo, dejando paso a la realidad de la idea y de la vida. Entonces la mano de Tito aplicó a Jerusalén fuego y ardió la ciudad, y se desvaneció el templo como una nube de humo. Diez y ocho siglos han pasado después de esta gran catástrofe de ese pueblo, y todavía cuando leemos a Josefo lloramos tantos horrores; Jerusalén desgarrada por sus propias manos; las perlas de su corona quebradas por las lanzas de sus



propios hijos; la pesio pesando como la atmósfera de un sepulcro sobre su recinto; las calles cubiertas de cadáveres; el hambre reinando fría como la muerte; sus vírgenes violadas; sus hijuelos comidos por los soldados; su templo, el templo que era su eterno refugio, demolido, quemado, y las piedras del santuario arrojadas en el todo y la inmundicia. Apartemos nuestros ojos de este pueblo, recordando siempre que su idea ha sido como la raíz de nuestra religión, como el principio de nuestra vida.

Entre los pueblos antiguos, ocupa un lugar importantísimo el Egipto. Por mucho tiempo la humanidad creyó que Egipto guardaba el depósito de la ciencia, creyó que su misteriosa Isis llevaba envuelta entre los pliegues de su blanco velo el alma de la naturaleza. Allí, a su templo, al pie de sus altares, iba la ciencia libre y espontánea de Grecia a recibir el sello de un origen divino, por ese anhelo que tiene el alma de ligar con lo infinito sus ideas. Sus sacerdotes guardaban una ciencia, que en el desarrollo dialéctico de la idea humana, era como un término medio entre Grecia y el Oriente. ¡Cuántas veces el sacerdote griego se llevaba la mirra egipcia a su templo para quemarla como una ofrenda gratísima a sus dioses, porque les recordaba el aroma misterioso de su patria! Así Egipto fue mirado por mucho tiempo con respeto en Roma, con ese respeto, con que Roma trataba todos los oráculos y todos los dioses. Primero las armas romanas se declararon tutoras de Egipto. Pero un día, en ese gran poema de la historia, el genio de Oriente dejó caer toda su vigorosa vida como un filtro en el pecho de una mujer extraordinaria. Esta mujer, era como una Sibila del desierto. Sus ojos centelleaban el fuego del sol africano, sus ideas eran como serpientes ocultas entre flores, su alma tenía toda la vida de aquella colosal naturaleza. Conociendo que no podía vencer a Roma por la fuerza, trató de vencerla por halagos. Fijó sus ojos en los capitanes de los ejércitos romanos, los atrajo a sus brazos, derramó con sus labios ardorosos el fuego de Oriente en sus mismos señores, los embriagó, y viéndolos vencidos por sus encantos, creyó que en un inmenso festín podría también fascinar y vencer a Roma. Esta mujer extraordinaria era el último destello del alma de Egipto. Pudo seducir el entusiasmo de un soldado, pero no pudo seducir la fría astucia de un emperador. Roma comprendió que aquella mujer al ofrecerle en la copa de sus festines el hirviente vino, le ofrecía mezclado en el vino un veneno. La Señora de las gentes temía a sus esclavos, y a pesar de su confianza ciega en la eternidad, se libertaba de sus asechanzas. El pensamiento de la reina egipcia fue conocido; se vio el puñal agudísimo, que guardaba entre llores. Entonces, descubierto su secreto, esta mujer se fue al sepulcro de sus padres, se vistió con todas sus galas y joyas como para celebrar sus nupcias con la naturaleza, bebió el cáliz de la muerte, y enterró consigo en su hondo sarcófago el pensamiento del



Egipto. Era, pues, en vano, pensar en resucitar ya aquel pueblo. Había cumplido su destino, había educado a los hebreos y a los griegos; había hecho de tribus nómadas grandes pueblos; había descifrado los símbolos y jeroglíficos orientales; había sostenido en sus manos la cadena de los hechos, que liga unos pueblos con otros pueblos; había levantado del fondo de las piedras dormidas del Asia la esfinge y la columna como una idealización de la materia; había hecho el primer esfuerzo para unir el Oriente con el Occidente; había dulcificado la antigua casta; había querido hacer de su religión una ciencia positiva de la naturaleza; había en fin, agolado toda su vida, cumplido y realizado todo su pensamiento; y por eso sus templos, depósitos de tantos dogmas, escuelas de tantas razas, santuario de la naturaleza, fallos de la idea, que es el alma de una civilización, yacían abandonados, solitarios, amenazados de caer envueltos entre las arenas del desierto, señalando una revolución ya extinguida del espíritu como los fósiles en las entrañas de la tierra testifican las grandes revoluciones de la naturaleza. En los tiempos que vamos historiando, aquella ciencia que había oído con tanto respeto Herodoto, que había interpretado con tanto entusiasmo Platón, se quedaba reducida al símbolo. Así, cuando al principiar nuestra era, iban los peregrinos de todas las naciones o buscar la sabiduría egipcia, se encontraban con que sus mismos sacerdotes no sabían leer los pensamientos guardados por los jeroglíficos de sus templos. Aquellos jeroglíficos, estaban vivos aun en las paredes de sus templos; y sus ideas se habían perdido, se habían helado en la fría noche de la muerte de aquella civilización. El buey Apis no era el símbolo de un dogma, era el buey; el cocodrilo solo era el cocodrilo: y ante el buey y el cocodrilo se postraban de hinojos, adorándole realmente, y no como imágenes de una idea más alta. Así Roma, que tanto en otro tiempo respetara el Egipto, al verlo caído en tanta degradación, le selló la frente con el sello de la infamia. El egipcio no podía ser senador, ¿qué senador? ni aun ciudadano. Esta región no se levantaba sobre el ritmo armónico de las leyes romanas como se levantaban todas las regiones de la tierra, no, Roma no quería estrecharla contra su amoroso seno, temiendo que le envenenara con su aliento. Solo Alejandría se libertaba de este odio; pero Alejandría era una ciudad griega, o mejor dicho, una ciudad humana. Hija predilecta del pensamiento de Alejandro, única imagen de su inmensa alma, único destello inmortal de su genio humanitario, hermosa, riente, preparada a los festines como una ciudad griega; inmensa, colosal como una ciudad asiática; asentada entre el Mediterráneo y un lago, como surgiendo del fondo de las aguas; visitada por todas las razas de la tierra, querida de todas las gentes, destinada a recibir el soplo del Asia en su alma y el beso de Grecia en su seno, agitada por un eterno cántico, envidiada de la misma



Roma, que no ocupaba un trono tan hermoso en la tierra; resguardada de los bárbaros por un inmenso desierto; bendecida por el Nilo, el río de los dioses, el río de los antiguos misterios, que se divide en varios brazos al acercarse a sus muros para más hermosearla, para más extenderse por aquella tierra de bendición; Alejandría era el templo donde se citaban a unirse, a condensarse todas las escuelas de la tierra, todas las ideas que habían cruzado por la mente humana; y allí iban con sus ofrendas, con sus dones, los antiguos sacerdotes del Oriente, que no habían profanado el sueño del pensamiento dormido en la naturaleza; los hebreos que llevaban su Dios errante por el mundo para libertarlo de las asechanzas de Roma, y lo guardaban en el santuario de su alma; los cristianos que anhelaban derramar el bautismo sobre la frente de aquella ciudad tan hermosa; los platónicos que sonaban con la idealidad de su ciencia, en las bibliotecas de aquella inmensa academia; los estoicos que se habían esparcido por todo el mundo, y en todas partes guardaban con sin igual esfuerzo su elevado pensamiento; los epicúreos que en aquella ciudad de placeres se entregaban a todos los reclamos de sus sentidos; los gnósticos, los verdaderos hijos de esta ciudad, porque como ellos era oriental, griega, platónica, epicúrea, mágica, mística, theúrgica, la inmortal Alejandría.

El Atlas, el Desierto y el Mediterráneo forman al salir de Alejandría para Occidente, un inmenso país, vario, multiforme, ora cubierto de bosques hermosísimos y de ciudades populosas como la región más feliz de la tierra, ora desolado, y envuelto en inmenso sudario de estéril arena. Allí, en aquella inmensa región se extendían desiertos inexplorados, inesperables, sin un pueblo, sin una vivienda, sin un oasis; desiertos, en que de vez en cuando se encontraban algunas piedras arrojadas por los peregrinos de otros días, como para testificar su angustia, y señalar a los venideros su ruta. El Mediterráneo tan plácido y manso, a pesar de sus llanas riberas, al besar los bordes de ese inmenso y maldito desierto, ocultaba bajíos inmensos, formando costas inhospitalarias y horribles. La vida de la naturaleza, que se manifiesta en bosques, arroyos, en fuentes, en aves, allí no luce, como si al derramarla Dios, se hubiera evaporado y perdido. La creación parece allí un inmenso cadáver. Y sin embargo, este inmenso desierto, corlado muchas veces por las cordilleras del Atlas, que formando grandes vertientes, siembra el Norte del África de países abundantes, felices, hermosísimos, adornados con todo el lujo de una espontánea y riquísima vegetación. Entre el desierto y las vertientes Norte del Atlas se extendían tribus nómadas, guerreras, amantes del peligro, ágiles como el tigre, nobles como el león; pero feroces como todas las alimañas que se crían en sus selvas y en sus montes. Por aquellas regiones andaba errante ya en esta época, que historiamos, el indómito Kabila, envuelto



en manto del color mismo de la tierra, centelleando de sus ojos la ardiente luz de su sol, ennegrecido y tostado por el calor del cielo y de sus montañas; pues parecía criado en inmenso y abrasador volcán. Y sin embargo, en estas regiones del Norte de África, la graciosa y armoniosa civilización griega levantaba sus templos, sus acueductos, sus ciudades, y celebraba sus rientes y hermosas fiestas en Cyrene. Allí, el cielo era más transparente y más claro; la tierra estaba bordada de flores, las montañas cubiertas de celestes reflejos y cortadas por valles dichosísimos; el mar claro, sereno, como si gozara en reflejar la hermosura de las riberas y el esplendor de las ciudades, que se miraban orgullosas en sus aguas; tierra de bendición semejante a un canastillo de perlas y de flores olvidado y perdido en el desierto. Los poetas epicúreos antiguos, para quienes la vida era ligera y la muerte voluptuosa, creían que en el mundo no se encontraba un lecho tan perfumado, tan hermoso para dormir tranquilamente el último sueño como esta tierra Cyrenaica. Este país tan hermoso fue legado a los romanos. El último de sus reyes, iluminado por esa visión profética, que trasluce al hombre a la hora de la muerte, legó su corona a Roma, y reconoció así su incontrastable soberanía. Extendíanse también por estas regiones la gran Sirte, la Numidia y la Maurithania, y allí sembradas ciudades que habían guardado los destinos del mundo, como Cartago, último esfuerzo hecho por el genio de Oriente para sujetar la humanidad; Utica, sepulcro del severo estoicismo republicano de Roma; Tapso, Aquila, Tánger, todos representando grandes fases del comercio y de la vida del África. La paz de cinco siglos, que iba a traer el Imperio, estaba destinada a levantar de su abatimiento estas regiones desoladas, y a darles su antiguo esplendor, hasta el día en que sonó la hora de la venida de los bárbaros.

En este largo viaje hemos recorrido las riberas del Mediterráneo, de ese mar misterioso y sagrado, que ha lamido con sus ondas los pies de todas las grandes ciudades, que ha reflejado en sus cristales los rostros de todos los héroes, que ha arrullado con sus cánticos la cuna de todos los dioses; de ese mar hermosísimo que ha teñido con sus reflejos celestes los cuadros de Apeles, y con sus húmedas brisas ha besado los vibrantes labios de las musas, y con sus dulces ecos ha acompañado el cántico de Píndaro y Horacio, y con sus azules horizontes ha formado el fondo del teatro de Sófocles y Esquilo; de ese mar, que sobre sus ondas semejantes a las palpitations de un corazón querido ha llevado el secreto de la civilización de ribera en ribera, de gente en gente, envuelto en los perfumes regalados de los deleitosos campos, que se miran en sus ondas; mar, que Dios ha arrojado entre el Asia, Europa y África para unir a los tres continentes, y celebrar así la maravillosa fusión del alma y del pensamiento de los pueblos; mar, que yo amo, porque he pasado mis primeros días viendo sus



ondas, y he creído descubrir en sus estelas, en sus espumas, en sus ligera celeste superficie las eternas huellas de su hermosa historia. A orillas del Mediterráneo, en mitad de Europa, se levantaba el oráculo de la historia antigua, el templo de todos los dioses, el gran laboratorio donde los diferentes pueblos y razas perdían sus manchas, su egoísmo y formaban el robusto cuerpo de un nuevo hombre, la hermosa Italia. Al descubrirla en los largos anales de la historia, después de haber visto tantos imperios, tantas grandiosas naciones; pero también tantos esclavos sumidos en el polvo, y tantos altares levantados al error; el alma dolorida y atribulada siente el mismo respeto y la misma alegría que Eneas y sus compañeros, cuando la veían surgir entre las ondas pura y hermosa como un asilo reservado a su desgracia, como una nueva patria de su espíritu. Y en efecto, señores, sea cualquiera nuestra patria, cuando arribamos en la larga serie de los siglos a Italia, y recordamos que suya es nuestra legislación, suya nuestra lengua, suya la esencia de nuestra vida, sentimos hacia ella afecto filial, tanto más, cuanto que hoy la vemos oprimida, desgarrada por las atrevidas manos de los que nunca pronuncian su nombre sin espanto, y nunca vieron lucir a lo lejos su refulgente escudo sin caer heridos, en el polvo de sus campos, pidiendo de rodillas perdón, a la que era la reina de las naciones, la madre de las gentes. Recostada en los Alpes, que la coronan con nieves, eternas, con lagos celestes, con bosques llenos de flores, y perfumados por eternas aromas; envuelta en la gasa, ligera, hermosa de un cielo claro y límpido como el alma en la inocencia; sembrada de florestas, de jardines, que bordean su manto; hundidos los pies en el Mediterráneo como en una blanda alfombra; armada con el cetro de la tierra, que era el eje de toda la historia; rodeada, de todas las razas que la miraban de rodillas como su diosa, como su oráculo; hollando blasones y trofeos como ni antes ni después ha tenido ningún pueblo; Italia dilatada, auxiliada por el genio de la historia su soberanía por toda la tierra, y elaboraba pensativa y silenciosa la gran obra del derecho. Pero miremos hoy su estado material como hemos hecho con todos los pueblos, de que ligeramente hemos tratado. Italia en los primeros tiempos de la República estaba floreciente y hermosa. El trabajo había hermoñado aquel país; porque el trabajo es la fuente de la vida. Allí se cogía el trigo de Campania y Apulia, el vino de Falerno, el aceite de Venafre; allí la agricultura, primer oficio de los romanos, florecía con singular florecimiento. más un día cambió de aspecto Italia. Los nobles, los poderosos, oprimiendo al pueblo, gravándolo con pesadísimas deudas, se alzaban con todas sus propiedades y constituían inmensos patrimonios, fabulosísimas riquezas. Estas propiedades eran como un cáncer, que devoraba la riqueza de Italia. El señor, así que veía tan dilatados dominios, trataba de explotarlos con toda suerte de



esputaciones; y quería extraer mucho interés e invertir poco trabajo. El señor, en Roma, en la ciudad no podía tener por los campos-ese afecto, ese amor paternal, que siente el pobre agrícola cuando les ve transformados por su trabajo, rociados con el sudor de su frente, como si fueran parte de su vida y de su alma. Poco le importaba al noble romano que la agricultura decayese, que los campos perdieran su vida, que los labradores se murieran de hambre al pie de los instrumentos de su labranza, que perecieran generaciones enteras, y se animaran villas populosas, con tal de aumentar su riqueza y dar alimento a su avaricia. Las tierras trabajadas por los plebeyos con trabajo tan fecundo, aquellas tierras, ricas en viñas, en olivares, en sembrados, en huertas de todo linaje de regaladas frutas, fueron impíamente taladas, convertidas en praderas para la manutención de grandes ganados, que se sostenían sin estipendios y sin trabajos, abandonados a la custodia de un esclavo. La madre tierra, que es tan productiva, cuando el amor del hombre la fecunda, abandonada a sí misma, profanada por el trabajo servil, estéril y maldecido como todo cuanto proviene de la servidumbre, se había esterilizado hasta el punto de no dar de sí ni un átomo de vida. Así, el pueblo romano, antes tan feliz con los productos de sus tierras, después que el trabajo servil había agotado las fuentes de la vida, se quedó a merced de las olas y los vientos, que de extrañas regiones le llevaban el pan para saciar su hambre. Así es que muchas veces, cuando el mar encrespaba sus olas, cuando el viento desataba sus ráfagas, y las galeras romanas no podían arribar a las riberas italianas, el pueblo romano se moría de hambre, golpeando en vano la puerta de la vacía Annona, que había agolado todo su trigo. He ahí, señores, la consecuencia del trabajo servil. Nuestro compatriota Columela miraba con los ojos arrasados de lágrimas aquella tierra infecunda y estéril, y decía que entregada a manos de los esclavos torpemente, los esclavos la trataban como crueles verdugos. Así, el gran Tito Livio se dolía amargamente de que aquella Italia, semillero en otro tiempo de hombres, no pudiese dar a la guerra ni aun diez legiones. He aquí el resultado de la concentración del poder y de la riqueza en manos privilegiadas, y la concentración del trabajo en manos serviles. Lo cierto, lo indudable es, señores, que Italia estaba agotada. Para deshacer aquella propiedad monstruosa, tiránica, la cuestión social torpemente planteada por el Senado, y las cruentas guerras civiles habían llovido sobre los campos de Italia lluvias de sangre, bastantes a borrar los límites de cada dominio, de cada heredad, y el vencedor, ora se llamase Sila, ora Mario, ora Pompeyo, ora César, daba aquellas tierras a sus parciales, a sus soldados, a sus gentes, preparando así el día en que el Imperio había de levantarse a reivindicar todo el dominio de Italia, y a soterrar toda la antigua aristocracia en el polvo de sus campos. Los veteranos de los



ejércitos vencedores eran los propietarios de Italia, y así como con facilidad se levantaban a despojadores, con facilidad venían a despojados. Todavía recuerdo, señores, con plácida ternura que el cantor de Mántua, ese dulce y tierno poeta de la naturaleza, que reflejaba en su alma la luz del naciente cristianismo como la luna reverbera en su tranquilo disco la luz del sol, lanzó sus primeros gorjeos en Roma, herido por el dolor de ver en el suelo destrozado el hermoso nido de flores, en que había desplegado por vez primera las pintadas alas de su divina fantasía. Y ya creo haberlo dicho otras veces, y no necesito repetirlo, Italia estaba despoblada y también exhausta, porque en su titánico trabajo de la unidad del mundo y de la fusión de las razas, había agotado su propia vida, su propia sangre, de suerte que sus guerras sociales y su obra de civilizar o la tierra habían agotado todas las fuerzas de Italia como se agotan las fuerzas del artista cuando acaba de dar la última manó a su obra. En esta Italia tan desolada se extendía una región placentera y serena; la feliz Campania. Allí, a la luz de aquel sol, bajo el claro pabellón de tan hermoso cielo, respirando las auras embalsamadas con las esencias de las rosas y los mirlos, recostados en bellas casas de campo levantadas al pie mismo del Vesubio, dejando errar la vaga mirada por las celestes apacibles ondas que al quebrarse mansamente en la orilla cubierta de caracoles y conchas, lanzan un vago suspiro repetido como un cántico de amor por los ecos de las cercanas montañas; los señores romanos se entregan al placer y al ocio, apuran el vino de sus ánforas etruscas, liban la miel del amor en los labios de sus esclavas griegas, cantan al compás de doradas cítaras los versos amorosos de Tíbulo y de Propercio, juegan con los dioses marinos que la imaginación finge entre las algas y las espumas, se bañan en el Lucrino para adobar y pulir su cuerpo, se pierden a la luz de la luna como el dios campestre acompañado de sus bacantes en las viñas entrelazadas con los álamos y los cipreses, la alegría en el rostro, la copa en las manos; huyen de los ardores del estío en las frescas grutas humedecidas por las plantas acuáticas; y así dejan errar tranquilamente su vida al acaso, sí, su vida que se parece a una de esas hojas perfumadas desprendidas de las flores sobre la linfa de los arroyos, que juguete de las aguas, después de flotar sobre la verde grama, y recorrer deleitosos espacios, va a perderse o en el seno de los ríos, o entre el oleaje de los mares. Pero, me preguntareis, señores, ¿este mundo romano en esta época no tenía enemigos? Voy a satisfacer vuestra pregunta. Pasemos, pues, a otro asunto.

Ahora, señores, después de haber examinado el mundo romano en su interior, debemos examinarlo en sus fronteras, en los pueblos, que lo rodeaban. Al Norte estaban los Britanos, los Germanos y los Dacos; al Oriente los Escitas, los Parthos y los Armenios; al Sur los Árabes y los Nómadas africanos.



Veamos estos pueblos. Empezaremos por los del Norte. La religión druídica de la raza céltica había encontrado un refugio en medio de los mares, la isla Británica. Allí sus sacerdotes guardaban la tradición y la ciencia lejos del ruido de las armas, allí se daban a la meditación acompañados solo por el rumor de las olas del mar. En la Bretaña la religión druídica había tomado un carácter más grave, más solemne, más transcendental. La confianza en la transmigración de las almas, en el cambio de forma en la existencia, pero en la perennidad de la vida, hacía de aquellos sacerdotes una gran escuela filosófica, algo parecida a los cenobitas solitarios del Oriente. La casta sacerdotal se renovaba incesantemente con la admisión de jóvenes que le Ingerían una nueva vida, y que por espacio de veinte años entregados al silencio, adquirirían la madurez de los ancianos. Y sin embargo, esta religión tan transcendental, no se desvanecía ni se disipaba en el seno del misticismo, como la mayor parte de las religiones orientales, no, era una religión práctica, que daba al hombre amor a la patria, aliento para la guerra. A las orillas de aquel verdoso y oscuro mar, bajo las bóvedas que formaban las encinas, sobre una tierra bendecida y sagrada pero selvática, la raza druídica encendía sus hogueras, predicaba la trasfusión de la vida humana en la natura- leía después de la muerte, y arrastraba los hombres al pie del ara para ofrecer su sangre, su existencia como un holocausto a sus bárbaras y antropófagas divinidades.. Entre aquella isla y las Galias había siempre misteriosas relaciones. Cuando la tribulación de la conquista llegaba a su colmo en los galos, iban a buscar un asilo seguro en la Bretaña, y allí encontraban sus sacerdotes, y allí sus dioses, y allí un consuelo a su dolor. César comprendió que no tenía bien domeñadas las Galias, sino ataba a su carro también la umbrosa Bretaña. Y como entre su pensamiento y su voluntad no había distancia, atravesó el Océano y puso su pie vencedor en la Bretaña. Tácito nos cuenta cómo resistían estos pueblos bárbaros a las huestes romanas; reunidos en grandes pelotones, con los ojos vueltos a sus templos, acompañados de sus mujeres y de sus hijos, dando gritos espantosos, aullidos terribles, montados en caballos que relinchaban fuertemente en la pelea, bendecidos por sus sacerdotes, que levantaban los brazos al cielo para invocar la protección de los dioses y pedirles su fuego y su cólera contra sus enemigos, desesperados hasta el punto de arrojar a las ondas del mar en pos de un asilo más dulce que la patria encadenada, cayendo bajo las armas romanas como bajo la clava del destino, rendidos pero no humillados. César después de sus dos expediciones, solo había conseguido de estos pueblos un tributo en reconocimiento de la soberanía de Roma. Pero este tributo, de mal grado rendido, olvidábase bien pronto en aquellos naturales. Y tan cierto es, que no daban este tributo, que Augusto reconoció la inutilidad de exigirlo, y renunció a este



reconocimiento del poder de Roma por un pueblo bárbaro y oscuro, pues los gastos de la recaudación excedían a los rendimientos del tributo. Pero Roma no podía consentir que un pueblo se burlase así de su poder, porque no estaba en su pensamiento ceder a ningún pueblo, ni en su destino desmentir la providencia, dejando en pie cruentos cultos. Roma iba a preparar el culto del Dios-espíritu como la Sibila que desde su silencioso templo, y sin conciencia de lo que decía, anunciaba la venida de una nueva religión. Y era necesario que Roma, para preparar el reinado del Dios-espíritu rompiese, destrozase el ara que destilaba sangre, donde era adorado en todo su horror el Dios-naturaleza. Y así la nueva idea, pura, luminosa, inmaculada, iba hollando los trofeos de las victorias romanas, y alzándose sobre ellos para predicar la verdad y la justicia a los hombres. Era pues, necesario, que Roma no abandonase la conquista de la gran Bretaña. Claudio, que a pesar de sus grandes crímenes, y de su reconocida imbecilidad, tenía en el trono esa intuición que el espíritu de Roma daba a todos sus representantes, trató de purificar la tierra del culto dedico, arrojándolo del nido de encinas que se había formado entre las ondas de los mares. A este fin, mandó allí sus procónsules y sus legiones. Alguna resistencia opusieron los régulos del país, pero resistencia inútil, porque bien pronto las armas romanas los precipitaron en el polvo. Roma vio con asombro entrar por sus puertas encadenados a reyes de la Bretaña, de aquella isla, que Roma creía un mundo desconocido e inmensa. Caratac, régulo de Bretaña, o los pies de Claudio rendido, le pedía la vida. Claudio, siguiendo la política tradicional de Roma se valía de estos reyes, para aherrojar a los pueblos. Y de esta suerte, poco a poco se venían a tierra los altares ensangrentados, y espiraban los dioses antropófagos.

El gran peligro para Roma estaba a las orillas del Rin. Allí se condensaba una nube, que había de asestar sus rayos sobre el Capitolio, y había de borrar a Roma de la faz de la tierra. De vez en cuando esta gran tempestad, que Dios guardaba para el día de los grandes castigos, reflejaba algún lejano relámpago sobre la frente de Roma. La reina de las naciones sentíase herida, y un presentimiento vago de su próxima ruina atenaceaba sus entrañas y mordía su corazón, y en su amargura enviaba a sus hijos a contener aquel grandioso y devastador torrente. Después de un siglo todavía mostraban los romanos con horror los campos pútridos, donde los Cinabrios, avanzadas ligeras de los pueblos germanos, habían hallado muerte, merced al heroísmo de Mario; pero muerte que indicaba claramente cuanto de vida había en el seno de aquella formidable raza, eterna enemiga de Roma, y su rival sino por la inteligencia, por la fuerza y por las armas. Allende el Rin en aquella inmensa inexplorada soledad, entre bosques y riscos, se escondía este pueblo, a quien los galos en su terror habían llamado



germano por su furor guerrero; pueblo, cuya cuna era un carro de guerra, cuya infancia una disciplina y apercibimiento perenne para el combate; cuyo patrimonio una espada y un escudo; pueblo, que tenía por única diversión y recreo saltar sobre las puntas de las lanzas y deslizarse de lo alto de las montañas en sus anchos escudos; que adorando a Dios en la inmensidad, en los bosques, en las fuentes, en la naturaleza, sin darle ninguna forma humana, conservaba su espíritu libre de la idolatría; que sin agarrarse al suelo y a la patria, volaba de un punto a otro llevado por su instinto guerrero, verdadera voz de su destino; que no se degradaba bajo ninguna aristocracia sacerdotal, ni se hundía en ningún linaje de esclavitud; que en sus mujeres hallaba fuertes heroínas, dispuestas a señalarle siempre el camino de la guerra y a decirle que es preferible la muerte a la esclavitud; que no tenía sosiego, sino cuando respiraba el vapor de la sangre y oía la música salvaje formada por los combates; pueblo, en fin, rubio, de ojos azules, blanco, de larga cabellera, que mostraba en sus brazos fuerza para destruir un mundo, y en su sereno rostro apacibilidad para dejarse dominar de una idea; pueblo, que Dios guardaba en sus designios entre las nieves y las sombras para confiarle la dirección de la historia, el día en que Roma descendiera del trono de la tierra, enflaquecida y degradada por sus crímenes. Los romanos, que conocían que este era el destino de los pueblos germanos, se oponían a toda costa a su carrera y a sus victorias. César, que resumía la humanidad de su tiempo en su alta inteligencia, trata de cortar con aquella su invencible espada esta continua corriente de pueblos bárbaros, cuyo poder y fuerza desconocía, pero cuyo destino providencial histórico en su alta intuición adivinaba. Los galos le referían con horror que alguna vez las tribus feroces de allende el Rin atravesaban el río, y se lanzaban sobre sus campiñas, talándolas, destruyendo sus chozas y sus villas, dispersando y esparciendo sus huestes, y dejando por todas partes como una huella inextinguible de lágrimas y sangre en pos de sus terribles correrías. Los romanos, a su vez, habían advertido que aquellos pueblos formaban dos grandes confederaciones que unidas podían caer como un inmenso témpano de hielo sobre el altar donde ardía el fuego de la vida del mundo, y para evitarlo, Druso se arrojó con sin igual esfuerzo entre ambos pueblos: empresa temeraria, porque era difícil, si no imposible cortar la corriente de aquellas razas; empresa, en la cual tuvo que contenerse porque un instinto superior le decía que allí podía perder sus gigantes alas el águila romana. Y el peligro era tan cierto que un día Varo quiso arrojar a enfrenar aquellas feroces tribus, y todos sus soldados perecieron en la demanda; desgracia horrible, que heló a Roma, que derramó espanto y terror en todos sus habitantes; que afligió de tal suerte al Emperador, que al saberlo quiso, en un raptó de dolor, estrellar su frente contra las



columnas de su palacio. Un hombre extraordinario, un bárbaro de elevado pensamiento, abrazó en su mente la idea colosal, gigantesca, de unir aquellas razas, de disciplinarlas; pero como esta idea era contraria al espíritu y al carácter de los pueblos germánicos, fue asesinado, y asesinada en él la gran liga de los bárbaros. Lo cierto es, Señores, que la reina de las naciones no podía gozar en paz sus victorias, mientras temiese ver a cada instante apareciendo sobre la cumbre de los Alpes, como furias evocadas del Averno, aquellos hombres sangrientos, feroces, cuyos aullidos atemorizaban al mundo. Germánico había conseguido grandes victorias sobre estas indómitas razas; pero la política de Tiberio le arrancó a sus triunfos, por miedo de que una gloria tan grande eclipsara su poder: que los celos son la enfermedad de los tiranos. Tiberio seguía con los bárbaros su política astuta; porque aquel hombre no había nacido para las grandes empresas, sino para llegar como la serpiente por caminos tortuosos al cumplimiento de su voluntad, al término de sus deseos. Así es, que viendo que con la guerra echaba un cebo al furor de los germanos, mandó a sus legiones pasar el Rin, aposentarse en la ribera opuesta, velar sus armas, y aguardar allí a que las razas bárbaras no teniendo un enemigo común y poderoso a quien combatir, volvieran contra sí mismas sus armas sedientas de sangre, y evitaran así o Roma el trabajo de sostener un eterno combate en aquellos umbrosos bosques. Calígula, que todo lo fantaseaba y exageraba, en un raptó de locura, creyéndose un general como César, llevado de ese amor a lo imposible, que era su enfermedad, quiso atajar el paso a los germanos, se armó de todas armas, atravesó los Alpes, se dirigió a las Galias, arrojó al viento palabras de guerra, de ira, de entusiasmo, fingió que iba a volver al Capitolio con los capitanes de aquellas razas encadenados a su carro; pero, como en medio de estos alardes, le sorprendiera la noticia de que los germanos habían atravesado el Rin, se espanta, no sabe dónde esconderse, trata hasta de fletar un barco, para que le llevase a Oriente, lejos, muy lejos de los bárbaros, porque, ni Roma le parecía un asilo seguro a su terror. Claudio no imitó la conducta de Calígula; antes restableciendo la antigua política de Tiberio mandó a sus capitanes que no acometiesen a los bárbaros, y que los dejaran desgarrarse mutuamente, sin más que velar por la seguridad de las orillas del Rin. Y mientras Roma seguía esta política, los bárbaros se acrecentaban, sus huestes se apercebían con una continua disciplina a grandes combates, y ávidos como todos los pueblos nómadas, que parecen privados del natural amor a la patria, ávidos de hollar nuevas regiones, y respirar nuevos aires, soñaban allá en el fondo de sus bosques sombríos y de sus pantanos, con una tierra dulce, tranquila, hermosa, cubierta de flores, cargada de riquezas, muellemente reclinada a orillas de un mar apacible y sereno; ornada con todas las riquezas y todas



las maravillas del arte; tierra, que destilaba vino y miel, y tenía hermosísimas mujeres y hombres débiles y afeminados; tierra, que al ver la espada de los bárbaros relucir como centellas sobre las cumbres de los Alpes caería sin fuerzas sobre su lecho de rosas. Tal era el pensamiento, que Dios había depositado con su soplo inmortal en aquella raza, para renovar la vida del mundo, y continuar la trama nunca interrumpida de la historia.

Pero no era el Rin la única puerta por donde la barbarie amenazaba a Roma; el Danubio también escondía tras sus riberas pueblos bárbaros, que estaban, nuevos ciclopes, forjando en sus yunques rayos contra la reina de las naciones, rayos, cuyas chispas se veían brillar como una perpetua amenaza del cielo en tan oscuros y dilatados horizontes. Un hormiguero de pueblos inmensos se extendían de un lado a otro del Danubio, recostados muchos de ellos en las vertientes de los Alpes, otros perdidos en los pantanos y en los desiertos, los más ocultos en desiertos inexplorados e inesperables, donde el romano temía encontrar terribles rotas como Varo las había encontrado en la Germania y Craso entre los Parthos; de suerte, señores, que de aquellos pueblos solo se tenían las noticias dadas por los historiadores griegos, que los pintan feroces, indómitos, incapaces de toda disciplina, avezados al peligro y a la guerra, amantes de su libertad fiera y salvaje, constituidos en pequeñas tribus, adoradores de la naturaleza con un sentido religioso bastante puro; dejándose llevar, sin embargo, de la magia, del sortilegio, y de los conjuros; y tan atrevidos que cuando el cielo se cubría de nubes, y el aire se cargaba de tormentas, y el granizo cubría sus campos, y el rayo despedazaba sus encinas, en medio del fragor universal que produce naturaleza en estos grandiosos estremecimientos, se lanzaban al huracán, y asestaban sus flechas y sus dardos al cielo, desafiando orgullosos y airados al dios de las tempestades. Estos pueblos se dividían en varias naciones; los Ilirios, los Tracios, los Dálmatas, los Dacios y los Getas. Un día se levanta entre ellos un hombre extraordinario, que lleva en su frente la elección del destino, en sus manos la espada de la victoria, en su pecho amor inmenso a aquellas razas, y como si presintiera el gran proyecto que más tarde había de cumplir Atila, llama en su auxilio la magia, se revisto de resplandores celestes, levanta a su lado un oráculo, invoca lo extraordinario y lo maravilloso, y por un instante logra someterá un yugo común aquellas razas, y levantar casi una Roma bárbara en frente de la Roma civilizada; pero aquellos pueblos cegados un instante por un fugaz relámpago de gloria, y cediendo pronto a sus naturales instintos, que los llaman al aislamiento, hieren a su señor, sirviendo de esta suerte a sus eternos enemigos. Sin embargo, en estas razas nunca se agota la vida, y siempre se levantan algunos hombres extraordinarios. Roma había escalonado en la cima



de los Alpes, y en las orillas del Danubio legiones, que sirvieran como de límite al encrespado mar de la barbarie. Pero en algunas ocasiones, no pudiendo los bárbaros del Danubio sufrir las depredaciones de aquellas huestes, se levantaban feroces en armas contra su poder. De esto nos dan elocuente testimonio los tiempos de Domiciano. Decéballo, jefe de los Dacios se sublevó contra el Emperador. Este abandona a Roma, se dirige a los Alpes, llega a las orillas del Danubio ansioso de guerra y de venganza. Pero los que lanzaban sus flechas contra el cielo airado, mal podían temer la ira del hombre. Resisten, y resisten heroicamente a todas las huestes, que contra ellos manda Roma. Sin embargo, estos pueblos, cuando al primer empuje no han vencido, fácilmente se desmayan y vencen. Decéballo manda a pedir la paz, y Domiciano rehúye concedérsela. Entonces los Marcomenos se sublevan, el Emperador quiere llevarles la guerra y pide al jefe de los Dacios la paz, que él mismo había rehusado. Entonces el Emperador, el que se había creído un Dios y había cubierto el Capitolio de víctimas consagradas a humear en sus sacrificios, el que tenía en sus manos el timón de la tierra, y en su cabeza la corona de todas las razas, el que veía en el polvo a sus plantas las naciones más belicosas, los iberos, los egipcios, los persas, los medas, los galos, todos los pueblos más indómitos; ese hombre con toda su divinidad, con toda su fuerza, con todo su poder; cuando los bárbaros le miraban con terror, y hasta en los últimos límites del mundo se pronunciaba con miedo su nombre; se hace tributario del rey de los Dacios, rey pobre, oscuro, semisalvaje, y le manda barras de plata, y le pide infamemente la paz, y después vuelve a Roma y consigue el triunfo, por haber infamado su gloria, por haber vendido su dignidad, por haber quebrantado su incontrastable omnipotencia; y ¡oh mengua! el Senado le concede la corona de laurel, el pueblo le acompaña con sus aplausos, y los poetas cantan sus victorias, y hasta los sacerdotes le queman el incienso guardado antes a los Dioses; tristes señales, en verdad, de la ruina de Roma.

Aun había otros pueblos más bárbaros. Dios tenía enfrentados todos estos pueblos, porque no había sonado aun la hora de la descomposición y ruina del mundo antiguo. más allá del espacio, que ocupaban los Getas, dilatándose hasta Palus Meotides, se extendían otros pueblos, de menos unidad que las razas del Danubio, de más barbarie e independencia que las razas del Rin. Herodoto ha dejado una descripción viva y animada de los escitas, de este pueblo salvaje, que había de castigar a los romanos. Criados en chozas de paja, viviendo como las fieras abandonadas a su instinto, engendrados al fragor de la guerra y los combates, sin más Dios que un hierro mohoso y sangriento puesto sobre una pira; montados siempre en sus caballos indómitos e impetuosísimos; devorando carne cruda y



fresca, bebiendo la leche de las alimañas salvajes, libando sus fétidos licores en los cráneos de sus enemigos, llevando siempre a su lado las cabezas cortadas en los campos de batalla, envueltos en las pieles de víctimas humanas adobadas de una manera desconocida y extraordinaria; estos escitas guardaban en la inmensa soledad de sus dominios el castigo del mundo antiguo, y así eran feroces, apegados a sus negras tradiciones, pues a los horrores que hemos recordado reunían el sacrificar los prisioneros de guerra en las aras de su sangriento Dios, y matar familias enteras de siervos sobre la tumba de sus reyes y de sus príncipes. Y cercanos a estos pueblos se alzaban también los piratas del Cáucaso. Estos hacían unas barcas particulares cubiertas, y en ellas se arrojaban a las ondas, cuando más arreciaba la tempestad; y de quien el viento los impelía, allí ejercitaban su rabia y su furor, volviéndose a sus cavernas cargados de despojos. Roma, en realidad, nada podía temer de estas razas, porque para llegar a sus muros tenían que atravesar muchos pueblos también bárbaros, escalonados como un gran ejército que espera solo la señal y la hora del combate.

Pero, Señores, antes de concluir debo hacer una advertencia respecto a estos pueblos, que estimo oportuna, muy oportuna. Ellos habían de formar toda la trama de la historia moderna. En toda civilización hay dos elementos; la unidad de la vida social y la variedad de la vida individual. Los pueblos germanos debían traer estos elementos, la variedad de la vida individual para que se viese que cada paso que da la historia es un paso hacia la libertad del hombre; y la unidad de la vida social, para que se viese que la obra maravillosa del Imperio romano de ninguna suerte podía perderse en una hora fatal para el mundo. La idea de la variedad de la vida, del individualismo, debían aportarla a la historia contemporánea los pueblos de las orillas del Rin, los pueblos descritos por Tácito; al paso que la unidad social, la vida uniforme de la especie debían representarla los pueblos de las orillas del Danubio, más disciplinados, más orientales, los pueblos descritos por Amiano Marcelino. De esta suerte preparaba Dios la transformación lógica y necesaria del mundo.

Pero es necesario estudiar otras regiones, que pertenecen más por la historia, a los tiempos, que voy narrando. Hablo de la Armenia. El Monte Ararat, centro de esta región, era como el núcleo de todas las grandes cordilleras, que se esparcían por toda el Asia Menor. De sus montañas bajaban el Tigris y el Éufrates, esos ríos que han guardado en su seno tantos misterios de religiones y de imperios; y en sus aguas han arrastrado tontas lágrimas de pueblos y de esclavos. Estas regiones montañosas, pero de una situación admirable, servían como de nido al espíritu poético de Grecia, para seducir a la raza semítica. Así es que la sirena griega escondida en aquellos transparentes lagos y límpidos



arroyuelos, entonaba sus cánticos para seducir al austero semita. Los hebreos, que a la vista de su templo, no hubieran sido capaces de un perjurio, cuando se asentaban en las piedras de Armenia a reposar bajo sus cedros, y oían el cántico eterno del espíritu griego que habían dejado los Seléucidas encerrado en aquella oriental naturaleza, embriagados de amor, prevaricaban y ponían en olvido el aliar y el Dios de sus padres. Y como el espíritu griego, por una ley general de la historia debía filtrarse en las venas de Asia, para devolverle la vida que de Asia había recibido, no pudiendo penetrar por las puertas del templo de Salomón cerradas a toda idea extraña, derramaba sus caudales en los desfiladeros de Armenia para que los pueblos asiáticos templaran su ardiente sed de lo infinito, en las mismas corrientes de su vida purificada por el maravilloso genio helénico. La Armenia había sufrido varias transformaciones en su historia. Los persas le sujetaron a su dominio, porque la espada de los persas era para aquellos pueblos como el cayado del pastor para sus ganados. Pero como la espada persa no podía sostener por mucho tiempo el hilo de la historia asiática, pronto aparece por aquellos valles y aquellos montes un nuevo conquistador, que lleva en su frente el sello de la predilección del destino, y en sus monos cadenas de oro para amarrar el Asia, y en sus labios palabras de amor para impregnar de un nuevo espíritu aquellos secos aires. Este hombre extraordinario se llama Alejandro. Después quedan en Armenia por largo espacio de tiempo los Seléucidas, los sucesores de Alejandro, encargados de velar por la idea, que como un filtro de nueva vida, había llevado el conquistador al Asia. más tarde, en aquella larga y oscura historia del Oriente, la Armenia sufre grandes cambios y transformaciones, ora entregada a los Parthos, ora a Mitridate del Pinto, ora a otros pueblos y reyes, pocas veces a sí misma, a su autonomía, a su independencia. La Armenia había de ser un campo de batalla para Roma. La ciudad eterna tenía a los Germanos del Rin, a los Getas del Danubio, a los Parthos del Éufrates. Para sujetar a los Germanos había menester las Galias, para sujetar a los Getas la Pannonia, la Iliria y la Tracia; para sujetar a los Parthos la Armenia. Y la razón de estos tres puntos de estrategia militar es sencilla; los necesitaba para tener en paz su dilatado imperio, para libertar la civilización de las irrupciones de la barbarie. Y en efecto; los germanos, blandiendo sus lanzas, sus espadas; los Getas, lanzando aullidos horrorosos; los Parthos, montados en sus salvajes caballos con el arco en la mano y el carcax a las espaldas; por un instinto ciego, por avidez de dilatar su vida y su imperio, estaban siempre ansiando caer sobre Roma para pisotear sus diademas, fundir en él fuego de su ira aquella su tiránica espada y repartirse sus despojos. Y los Parthos, especialmente, cuando poseían la Armenia, comenzaban con amenazar temibles las posesiones de Roma. Y en efecto,



Artabano, rey de los Parthos se posesionó de este país, y sacrificó impiamente a Tigranis, que había abandonado el verdadero Dios, sí, el Dios de los hebreos, para recibir el antiguo espíritu de los Seléucidas. Pero en tiempo de Claudio, el ibero Mitrídates se apoderó del trono de la Armenia. más bien pronto Rhadamisto, su sobrino, a quien Mitrídates había recibido como un hijo, le ahogó, y se posesionó del trono. Entonces los Parthos proclaman a Tirídates por rey de Armenia. Pero Corbulon, guerrero romano, dice que no consentía que príncipe alguno se sentase en el trono de Armenia, sin haber antes con toda solemnidad recibido de manos del Emperador romano su diadema. Reinaba en este tiempo Nerón. Tirídates, convencido de que Roma tenía en sus manos el principio de toda soberanía, la fuerza y el origen de todo poder, se encaminó a la capital del mundo. Su viaje fue por tierra, y duró más de nueve meses. Tirídates, montado en un caballo, partiéndose arrastrando por los campos su púrpura oriental, como para llevar a Roma en los pliegues de sus ropas átomos del polvo de todas las generaciones que Roma necesitaba para formar el cuerpo de la nueva humanidad. Acompañábale su mujer, cuyo rostro iba cubierto con un casco de oro, varios príncipes armenios, tropas de su raza, todo ese lujo que distingue al Oriente. Cuando llegó a Iliria, le aguardaban carrozas de marfil que le condujeron a Roma; cuando entró por las puertas de la ciudad eterna, Nerón en traje de triunfo le acompañó, y el pueblo le siguió con sus aplausos y su entusiasmo; cuando llegó el día de su coronación, un trono fue levantado en medio del Foro, el Emperador vestido de púrpura y seda le ciñó la diadema delante de todo el pueblo; cuando siguieron los festejos por tan extraordinario suceso, Nerón, para celebrarlo, entoldó con púrpura el Teatro, tocó la cítara como un farsante, corrió su carro en el Circo como si fuera un gladiador; y cuando llegó la hora de volver al Asia, habiéndose embarcado en Brindis, los pueblos europeos de las orillas del Mediterráneo, las ciudades griegas, las islas cycladas y sicilianas le refirieron sus misterios, le mostraron sus oráculos, le admitieron en sus templos como si vieran en el viaje de aquel rey representada la armonía de dos civilizaciones enteras, la fusión de dos mundos enemigos, la unidad de la especie humana, que todos los pueblos buscaban intuitivamente en esta solemne edad de la historia.

Al lado de la Armenia, se levantaba el gran imperio de los Parthos. Detengámonos un instante a contemplarlo. Los Arsácidas, sus señores, hábiles en manejar el caballo y disparar el arco, reyes de reyes, ceñidos con las tiaras que habían llevado los persas, los medos, los babilonios; extendiendo sus dominios desde el Éufrates hasta el Indo; elevados al trono por los sátrapas, sus grandes feudatarios, y por tanto dependiendo de la voluntad de estos nobles; siempre en la guerra y en la caza, entre



festines bárbaros; amenazados de las luchas domésticas que traen consigo los serrallos y las dilatadas familias de los reyes orientales; concentrando la autoridad en sí, pero repartiéndola al mismo tiempo entre mil príncipes, que afilaban en silencio sus puñales para todo linaje de traiciones; menospreciadores del pueblo, que conducen al lado de su caballo a la guerra, y de cuya suerte no se curan; siempre refrenando las ambiciones, que se levantan entre las grandes cohortes de sus nobles y de sus príncipes, llegan a componer un estado extraordinario, desconocido, en que se ve al lado del despotismo absorbente, incondicional, guerrero de los pueblos primitivos del Oriente, el feudalismo y el fraccionamiento de los bárbaros pueblos de Germania. Es inútil referir las guerras de estos pueblos con Roma, que nunca llega a domeñarlos; ni las guerras de estos pueblos entre sí, que se reducen a traiciones de serrallos, a venganzas inicuas, a continuas luchas, a tempestades y tormentas desencadenadas por los señores feudales, a remachar la servidumbre y esclavitud en el pueblo, dispuesto a darse la muerte por el mismo señor, que le designan los nobles, sus eternos enemigos.

El Éufrates separaba el Imperio Romano del Imperio de los Parthos; pero sus orillas estaban plagadas de árabes, indómitos a todo yugo, indóciles a todo poder, amantes de la vida nómada, verdaderos bandidos desparramados por los desiertos. Al Sur de Palestina erraban los árabes Nabateos, enemigos de los reyes judíos, contra los cuales pedían protección a la señora de las naciones, a Roma. Cuando hoy el viajero recorre estos desiertos de las orillas del Éufrates, se espanta de ver en la tierra arenosa que habitaban esos bárbaros; tierra sedienta, ingrata, en que el suelo es infecundo, y el cielo como de bronce; restos de arcos, de columnas, de anfiteatros, de puentes, señales que indican que Roma tenía tanta vida en su pensamiento que donde ponía el pie, hacía brotar grandes ciudades, venciendo y superando por su ciega confianza en su destino, y en su genio, hasta la misma naturaleza. Cerca del Nilo se extendían los árabes nubianos, poco temidos, porque eran poco guerreros, Pero al Sur, se extiende un imperio dilatado, rico en tradiciones históricas, enlazado por ideas comunes y comunes recuerdos con el pueblo hebreo, antiguo amenazador de los Faraones, y en este instante que historiamos, próximo a posesionarse de la Arabia y a domeñar sus tribus salvajes; imperio, que la historia puede conocer, y estudiar bien poco, porque encerrado en su aislamiento apenas tenía parte en la vida universal de nuestra especie, imperio, que se conoce con el nombre de Abysinia. Las costas del Mediterráneo africano pertenecían en verdad a Roma; pero su poder no había de ninguna suerte alcanzado a tocar el interior del África, allí, donde había pueblos salvajes, errantes, sin jefe, sin ley, sin noción de justicia, dados al robo, reclusos en inmensas soledades, o en cavernosas



grutas, asilo de las fieras; que tienen por lecho el duro suelo, por alimento los dátiles de sus palmeras, por compañeros los tigres y leones: que ven siempre en todo hombre no perteneciente a su raza un enemigo; que el único signo de civilización grabado por ellos en el espacio son algunas torres, las cuales les servían como de fortaleza; razas, que aun vagan por las cordilleras del Atlas, por el interior del África, a pesar de los muchos civilizadores que han pisado las arenas de sus desiertos desde Ornar hasta Almamum, y que aguardan el día, en que una raza más privilegiada les lleve la luz de la civilización, el néctar precioso de la vida, y las levante por una educación superior del fondo de su barbarie a ser razas humanas, capaces de libertad y de derechos.

Hemos concluido esta revista a los pueblos dependientes de Roma, o enemigos de Roma. Hemos visto el estado, la situación de todas las razas. Hemos contemplado cómo en el instante mismo, en que la idea cristiana descendía del cielo para unir el espíritu y fortificar la conciencia de la humanidad, los pueblos se unían, los pueblos se acercaban unos a otros, empujados por las legiones romanas. Todas las ciudades, que habían contribuido a esparcir alguna idea grande y progresiva en la conciencia humana, se unían; Jerusalén, que había dado la idea de Dios; Atenas, que había esculpido la idea del hombre; Alejandría, que había interpretado todas las teogonías del Oriente; Roma, que había reunido y disciplinado todas las razas de la tierra. El mundo callaba como para oír una verdad que todos aguardaban, que nadie conocía, y que el cristianismo llevaba triunfante en su seno. Los profetas paganos sentían que aquel mundo tan inmenso y tan uniforme había menester un espíritu más alto de libertad y de justicia. Séneca buscaba sobre los dioses del paganismo, sobre los seres individuales y fraccionados de la naturaleza, sobre los cielos y las estrellas un Dios de justicia; Lucano, al pulsar las cuerdas de su robusta lira, no pedía inspiración al genio pagano, que había iluminado la frente de todos los poetas desde Homero hasta Horacio, sino a un genio inmortal oculto en la conciencia humana; Tácito levantaba sus ojos el cielo pagano, y lo veía como de bronce a las oraciones y o los clamores de los hombres, vacío de toda divinidad, lleno de sombras; Roma no veía en el Panteón, en aquel templo de todos los dioses, una religión, una teogonía, sino trofeos amontonados de sus victorias, señales de su soberanía sobre toda la tierra. Y Roma no conocía que su trabajo de unidad, de armonía, no era para sí, no, era para otra idea más alta, para la idea cristiana.

Hemos visto como Roma había realizado la unidad de la especie humana; atando a su carro los grandes guerreros del mundo antiguo, los españoles, los feroces y altivos galos, los dacios y los ilirios, todos los grandes pueblos, que se extendían por los Alpes y los Pirineos; hemos contemplado a la



ciudad eterna, recibiendo en su alma la inspiración divina de Grecia, transformando en su pensamiento la filosofía clásica, pulsando la lira de los antiguos poetas, recogiendo las hojas de laurel que caían de la corona de los dioses y las musas; la hemos visto interpretar los oráculos del Egipto, recoger las ideas de Alejandría, aspirar los aromas de Cyrene, ceñirse la frente de flores en el Asia Helénica; y a pesar de tanta gloria, de tanto poder, de esta soberanía inquebrantable y cuasi divina la hemos contemplado triste, zozobrosa, velando siempre a las orillas del Rin, del Danubio, del Éufrates, temiendo las nubes que allí se condensaban, cortando el paso a los Germanos, a los Getas, a los Parthos; pero con el triste presentimiento de que su imperio se deshacía, a pesar de su fortaleza, para abrir paso a una nueva humanidad, u otra gran civilización.—He dicho.



EL CRISTIANISMO EN EL SIGLO PRIMERO. LECCIÓN CUARTA.

SEÑORES:

Hemos estudiado en el siglo primero el estado de Roma, y el estado del mundo. Pero el mundo pagano en sí no constituye, no puede constituir toda la civilización de esta edad. El mundo pagano sentía en sí como un desfallecimiento que le obligaba a pedir un nuevo principio de vida, un nuevo elemento de progreso. Las sociedades expresan por signos infalibles como los individuos el instante en que el frío de la muerte se extiende sobre su cuerpo, y la sombra de la duda por su alma. Y aquella paz del mundo pagano, en tiempo de Augusto, que todos han considerado como una señal de vida, era en realidad una señal de muerte. Cuando la gran lucha entre los elementos orientales y griegos concluyó, cuando enmudeció la tribuna, cuando la filosofía buscaba instintivamente un nuevo dios en el cielo una nueva idea en la conciencia humana, cuando los templos estaban desiertos y los oráculos mudos, solo una idea nueva, una idea pura, una idea descendida del cielo como un rayo del sol, podía levantar a la humanidad de su abatimiento, y abrir nuevos espacios a su incesante progreso. La idea religiosa, solo podía venir de Oriente. La patria de la religión es Asia, como la patria de la filosofía es Grecia. Y Asia en uno de sus santuarios guardaba la única idea que podía servir como de raíz al cristianismo, la idea de la unidad de Dios, idea, cuyo sacerdote era el pueblo hebreo.

Este pueblo tenía sobre todos los pueblos de la historia una constancia que era su incontrastable fuerza; una fe purísima en la unidad de aquel Dios, que bajo su aspecto moral era justo y pródigo, y bajo su aspecto metafísico el ser por excelencia; Dios, que ninguna imagen podía representar, que ninguna palabra humana podía contener; Dios, que había formado en el alto Sinaí un pacto con su pueblo, que el pueblo no podía romper sin ser castigado por la divina cólera; pero sobre esta constancia, sobre esta fe, sobre este pacto solemne, el pueblo hebreo tenía una virtud, que le había de hacer superior a todos los pueblos, dueño de la conciencia religiosa de la humanidad, depositario de las promesas del Eterno, padre temporal del Verbo; y esta virtud era su esperanza en la renovación de su vida, en el progreso de su raza, en el triunfo del justo, en el descendimiento a la tierra del que había de ser su amparo y su salvación, pues mientras los demás pueblos de la historia volvían sus ojos a lo pasado, y suspiraban por la edad de oro que habían dejado a sus espaldas, el pueblo hebreo lleno



de esperanza se espaciaba en el seno de lo porvenir, y se unía más y más a su Dios, convencido de que había de exaltarle y protegerle con el cumplimiento de sus consoladoras promesas.

Un día el pueblo puso en olvido esta fe y esta esperanza. Su corazón se abrió a la idolatría. Cambió la miel depositada en su alma por el veneno corrosivo de una idea extraña a su civilización. La idea de Dios solo centelleaba en algunas almas grandes, en algunos corazones enteros y rectos. Entonces apareció por las montañas un soldado feroz, y cayó con su espada más poderosa que el rayo sobre Jerusalén. El santuario se conmovió en sus cimientos, el pueblo alzó los brazos al cielo, clamando por su Dios. Pero ya era tarde. Las piedras del santuario rodaron por las plazas y las calles, la peste y el hambre vinieron sobre la ciudad santa, y el terror fue tal, que hasta los pechos de las madres se secaron y no pudieron lactar a sus hijuelos, como si Dios hubiera querido exterminar a Israel. El poderoso conquistador, azote de Dios, arrancó a los hijos de Jerusalén a su templo y a sus hogares; descalzó sus pies para que sintieran las espinas de la tierra, ató sus manos a las espaldas, y los arrastró por el desierto a las profanas orillas de extranjero río. El dolor fue como una gran revelación para el pueblo. En el abrasado desierto se acordó de que solo su fe podía refrigerar su alma; en la soledad comprendió que solo sus cánticos religiosos podían acompañar sus suspiros y sus gemidos. En vano sus amos les señalaban sus ídolos y los templos deslumbradores de Babilonia; el pueblo llevaba a Dios en otro templo más grande y más hermoso, en su alma. En aquella tristeza, en aquella desesperación, en el fondo de aquellos calabozos más oscuros que la negra noche de la muerte, allí, donde solo se oía a lo lejos el sordo rumor de las ondas del Éufrates, o el gemido del viento entre los sauces, allí penetró el rayo del cielo, la inspiración profética. Los profetas sienten que aún es posible restaurar el templo, que aún es dable volver a orar sobre la montaña de Sion. Las tinieblas que rodean sus cuerpos, no caen sobre sus almas; antes reconcentran la luz en el seno de la conciencia. Sus manos comprimidas por las cadenas se levantan hacia Jerusalén, sus ojos cegados por una eterna oscuridad ven la luz que baja de las montañas, sus oídos heridos por los lamentos aún sienten las ondas del Jordán y el arroyo de Cedrón, sus almas atribuladas aun respiran en el seno de una esperanza. Pero no es una esperanza vaga y mística, no, es la esperanza de restaurar el templo, de afirmar la legislación, de sacar al pueblo del cautiverio, de esclarecer en su alma la noción divina, de tornar a los tiempos de Moisés, de hacerle concebir más claramente la venida del justo, del prometido a las naciones.



Por fin, la esperanza se cumple. La tribu de Judá vuelve a sentarse sobre las montañas del Sion. Todos los que no adoran al verdadero y único Dios, son separados de su contacto. El culto se concentra en Jerusalén. Allí han de ir todos los hijos de Dios a ofrecer en sus aras el becerro y todas las víctimas. La tribu de Judá fue el sacerdote de Dios. Es verdad que Efraín se apartaba del verdadero culto; pero en cambio los Samaritanos se acercaban al templo. El pueblo había adquirido en el cautiverio una fe más pura, había dejado en sus calabozos aquella movable sensibilidad del niño, que le llevaba a dejarse alagar y seducir por el falso cántico de la idolatría, y había fortificado lo que era su salvación, lo que era el secreto de su vida y la esencia de su alma; su dulce y consoladora esperanza. La educación religiosa se extendió más por el pueblo. Los antiguos profetas eran leídos en la plaza pública y mantenían viva la llama de la fe. La historia formaba parte de la educación nacional. El pueblo curaba las heridas abiertas por la reciente servidumbre con el bálsamo de los recuerdos de lo que padecieron sus padres en Egipto. Su corazón se llenaba de esperanza, oyendo las victorias de Moisés y de Josué. Así conquistaban el suelo patrio por las armas del espíritu; así levantaban una patria ideal, a donde volvían los ojos arrasaban de lágrimas sus hijos, aunque estuviesen dispersos. Su sinagoga se alzaba como un templo, como una escuela a los ojos de todos los hebreos. De esta suerte conservaban la pureza del culto, que debía ser la semilla del cristianismo.

El destino de Israel era conservar su fe pura hasta el día en que de esa fe brotara la idea religiosa de la nueva humanidad. Para separar el pueblo de todo contacto con los pueblos extranjeros, nacieron los fariseos. Esta secta, a pesar de que su doctrina era la tradición, de que sus interpretaciones se atenían a la letra de la ley más bien que a su espíritu, de que su ciencia se perdía en un casuismo muchas veces ridículo, conservaba la religión hebrea libre de todo influjo pagano, el pueblo salvo de todo contacto extranjero, la ciencia incólume y lejos de toda escuela filosófica, el amor patrio encendido en todos los corazones, la Sinagoga levantada sobre todas las tempestades; y así cuando los pueblos conquistadores pasaban a su lado en rápida carrera como las ondas de arena arrastradas por el Simoun, los fariseos, sostenían a Jerusalén que se elevaba serena como la palmera en el desierto, como el cedro en el monte; y cuando los seléucidas arrasaron los templos, y prohibieron el culto, y pisotearon las piedras del santuario, los fariseos engendraron una raza de héroes, que sobre la colina de Sion diera el grito de libertad al pueblo escogido; y cuando los romanos avanzaron al Asia y extendieron las alas de su águila sobre el templo de Salomón, los fariseos lucharon desesperadamente, y si cayeron aplastados bajo la maja incontrastable de Roma, mostraron haber sido a su idea y a su



destino fieles hasta la muerte. Solo cuando Jesucristo apareció en Jerusalén, los fariseos se engañaron, y apegados a su doctrina desconocieron al Hijo del hombre. Entonces como su idea era un obstáculo al plan divino de la historia, un mentís a la lógica de los hechos, los fariseos decayeron, y se mostraron corrompidos y viciosos. Volvemos a repetirlo, en el continuo oleaje de los hechos, en la inmensa serie de las ideas, así se pierden, así se acaban todas las instituciones, todas las escuelas, que no sirven al progreso.

Frente a frente del Fariseo se levantaba el Saduceo. Así como los fariseos conservaban la antigua disciplina de Israel, su religión, su Dios, la pureza de sus dogmas; los saduceos extendían el espíritu de Israel por todas las razas, transigían con los pueblos enemigos, se postraban ante la tiranía de los hechos, mezclaban las tradiciones de aquella su nación única en la historia con las tradiciones de todos los pueblos de la tierra. Ellos creían que el instinto de conservación de la raza farisaica era dañino a los dogmas, porque los petrificaban; y creían también que la esperanza de una resurrección era ilusoria y quimérica. Bossuet nos refiere que no creían los saduceos en la inmortalidad del alma, que no esperaban otra vida mejor allende al sepulcro, ni siquiera aquella vida de tinieblas reservada a los judíos hasta el día en que el Salvador viniera a encadenar a la muerte. Así los saduceos, plegándose a los hechos, dejándose llevar por su empuje y movimiento como la hoja caída en la corriente, fueron aliados de los persas, cortesanos de los seléucidas, esclavos de los romanos. Cuando el culto de la luz se levantaba sobre el altar del Dios único, en aquella luz adoraban la ciencia de Yhowath; cuando el canto de las divinidades paganas resonaban en el Jordán, en Jericó, en las calles mismas de Jerusalén, confundían su Dios-espíritu con el Dios-naturaleza, adorado por los griegos; cuando los Macabeos hacían brillar sus espadas contra los enemigos de su Dios, ellos iban a besar humildemente los pies de sus enemigos que habían hollado las leyes de sus padres; cuando Herodes se alzaba a destruir la antigua república teocrática y sagrada, eran cómplices de Herodes; cuando el carro triunfal de Doma crujía sobre las piedras de Palestina, iban a presentar sus manos a las cadenas romanas, prefiriendo siempre esa muerte deshonrosa que trae consigo la esclavitud, a esa vida gloriosísima, que se esconde en el seno de una heroica y buena muerte. Digan lo que quieran aquellos que tratan de medir la historia excepcional del pueblo hebreo por las ideas aplicables a todos los pueblos; los que trataron de guardar aislada la luz, esos acertaron, y los que trataron de sacarla del santuario, esos erraron a los ojos de la filosofía y de la historia. La luz se hubiera perdido en los altares de Astarte, se hubiera convertido en un rayo de la corona de Júpiter, se hubiera apagado al violento



empuje de los huracanes romanos, se hubiera confundido en el caos de las escuelas de Alejandría, o en el Panteón universal, donde expiraban todos los antiguos dioses, sino la hubiera guardado contra todos los huracanes, contra todas las guerras, el instinto sublime de conservación, que Dios puso en su pueblo elegido, en el pueblo hebreo. A los saduceos pertenecía Caifás, que miraba de hito en hito los ojos del gobernador romano para conocer su voluntad y seguirla; de los saduceos era Josefo, aunque se llamara fariseo, Josefo, que prefirió contar a las generaciones las desgracias de su patria a morir entre sus ruinas. El saduceo desmentía el destino de su raza.

Era necesario, sin embargo, que la humanidad conociese el camino, por donde habían los hombres de buscar al verdadero Dios; o por donde el verdadero Dios había de buscar a los hombres. Este destino de abrir el mundo oriental, templo cerrado, al mundo occidental, fue admirablemente cumplido por Alejandro. Su espada llamó a las puertas de Oriente, y las puertas de Oriente se abrieron de par en par para recibir el genio victorioso de la humanidad. La entrada de Alejandro en el Oriente es como una transformación del genio de la historia. Aquel templo misterioso había dado de sí muchos dioses, muchas teogonías; pero los dioses habían visto esclavos, nunca hombres; habían oído las plegarias de sus sacerdotes, nunca el grito audaz del pensamiento humano. Era necesario que la mitad de la historia no se perdiera, que la idea trabajosamente engendrada en el Asia no se evaporara como las emanaciones de sus lagos, cómodas esencias de sus flores. El hombre, sí, el hombre debía ir allí a celebrar su reconciliación con la naturaleza, a recibir en su alma el beso amorosísimo de Dios. ¿Para qué crecían aquellos gigantescos árboles y se criaban aquellos sabrosos frutos, y abrían sus cálices aquellas hermosísimas flores, y arrastraban sus caudales aquellos inmensos ríos, y flotaban en aquella atmósfera tantos seres, el aroma de tantos bosques, el fuego de tantos sacrificios, el alma de tantos dioses, si todo aquel mundo era como un mundo aéreo, fantástico, mientras no entrara en su seno, el hombre, el verdadero hombre, sí, el hombre de Grecia a interpretar todos aquellos pensamientos, a comentar aquella muda historia, a recoger el espíritu de aquella civilización? Alejandro entró, y Alejandro despertó la vida, el alma inmortal en el seno de aquel mundo, porque llevaba en sus labios la idea humana, que era la idea de Grecia, como el Oriente guardaba en sus templos la idea divina, alma de toda su civilización. La idea divina, y la idea humana se buscaban instintivamente en el mundo cuando Dios preparaba las vías para la venida de su eterno Hijo desde el cielo. Así que Alejandro abrió el camino a las razas, los griegos comenzaron a internarse en Oriente. Allí, el templo de Jerusalén les sorprendió, como si presintieran que de aquel templo había de salir la idea, heredera



de toda la historia futura. Y al mismo tiempo los judíos sentían deseo de ver el mundo griego, de esparcirse en otros horizontes; y apoyados en su báculo, ceñidos los riñones en señal de pureza, llevando consigo el libro de sus padres, el testamento de su Dios, iban de región en región, hasta que llegaban a las rientes campiñas de Grecia, a las islas más hermosas del mar de la Jonia y del mar Egeo; y en aquella tierra, donde había brotado natural, espontáneamente el paganismo, en la cuna de todas las divinidades griegas, allí donde habían sonreído Venus en el mar, Cibeles en la tierra, Juno en los aires; en medio del universal antropomorfismo, que ponía un Dios, un genio en cada gota de agua, en cada hoja del árbol, en cada matiz del cielo, en cada destello de la luz, allí los hijos de Jerusalén, los semitas severos, menospreciadores de la naturaleza, levantaban el Dios único, ante el cual la tierra es como una sombra vaga; y con esta idea tan contraria a todas las religiones indo-europeas, preparaban el mundo y la conciencia a sufrir la transformación más grande y más maravillosa que ha presenciado la historia.

Dentro del mismo pueblo hebreo sentíanse las señales de un cambio religioso, de un nuevo rumbo en la dirección de la vida. Los espíritus estaban sedientos de paz y anhelaban por un Dios de amor. El Dios de los hebreos era un Dios de las venganzas, el Dios del castigo; su voz era más pavorosa que el estampido del trueno en las concavidades del cielo y que el rugir del león en la soledad del desierto; su mirada encendía el universo como el relámpago, su diestra estaba siempre apercebida para descargar el rayo; su nombre quemaba el labio del mortal, y su aparición confundía en el polvo y en la nada la tierra y todos los mundos; porque aquel Dios solo tenía presente la primer culpa del hombre, que había degradado en el Paraíso la divina imagen impresa por el beso creador en su espléndida alma; porque aquel Dios, no se había reconciliado con la humanidad, que le abandonara, cuando acaba de recibir de sus manos la soberanía del universo; porque aquel Dios era como un implacable juez, y el hombre como un reo que temblaba siempre bajo el peso de su culpa y de sus remordimientos. El hombre necesitaba un Dios que fuese Dios de amor; necesitaba un Dios que secase sus lágrimas con un nuevo beso creador, que recogiese sus amargos suspiros, dulce como las brisas, que le acariciase como la tierna madre acaricia a sus hijos, que se compadeciese de sus dolores y lavara sus culpas; porque después de tantos siglos de penitencia y de cilicios, después de aquella larga peregrinación por la tierra en que había llovido de sus venas torrentes de sangre, después de su martirio incesante, infinito, hora ciertamente era ya de que Dios mandase su único hijo, y convirtiera la ley antigua del castigo y de la venganza en la nueva ley del perdón y del amor. En Israel sentíase la suprema



necesidad de esta nueva revelación, de esta nueva ley de amor y de esperanza. Del seno del pueblo tan unido y disciplinado se habían desgajado sectas, individuos que formaban como una familia aparte. Estas sectas indicaban el nacimiento de un carácter particular, desconocido, del individualismo. El Dios bíblico, el Dios verdadero no se había revelado a la humanidad, se había revelado al pueblo. No escogía para su tabernáculo el individuo, escogía toda la raza de Israel. No era el Dios del hombre, era el Dios de la nación. A la nación hablaba, a la nación dirigía sus promesas, a la nación sus esperanzas. Así todos los hijos de Judá formaban como una sola familia, como un solo individuo. Pero los muchos dolores, las grandes penas que agitaban a Israel, hicieron nacer en el corazón de algunos de sus hijos el sentimiento del individualismo. Pero este sentimiento saludable, exagerado en su origen dio de sí sectas, que se maceraban en la soledad para atraer la misericordia de Dios, y su infinito amor. En aquel pueblo de Judá tan unido, tan disciplinado, tan uniforme, se levantaba una secta, cuyos discípulos habían abandonado unos las armas, otros la ciencia, otros el sacerdocio mismo, y apartados del sentido social y religioso de los hebreos, perdidos en la soledad de los desiertos, dados al culto del dolor, humildes, pobres, pero libres, santifican la miseria, odian y condenan la guerra, destruyen el egoísmo de razas, reciben adeptos entre los hombres más virtuosos y más pobres, exaltan la caridad y el amor al prójimo, se condenan al celibato como si no quisieran engendrar hijos hasta que tuvieran la seguridad de que habían de ser más felices que sus padres, y si bien admiten errores de los seléucidas y de los saduceos, preparan el corazón a la verdad con sus dulces y consoladoras esperanzas.

No eran solamente estas sectas las que esperaban en el Mesías. Esperaba todo el pueblo del señor con anhelo sin fin. El Mesías era su salud, el Mesías su salvación. Los místicos creían ver venir de nuevo a Elías en su carro de fuego o traer sobre la tierra la paz y la salud del Señor. Los patriotas aguardaban un restaurador político, que recogiese del polvo la corona de David hollada por los griegos y los romanos. Los históricos creían que la casa de Jacob aun había de dar más reyes a la tierra, más glorias al mundo con la venida del restaurador de su nombre. Los guerreros se gozaban en pensar que Dios había de venir sobre la tierra en la persona de su hijo, sentado en nubes ardientes, con el rayo en la mano, y una corona de fuego en la cabeza, precedido del trueno y del relámpago, acompañado de legiones de ángeles exterminadores que blandieran espadas sangrientas, llevando tras de sí la peste, el hambre, la guerra, para aniquilar a los enemigos de su pueblo, a los que habían profanado el templo, a los que habían salpicado de sangre el altar, y después de haberlos aniquilado, levantar sobre sus



huestes y sobre los restos de sus tronos al escogido de Dios, al pueblo de Israel, único depositario de su amor, único objeto de sus promesas. Los que encerraban un sentido religioso más puro, los judíos espirituales, como los ha llamado la ciencia eclesiástica, creían ver venir un hombre, en quien se uniría un carácter divino, a restaurar moralmente a Israel, castigando a los malvados, enalteciendo a los justos, dispensando una nueva enseñanza, resarcido de sus largos dolores al pueblo, resucitando el sentido puro y abandonado de la ley, erigiendo una nueva mística Jerusalén, para llevar a sus hijos a otra vida mejor, para darles la posesión entera de Dios, para conducirles a un eternal descanso, para refrigerar sus labios con el rocío de una nueva vida infinita. Lo cierto es que la esperanza en un Mesías, en un enviado del cielo, en un hijo de Dios era una esperanza universalmente extendida en Israel, cuando apareció el hijo del hombre, una esperanza celeste, que se reflejaba en todas las conciencias, que latía en todos los corazones, que se respiraba en el aire, que trascendía hasta el pagano Occidente.

La esperanza mesiánica tiene una gran personificación al aparecer Jesucristo en la historia. Esta personificación extraordinaria es San Juan Bautista. Apartado del mundo, recluso en el seno del desierto, vestido con pieles de animales, sin más vivienda que la concedida por la providencia a las aves y a las fieras, macerado, acariciando siempre la esperanza en el redentor que había de venir a levantar a Israel, San Juan es el que va separando los abrojos del camino, el que llama la atención de los pueblos hacia la buena nueva, el que anuncia con sus palabras y con sus virtudes el reino de Dios, el que conmueve el pueblo caído en profundo abatimiento moral y religioso, el que predica la fe a los tibios, la enmienda a los descarriados, el que anuncia a los fariseos la para ellos terrible verdad de que el pueblo de Abraham será herido por Dios, si desprecia a su enviado, porque Dios sacará un nuevo pueblo hasta de las piedras del desierto, en una palabra, el que rasga la nube teñida de indecisos matices, en que los profetas habían envuelto al justo, y desde las orillas del Jordán, en toda su claridad lo predice a las naciones. San Juan es el último de los Profetas. De él dijo Jesucristo: Amen dico vobis, non surrexit inter natos mulierum major Joanni Baptista : qui autem minus est in regno cælorum major est illo.

El que había de venir, el esperado por todos los Profetas desde Elías hasta San Juan, llama con regalado acento a las puertas de la vida. Una hermosa mujer lo da a luz en el seno de miserable establo, cuando podía haber tenido por cuna el sol y por cendales la primera luz que brotó sobre el Universo. Es imposible, señores, absolutamente imposible mirar esta gran figura de Jesucristo, sin



sentir la conciencia como abismada en un mar profundísimo de grandes e indecibles sentimientos religiosos. Si el pensamiento de todos los reformadores venidos a la tierra ha sido en su primera aparición superior a la inteligencia humana ¿qué diremos de este reformador divino, que trae no una nueva doctrina, sino una nueva vida? Hijo del pueblo, criado como el esclavo en el trabajo, desconocido de los que había de salvar, perseguido por los tiranos de su patria, insultado por los sacerdotes de su Dios, sin una piedra donde reclinar la cabeza en esta tierra, hechura de sus manos, sin un amigo que lea en su frente el pensamiento divino en ella grabado, comienza la predicación de su doctrina, de aquella doctrina santísima, que es una nueva alma para el hombre, un eterno ideal para la civilización, y atrae a sí las muchedumbres maravilladas, y derrama una esperanza infinita en el ánimo del esclavo, del enfermo, del desvalido, del pobre, de todos los que lloran, de todos los que padecen la injusticia en la tierra; y cuando llega la hora de dar un eterno ejemplo a todos los desheredados abre sus brazos, y los extiende en la cruz como para estrechar en su divino seno a la humanidad, y darle la verdadera vida, la vida del alma con su postrer suspiro, con su último aliento. Ved, señores, lo que había venido a ser el Mesías esperado por los judíos materialistas y carnales. Su palabra más pavorosa que el trueno se convierte en dulce palabra de amor, su guerra a los enemigos de Judá en lágrimas y oraciones, su rayo vengador en olvido y perdón de las humanas culpas, sus ángeles exterminadores en pobres apóstoles sedientos de paz y de justicia, su nube de tempestad en una cruz, su diadema de fuego en una corona de espinas, su odio a todas las razas enemigas de Israel en una efusión, en un abrazo eterno a toda la humanidad, su sed de sangre y de exterminio y de venganza en dar su propia sangre su propia vida por la salud del humano linaje; porque el Dios de las venganzas se ha aplacado, desde el instante en que cayó su eterna palabra de amor sobre el tempestuoso y emponzoñado mar de nuestra vida»

Señores: Detengámonos a contemplar de nuevo la figura de Jesucristo. Esto podría parecer un retroceso en mis lecciones, y no lo es, señores. En el año anterior arrojé mis ideas generales sobre la época, objeto de mis estudios. En este año debo confirmar esas mismas ideas, debo demostrar que son leyes reales, objetivas, inquebrantables de la historia. Y como la figura que se levanta sobre toda la civilización; la figura a cuyos pies se desploma el Templo y el Capitolio; la figura que se ve radiante de gloria sobre todas las ruinas; la figura que contiene y troncha las ensangrentadas armas de los bárbaros, es la figura divina de Jesucristo y nosotros debemos detenernos a contemplarla; porque hemos venido a la vida bajo su manto, y esperamos dormir el sueño de la muerte en su regazo.



Jesucristo explica a sus discípulos y al mundo que su ley no ha venido a destruir la antigua ley, sino a esclarecerla y completarla con otra más santa doctrina. Así el Salvador plantea su doctrina, separándola de todas las doctrinas de su tiempo. Contra el sentido materialista de los saduceos, predica la inmortalidad del alma ciertamente más duradera que el cielo y el sol y las estrellas. Contra los fariseos atentos a la letra de la ley, verdaderas momias que petrifican la doctrina antigua, robándole su esencia divina, predica el culto del espíritu. Contra los esenios predica la necesidad de salvar al mundo, no retirándose de él, sino yendo amorosamente a buscarle en sus enfermedades y en sus errores. Pero, a pesar de esta diferencia de doctrina, une su ley de amor, su ley de esperanza con la antigua ley, regenera el mosaísmo con la savia de su doctrina. La ley antigua es la ley de los símbolos, la ley moderna es la ley de las ideas. Así, en el desierto, sobre la montaña, rodeado de sus discípulos, viendo el pueblo que se aglomera para recoger su palabra, Jesús santifica a todos los débiles, a todos los desgraciados, prometiendo a los ignorantes el cielo, a los oprimidos la libertad, a los pobres la posesión de la tierra, a los que han hambre y sed de justicia el pan de la vida para que satisfagan su hambre, el rocío del bien para que sacien su sed, a los limpios de corazón eterna felicidad, a los pacíficos eterno amor, a los perseguidos injustamente un asilo en sus brazos; y así explica, y esclarece y amplía la antigua ley, diciendo que sobre el rito primitivo está la conciencia, y sobre el sacrificio de sangre el sacrificio del espíritu; que Jerusalén delante del Señor es igual a todas las ciudades, tanto como la última aldea, como Garizim; que no se falla solo en cometer el delito, sino que se falla con pensar el delito, pues la raíz de toda acción está en el espíritu; que es condenable como el juramento falso el juramento inútil; que delante de Dios y su justicia, no hay categorías, ni reyes, ni sacerdotes, ni pontífices, ni guerreros, ni castas, ni privilegios, sino hombres; que es necesario no ejercer la horrible pena del talión, ni vengar los agravios, ni perseguir a nuestros enemigos, sino amar a los que nos aborrecen, hacer bien a los que nos odian, orar por los que nos persiguen y nos calumnian, para ser así perfectos como es perfecto nuestro Padre que está en los cielos.

Jesucristo viene a fundar el reino de Dios en la tierra, para abrir al hombre otro reino aún más elevado en el cielo. El reino de Dios es el reino del espíritu, que flota sobre todas las tempestades del mundo, que se levanta como un ideal sobre todos los hechos de la historia. En eso reino entrará la mujer tenida por esclava, por indigna de compartir el espíritu con el hombre; y será una fuente perenne de amor y de virtud. En ese reino entrarán los débiles ancianos, que muchos pueblos estrellaban, por



creerlos inútiles, en las piedras de sus muros. En ese reino entrará el esclavo, que no era hombre, el esclavo, que había encontrado un padre en el Señor. En ese reino entrará el niño, porque en el niño se renueva diariamente la primitiva naturaleza del mundo, la primera inocencia del hombre. Ese reino será universal, y se extenderá por todas las zonas de la tierra; y acogerá a todas las razas humanas como el cielo que cubre todas las frentes, como el rayo de sol que así corona la cima de las montañas como se extiende por la profundidad de los valles. El hebreo, el pueblo escogido, como tiene el corazón cerrado a la esperanza verdadera y abierto a falsas esperanzas; como se empeña en quedarse en su templo de piedra cuando Dios ha levantado otro templo más grande en el espíritu; como prefiere su reino de un día limitado por las montañas y los desiertos a ese otro reino de todos los tiempos que se pierde en las riberas de la eternidad; como se cree en su orgullo único sacerdote cuando el Verbo ha llamado al sacerdocio todas las gentes: será excluido de ese reino, como el mal vendimiador fue arrancado de la viña por haber herido al hijo de su señor; y será pospuesto al publicano y a la prostituta, si no derrama lágrimas, y arrepentido y contrito prefiere a la circuncisión del cuerpo la circuncisión del espíritu, sino levanta sus brazos a Dios, y le bendice por haber mandado a su hijo, no sobre las nubes y los relámpagos y el rayo, sino sobre el ignominioso madero de la Cruz.

Jesús llama a su reino a todos los hombres. más para entrar en su reino les exige renovación del alma, limpieza del corazón. Es imposible, absolutamente imposible ser dignos del reino divino, sino enderezamos en toda nuestra vida el corazón al bien, y la inteligencia a la verdad. La decadencia del mundo moral solo podía curarse con el nacimiento de un ideal nuevo de virtud, pero tan claro como el sol en Oriente. Este ideal hermosísimo, deslumbrador, era la doctrina de Cristo, la ley del Evangelio que renovaba el mundo moral. Así para prepararse a esta verdad, el hombre antiguo, el hombre del error necesitaba un bautismo poderoso, que lavara las abominaciones de la tiranía, oscuras manchas de su alma. Este bautismo era como el baño en que perfumaba su alma para recibir dignamente al que venía a dar fin a la muerte, y principio a la eterna verdadera vida. más para llegar hasta comprender la verdad cristiana, era necesario separar los Ojos del mundo, apercibirse a un continuo cruento sacrificio, aislarse de toda vida que no fuera la vida del espíritu, romper todos los lazos que podían atar al hombre a la tierra, pedir la verdad divina en la seguridad de que todo lo demás sería concedido por añadidura; y sustituyendo a la ley antigua inflexible el sentimiento interior del bien, la norma de moral ingénita a la conciencia, el amor a la justicia en sí, ennoblecer y purificar las acciones por la elevación y la pureza de los motivos, para que no se mezclara de ninguna suerte a nuestra alma, ni



una mancha, ni un átomo del tosco miserable barro de la tierra, que pesando sobre sus alas le quitarían el impulso para llegar al cielo. más Jesucristo exigía la fe, la confianza en Dios. El mundo había confiado en la espada de muchos conquistadores, en la fuerza de muchos ejércitos; ya era hora de que confiase en Dios, en una fuerza espiritual, capaz de remover las montañas. Esta fe es la virtud por la cual se ha de propagar el Cristianismo. Mas la fe se dirige muy principalmente a los desvalidos, a los enfermos, a los desgraciados, a los ignorantes, a todos los que necesitan una restauración material o moral. La restauración del mundo por la fe va a cumplirse. Abriránse las puertas de los circos, entrarán en ellos los seres débiles, y recibirán la muerte con la sonrisa en los labios, y los ojos perdidos en el cielo. Se abrirán las entrañas de la tierra, y entrará el hombre en el seno de las catacumbas, y en aquellos sepulcros encontrará la vida, y en aquella oscuridad una luz más viva que todos los resplandores del día. Jesucristo era el ideal de la verdad realizada. El hombre difícilmente ama la verdad abstracta. Puede comprenderla, puede seguirla, puede enaltecerla; pero amarla con este amor vivo, profundo, con que el hombre ama a sus semejantes, no podrá nunca. Por eso en los altos destinos de la providencia y de la historia, era necesario que «la verdad descendiera a la tierra vestida con nuestra carne, animada con nuestra sangre, revelada en nuestra misma palabra, expuesta a nuestros dolores, a nuestras mismas tribulaciones, vertiendo lágrimas, y llegando hasta la muerte; para que así la verdad hablara a todo el hombre, a nuestra carne, a nuestra sangre, a nuestra palabra, a nuestros dolores, a nuestras tribulaciones, a nuestras lágrimas, a nuestra muerte como hablaba al corazón y a la inteligencia. Y por eso Dios se hizo hombre, y habitó entre nosotros, y tuvo frío en el establo, y hambre en el desierto, y tentaciones en la soledad, y escarnios en su predicación, y enemigos en su camino, y discípulos que lo vendieran y lo negaran, y miedo en el instante de apurar su cáliz, y desesperación cuando preguntaba al cielo porqué le había abandonado, y amargura cuando apuró la hiel y vinagre, y paciencia cuando el pueblo movía con mofa la cabeza diciéndole que bajara de la cruz, y dolor y angustia sobre todos los dolores y todas las angustias del mundo, cuando su cuerpo desfallecido por la última herida de la muerte se desplomaba bajo sus desgarradores clavos, y su alma se exhalaba de sus cárdenos labios con el último aliento de la vida; y solo así pudo decirnos que le siguiéramos hasta el sacrificio como él nos había seguido hasta la muerte.

Inmediatamente después de la fundación de la Iglesia debían formularse las promesas de la nueva religión a los mortales. El porvenir debía centellear a los ojos de esta religión con luz desconocida y siempre nuevo. El primer paso del cristianismo debía levantar en el mundo una guerra sin tregua,



pero una guerra en que no sabrían matar, sino morir sus discípulos. Las instituciones privilegiadas, los dioses materialistas, los falsos oráculos, las religiones fantásticas y magas, las aristocracias teocráticas debían levantarse, interponerse en su camino, cerrarle todas las vías con fuego y sangre; porque el espiritualismo cristiano había de destruir y aniquilar la antigua organización religiosa, que llevaba en su seno la desigualdad natural, y como consecuencia precisa la esclavitud de los hombres. La guerra, como decía Jesús, la guerra inmediata es la consecuencia de la predicación de la doctrina; pero guerra en que unos derramarán sangre humana y otras palabras de amor y de consuelo hasta sobre sus mismos verdugos. De esta guerra saldrá la paz. Jesús reconoce que es necesario luchar para que llegue algún día la hora del descanso. En su doctrina tiene fe, y aun tiene fe mayor, si cabe, en el triunfo de su doctrina. El grano arrojado en el campo brotará con fuerza. El rayo del sol le dará vida, la tierra jugos, las aguas alimento y hasta el huracán y la tempestad, y el soplo abrasador lo sazonarán para el día feliz de la cosecha. Un poco de levadura arrojado en la harina hará la sabrosa masa del pan de la vida, que ha de hartar las generaciones hambrientas de justicia. Sí, Jesús promete que una lágrima suya caída en nuestra vida, una palabra suya depositada en el seno inmortal de nuestra conciencia, una gota de sangre suya infundida en nuestras venas, un suspiro suyo derramado en nuestro corazón, un beso de su eterno amor suspendido en nuestros labios, un reflejo de su conciencia caído como un resplandor del cielo sobre nuestra alma bastarán para matar la injusticia, para encadenar el privilegio, para unir en paz y amor a todos los hombres, para fundarla libertad natural, para restaurar la noción del bien borrada de nuestra mente; y esta misma confianza tenemos nosotros, hijos del siglo XIX, en que el evangelio así como ha sido una idea religiosa para los siglos pasados, ha de ser para los siglos futuros, además de una idea religiosa, que es su principal carácter, una gran idea social, que haga imposible para siempre la servidumbre entre los hombres, dilatando la verdad hasta los últimos límites y las últimas razas de la tierra. Pero no es solamente la promesa del reino de Dios en la tierra, lo que nos guarda Jesucristo. Su mirada se levanta más allá, y se pierde en el cielo, de quien es enviado. Y con los ojos puestos en el cielo enseña que pasarán todas las cosas como sombras vanas, se apagarán los astros como pavesas arrastradas por el viento, y vivirá este gusanillo de la tierra, que se llama hombre. La inmortalidad del alma tan clara, tan manifiesta en las páginas divinas del Evangelio, es la verdad, que más ha exaltado nuestra naturaleza. Mas para que el alma no caiga en eternas sombras, en fuego eterno, es necesario que su tránsito por la tierra sea tan puro como el vuelo de la paloma por el cielo, porque el camino de la vida es áspero, los obstáculos muchos,



nuestras fuerzas pocas, los dolores incesantes, el cáliz de amargura siempre está rebosando sobre nuestros labios, y un día vendrá a resucitarnos la muerte para conducirnos en presencia de nuestro eterno juez, y es preciso que nos encuentre cumpliendo el deber, practicando la virtud, ocupados en el trabajo, que es la ley de nuestra existencia, con la luz de la conciencia encendida y viva, para que así nuestra alma repose eternamente en el regazo de Dios.

Pero la primer pregunta que al mundo incrédulo de aquella edad se ocurre es ¿quién será este hombre que así se levanta sobre los demás hombres? Jesucristo se ofrece desde luego como el hijo de Dios, porque solo siendo hijo de Dios podía restaurar la inocencia perdida, y encadenar el mal por un medio sobrenatural, y con una eficacia incontrastable, porque solo siendo hijo de Dios era la gracia; y al mismo tiempo, Jesucristo se ofrece como hijo del hombre, porque solo siendo hijo de hombre, sujeto a la ley de nuestra vida, podía ofrecer un modelo imitable para el hombre, un ideal asequible a nuestra flaca naturaleza, porque si como hijo de Dios era la gracia y el cielo como hijo del hombre era la libertad y la vida. Así Jesucristo debía hacer su obra permanente, y debía asociar a esa obra todos los hombres. No bastaba que hubiera aparecido un día en un rincón del espacio el Dios—Hombre, era necesario que su imagen y su doctrina se difundiese por toda la tierra y se dilatase por todos los tiempos. En el hombre hay dos fases una individual, otra social. Para hacer religiosa la manifestación individual de nuestra naturaleza Jesús establece la oración, para hacer religiosa la manifestación social Jesús establece la Iglesia. En ella se deben asociar todos los hombres, en ella se debe realizar una de las grandes categorías cristianas, la fraternidad universal. Así la Iglesia es como la misteriosa lámpara que ha de guardar la esencia resplandeciente del Cristianismo, como el ara eterna donde ha de recibir el Dios de la humanidad el eterno sacrificio espiritual, distinto de los antiguos sacrificios sangrientos. De la Iglesia antigua, de la Sinagoga, solo quedaba cuando apareció el Salvador ritos sin espíritu, ceremonias sin sentido, prácticas sin trascendencia espiritual, un cuerpo sin alma. Era necesario fundar la Iglesia universal, la Iglesia del espíritu sobre los restos de los antiguos templos. Esta divina misión fue confiada a S. Pedro como atestiguan todos los Evangelistas. Para entraren la Iglesia de Jesucristo es necesario el bautismo en cuyas limpias y transparentes aguas se bañaba el espíritu recobrando toda su prístina pureza, toda la transparencia que tenía, cuando volaba desde el seno de Dios al seno del hombre en el primer instante de la creación; y para perpetuarse en la Iglesia es necesario la comunión del hombre con su Dios, que en la última cena dejó a los mortales su sangre



y su cuerpo como les había dejado en su testamento su espíritu para que se confundieran con Jesucristo, y se identificaran con su doctrina y con su vida.

No se debe pues confundir el Cristianismo con ninguna de las sectas de su tiempo. Dentro del judaísmo donde la doctrina cristiana aparece, no tiene más precedente que el precedente religioso; los símbolos de la ley, las predicciones de los profetas. Pero el cristianismo no se parece al fariseísmo, porque este es una religión material del sentido, exclusiva, egoísta, aislada, que nada da al espíritu y todo a la letra que hace consistir el bien en las ceremonias y no en las prácticas de la virtud, que busca en el hombre la obediencia pasiva y no la libertad, que no trata de investigar la bondad del espíritu, sino la devoción exterior la oración dicha a grandes voces, el sacrificio celebrado en medio de grande y portentoso fausto; religión hipócrita, que trata de engañar a Dios como engaña a los hombres, religión que es una recrudescencia del mal, porque hace cómplice de sus vicios las ideas más venerandas y sagradas, religión que ha sido herida de muerte y condenada para siempre por el divino fundador del evangelio. El fariseísmo, pues, tal como era en tiempo de Jesús no podía constituir una religión, no podía ser un precedente de la verdad cristiana. Es verdad que había hecho un gran servicio al mundo conservando puras las ideas de Israel; es verdad que había elevado al pueblo sobre todos los pueblos de la tierra, dándole aquella constancia sin la cual nunca hubiera cumplido su destino religioso o histórico; pero también es cierto que sobradamente apegado a sus tradiciones, había vuelto la vista a sus espaldas, había petrificado su doctrina, y había hecho de todas las ideas religiosas de su siglo como altares sin dioses, como símbolos sin sentido, como cuerpos sin alma. Y si del fariseísmo no se había derivado el cristianismo, menos aún podía derivarse del sentido religioso de los saduceos. Estos querían doblegarse ante todas las gentes, mientras Jesucristo imponía a todas las gentes sus doctrinas. Estos eran como esclavos que obedecen a todos los señores, y su conciencia como el movable espejo de las aguas, que reflejan todos los objetos, mientras Jesucristo iba a concluir con toda la esclavitud del espíritu, y a derramar en todas las conciencias oscurecidas y empañadas su divina idea. Con la secta, que más relaciones, según el vulgar sentir, tiene el cristianismo, es con la secta de los esenios. Nosotros no negamos alguna semejanza en particularidades de las dos doctrinas, pero no reconocemos paridad ninguna en el fondo. El cristiano como el esenio es humilde, el cristiano como el esenio desprecia las riquezas, el cristiano como el esenio quiere un culto más espiritual que el culto antiguo, el cristiano como el esenio se aparta de la sinagoga; pero el cristiano tiene sobre el esenio la verdad de su Dios, la ley moral positiva y práctica, el sentimiento de justicia que acoge a



todos los hombres, la universalidad de su doctrina superior a tiempos y a climas, y aquel amor a la humanidad que le hará vencer y domeñar todas las fuerzas del mundo congregadas en su daño, porque el cristiano es el dueño del porvenir y el soldado de Dios. No queremos hablar de las doctrinas religiosas, que habían perdido el sentido purísimo de Israel, no queremos hablar de la Kábala, que era en el judaísmo lo que el Panteón de Roma en el paganismo, pues recibiendo todas las theurgias, congregando todos los dioses, admitiendo para interpretar sus ideas, la religión de la Persia, de los Egipcios, de los Caldeos, de los Indios mismos, habían hecho de aquella religión antes sencilla, concreta, clara, un caos, en que vagaban perdidas, aglomeradas, como en un sábadó infernal, todas las ideas religiosas del Oriente. No juzguemos por Dios, señores, este momento supremo de la historia con las ideas estrechas y vulgares de nuestras preocupaciones. Levantémonos sobre todo espíritu de secta, y tendiendo los ojos al mundo, miremos su estado, su situación extraordinaria. El espíritu humano había llegado a sus más altas ideas, a sus más sublimes concepciones, en la escuela platónica y en la escuela estoica; el derecho romano, rompiendo el recinto de la ciudad, se levantaba como una corona de luz sobre la frente de todas las razas; el paganismo sentía deslizarse bajo su corona de verbena, bajo su manto de estrellas, en la copa, donde libaba su vida, el veneno de una muerte cierta, y enviaba al Panteón todos sus dioses como si tratara de ponerlos bajo el amparo incontrastable de Roma; la antigua ciencia del Oriente iba o Alejandría a pedir auxilio a su eterna enemiga la ciencia de Occidente para contrastar la nueva religión; el mundo, como blanda cera, se dejaba modelar por las manos de Roma; las razas perdían sus instintos de aislamiento y de egoísmo y se abrazaban bajo la idea de humanidad; un presentimiento de una nueva verdad, de un nuevo Dios agitaba la conciencia de pensadores como Séneca, y la lira de poetas como Virgilio; el hombre sentía en su seno esa tristeza que se apodera de las generaciones cuando van a entrar en grandes luchas, cuando van a cumplir grandiosos destinos; y en esta situación extraordinaria del espíritu, el cielo mandó sobre la tierra su luz, su Verbo, el cristianismo, para que anegara los tiempos pasados y diera una nueva edad de justicia y de derecho a su hija predilecta, a la sublime humanidad.

¡Feliz la generación que vio a Jesucristo, que pudo distinguir sus huellas más luminosas que la estela en el mar, y oír su palabra roas regalada que la fresca brisa sobre la abrasada luz del caminante perdida en el desierto; y contemplar su figura ideal casta, hermosísima; y recoger su mirada más dulce que el primer reflejo de la primer estrella de la tarde; y ver sus maravillosísimos milagros; y contemplar su peregrinación por la tierra, su amor al pobre, su compasión por el desvalido, sus tiernos coloquios



con el hijo del pueblo despreciado por la antigua sabiduría; y recibir de sus labios, de sus mismos labios tan puros como la primer flor que abrió su cáliz sobre la creación, aquella doctrina, sencilla como un idilio, como una égloga, y profunda e inagotable como no lo fue ni será nunca la más sublime filosofía, aquella doctrina, que se levantaba sobre tantos errores, aquella doctrina, que el Salvador daba a sus discípulos sencilla, amorosamente, ajustándose a sus necesidades y a su espíritu como el ave da a sus hijuelos en el nido el dorado grano de trigo; y felices los que recogieron aquella eterna palabra, que había de ser el eterno ego de la civilización, la esencia del espíritu! Pero, señores, no nos dejemos llevar de nuestras preocupaciones, no doblemos la frente al materialismo, no creamos más felices que a nosotros a los que vieron a Jesús, a los que tocaron sus ropas, a los que oyeron su palabra; porque nosotros, que hemos oído su voz repetida por diez y nueve siglos, que hemos visto su doctrina triunfando de todos sus enemigos, que tocamos sus obras, que asistimos a su reino, que vemos la mujer convertida a su dignidad primitiva, el esclavo emancipado, la igualdad religiosa y civil garantida, la civilización dilatada, el espiritualismo cristiano reinando en la mayor parte de la tierra, somos más felices, mucho más felices que los que vieron a Dios, y no le entendieron, que los que escucharon su doctrina, y no acertaron como esa doctrina había de cambiar el rumbo de la historia; como esa doctrina, no era solo una nueva teología, una nueva ciencia, sino también una nueva vida.

Y en efecto, señores, los primeros cristianos que rodeaban al Salvador, no comprendieron toda la extensión de su doctrina, toda la universalidad de sus ideas. Encerrados en la antigua Sinagoga, no tenían valor para apartarse del pie de su altar. Creían que al pisar las puertas del templo, les había de sorprender y herir el rayo de la cólera divina, sino conservaban puro el depósito de su antigua fe, de su primitiva doctrina. Así los primeros discípulos, a pesar de haber oído aquella palabra de Cristo tan extensa como el cielo, y aquellos latidos de su corazón, en el cual cabía toda la humanidad; apegados a sus antiguas tradiciones creían que Jesús había venido a fundar un reino transitorio, a restaurar el antiguo reino de Israel. Y los primitivos cristianos, las primeras muchedumbres que se acercaron a ver a los apóstoles, interpretaban su doctrina en el sentido de que Jesús no había venido a renovar el espíritu religioso de los hebreos, sino a confirmarlo. Creían que Jesús era solo un continuador de Moisés, y su doctrina un apéndice de la Biblia, y su templo una piedra más en los fundamentos de la antigua Sinagoga. No comprendían que la ley antigua era un símbolo y la nueva ley un espíritu, que la ley antigua era un resplandor y la nueva ley un eterno día, que la antigua leyera un prólogo, y la nueva ley la fórmula última de toda la verdad religiosa. Jesucristo para ellos había venido a demostrar



la verdad de la ley antigua, a manifestar la gloria del Dios de Judá, a afirmar la vida de Israel y extender su dominio por toda la tierra. Los dos partidos principales en que se dividía Israel, muestran con su conducta respecto a los primitivos cristianos cuán fundada es nuestra observación. Los fariseos, tan enemigos de Cristo, en el instante en que oyeron a los primeros cristianos predicar transacciones con la Sinagoga, se inclinaron, no a favorecer, pero sí a tolerar su doctrina, como una nueva arma empleada contra el poder romano, como un nuevo elemento de disturbio en aquella Jerusalén sujeta a extranjero yugo, como un nuevo espíritu de revolución derramado en los aires. Los saduceos eran más enemigos de los cristianos, porque siempre inclinados a transigir con Roma, temían que Roma, al ver aquella gran agitación en los ánimos, aquellas extraordinarias luchas en las conciencias, recrudesciese su persecución y remachase sus cadenas. Así se levantaba, Señores, tímidamente el primer tallo de esta doctrina santísima sembrada por el Salvador en la conciencia humana, para convertirse bien pronto en un árbol de vida destinado a proteger y amparar bajo su benéfica sombra a toda la humanidad.

Los apóstoles continuaban la inspiración de su divino maestro. El cristianismo tenía una fuerza incontrastable, primero por su carácter divino, después por su carácter popular. Todas las señales que daba eran señales de la renovación de la vida y del espíritu. Las antiguas religiones no podían ser universales, porque ocultaban el dogma sigilosamente al pueblo, y lo reducían o la privilegiada casta sacerdotal. La antigua filosofía, que por ser más humana debía ser más popular, no daba sus dogmas al pueblo. Solamente Sócrates había conversado con las muchedumbres, y Sócrates pagó su atrevimiento con la vida. Los cínicos solían salir a la plaza a predicar una ciencia con el ejemplo, y los cínicos recogían el desprecio. Las grandes antiguas escuelas ocultaban sus dogmas al pueblo, como las religiones orientales. La verdad era patrimonio de unos pocos elegidos por sus virtudes y por su talento. Pero cuando apareció el cristianismo, cuando Jesús y sus Apóstoles comenzaron su larga, su trabajosa peregrinación por la tierra, las grandes verdades metafísicas y las grandes verdades morales, como la naturaleza de Dios, la venida de su eterno Verbo, la realidad de su providencia, la libertad humana, la vida infinita del alma, fueron sostenidas, predicadas, difundidas al aire libre, en los campos, junto a la barca del pescador, para que el espíritu y la verdad dejaran de ser patrimonio de una clase y pasaran a ser patrimonio de todo el pueblo. He aquí, porqué aun humanamente explicado el cristianismo, su doctrina descendió a todos los corazones, se llevó tras sí todas las inteligencias, cambió el aspecto del mundo, se asentó en el alto Capitolio; porque después de tanto



calumniar a las muchedumbres, solo las muchedumbres dan soldados para las grandes luchas y mártires a las grandes causas. Los Apóstoles, para no inspirar desconfianza en el ánimo del pueblo, explicaban la verdad en el estilo y en el sentido bíblico. Y el pueblo gustaba de sus predicaciones; porque mientras los intérpretes antiguos se afanaban por buscar un sentido a la ley, una interpretación superior a la doctrina, los apóstoles que habían encontrado la verdad, que habían visto la doctrina cierta y conocían la interpretación de las escrituras, y mostraban la realidad y el espíritu de sus símbolos. Y así parecía que el cántico de los antiguos profetas lomaba un carácter más solemne, y la ley un aspecto más majestuoso, y la ciencia un sentido más universal, con esta interpretación sublime que explicaba por lo presente, lo pasado, y por el Dios del Calvario, el Dios de Abraham. Así poco a poco las inteligencias habían seguido el camino abierto por la palabra del Salvador.

A pesar de esta corriente natural de los espíritus, los cristianos verdaderos conocían que su doctrina les había de separar de la Sinagoga. No era posible que los fariseos creyeran en la verdad de un Dios nacido en pobre cuna, criado entre artesanos, rendido bajo el peso del dolor, muerto en una cruz. No podían imaginarse que el Mesías hubiese venido, y en vez de verter la sangre de los romanos hubiera consentido en verter tan solo su propia sangre. El Mesías en la tierra y los romanos en el trono eran dos ideas, que se excluían en la conciencia de los fariseos. Sobre todo, el misterio del dolor, los torrentes de lágrimas vertidas, la sangre derramada en la tierra, la vida atribulada, la muerte del Salvador, todo esto que era la fuente del consuelo y de la esperanza de los cristianos; toda esta pasión que llamaba con más fuerza a los elegidos a padecer por el bien de la humanidad y por el desagravio del cielo, era para los fariseos, para los sacerdotes de la ley antigua, para el pueblo judío una prueba de que el cristianismo no pasaba de una secta humana, sujeta a todas las tribulaciones y congojas de la vida; pues nublados sus ojos por el polvo de la tierra, no podían levantarse a mirar la luz celeste, que inundaba la frente moribunda del hijo de Dios, cuyo último suspiro envolvía la vida de la humanidad. He aquí, señores, como la muerte del Salvador que unía en un sentimiento fraternal a los cristianos, separaba y desunía a los fariseos. Los cristianos reconocían que esta separación era inevitable. Y como la verdad cristiana, universal, infinita, eterna, tiene dogmas para todas las grandes crisis del espíritu humano, en esta edad, en este trance superior de la vida, los Apóstoles pintaban a los ojos de sus recelosos discípulos, y al frente de los incrédulos fariseos, para contrastar la venida del Salvador pobre y humilde en una cruz, aquella otra venida, que se consumará al fin de los siglos, en una nube más sublime que la nube del Sinaí; rodeado con todo el esplendor de la gloria, ceñidas



las sienas de la luz increada, rompiendo los sellos del libro de la vida, y juzgando a todos los hombres confundidos ante su majestad y grandeza. Pero si esta gran creencia afirmaba más y más el espíritu de los cristianos en la verdad revelada, separaba más y más del cristianismo a los fariseos, que no creían que pudiese disponer del rayo y de las nubes el que no había desencadenado la tempestad sobre los enemigos de su pueblo. El rompimiento con la Sinagoga era inminente. Los cristianos presentían que el martirio había de ser su porvenir; y rígidos y austeros, tomaban el martirio por una esperanza, y el dolor por un premio. Presentían que en cambio de aquella verdad, de aquella fe, de aquella esperanza de salud traídas por su palabra y por su ejemplo, el mundo había de prepararles martirios sin número, y que las llamas, las fieras de los bosques, las piedras de las calles, los hondos calabozos, el potro, el tormento eran todo su porvenir en esta vida de dolor y de tribulaciones, y sin embargo, con rostro sereno, con la sonrisa en los labios, se apercebían a abrazarse a su cruz, y a tomar el camino sembrado de espinas, que conducía al martirio.

Como se ve, la fe en Jesucristo había transformado al hombre. De la decadencia moral y material del mundo antiguo, el cristianismo había sacado mártires. Una doctrina, que comienza inspirando este amor a la verdad y este desamor a la vida, ha de ser necesariamente una doctrina de salud para el espíritu, de salvación para el hombre. Sin embargo, el espíritu humano ama todo cuanto le ha pertenecido, todo cuanto ha adorado. Así como el hombre no puede mirar con indiferencia su cuna y su patria, el espíritu no puede abandonar de una vez sus antiguas primeras ideas, que han sido como la patria de su espíritu. Y por eso los primeros cristianos, a pesar de la enseñanza continua y viva de los Apóstoles, no acertaban a salir de la Sinagoga para entrar en la Iglesia. Miraban a Jesucristo por un lado, bajo un aspecto, verdadero sí, pero incompleto: veían en el Salvador el hijo de David, el león de Judá, el prometido por Jacob, el Salvador de Israel; pero no se acordaban de aquella otra fase más bella y verdadera, no se acordaban que Jesucristo era también el hijo de Dios, el Verbo encarnado, el prometido a todas las naciones, el salvador de la humanidad. Este olvido exagerado por algunos dio origen en el nacimiento del cristianismo a una secta, que en mi sentir, es la transformación de los esenios, secta, que amaba a Dios por su miseria, por sus desgracias, por sus padecimientos, por su muerte; pero que le creía un hombre divinizado, como el ateísmo pagano imaginaba a sus dioses, y no un Dios humanizado como enseñaba el Evangelio. Pero esta tendencia primera de los espíritus pronto se ahogó y quedó como perdida en los mares de vida, que la nueva doctrina daba de sí, en el entusiasmo y la fe de sus elegidos, en la inspiración divina de sus Apóstoles.



Los judíos convertidos al cristianismo celebraban todos los ritos y todas las ceremonias de la antigua ley, se circuncidaban como hijos que eran de los hebreos, hacían sus oraciones o las horas prescritas por el antiguo testamento, iban a la Sinagoga y a las asambleas de los judíos, observaban los ayunos mandados por los ritos, ofrecían sacrificios en el ara antigua, celebraban las grandes fiestas nacionales, y doblaban la cerviz ante los sacerdotes del antiguo culto, y abominaban de los paganos. Es verdad que S. Pedro jefe de la Iglesia visible va a recibir en la nueva Iglesia al Centurión pagano; pero lo hace por un aviso celeste, por un mensaje divino, y cuando le estrecha contra su corazón, los discípulos se ofenden y se maravillan de que tienda los brazos a un incircunciso. Esto prueba que si la revelación es una verdad eterna y absoluta, la inteligencia humana para abrazarla y seguirla, necesita someterse y sujetarse a las condiciones propias de su naturaleza. Por eso, los primeros cristianos de ninguna suerte se atrevían a romper con la Sinagoga, a separarse del antiguo Templo.

Una de las primeras manifestaciones del cristianismo primitivo es la de Santiago; aquel apóstol justo entre los justos, elegido entre los elegidos, a quien el pueblo desde su niñez llamaba santo, que no había bebido en toda su vida vino ni comido carne, que no se había corlado nunca el cabello, ni se había valido de los aceites y perfumes orientales, que vestía de lino, y jamás se había cubierto de lana ni de púrpura, siempre en penitencia, siempre de rodillas, siempre orando por el pueblo, y que en una carta dirigida a los fieles, carta escrita con aquel entusiasmo de la primitiva Iglesia, les persuade a abandonar las riquezas del mundo, y a buscar la verdadera riqueza y la verdadera vida en el seno amoroso de Dios, y en el conocimiento de su doctrina; carta santísima, que muestra como los primeros cristianos, que así rompían los lazos del mundo debían propagar su doctrina, y vencer a todos sus enemigos faltos de esa virtud celeste, que se llama fe.

Pero como se ve, había una tendencia particular en el seno de los primeros cristianos, la tendencia a conservar unida la Iglesia y la Sinagoga. El jefe, el símbolo de esta idea, será siempre S. Pedro. Dios en sus altos designios, le había elegido para jefe de la Iglesia. Desde el principio de los tiempos se ve claramente en su vida, y en su persona ese apego a la tradición, ese amor al Templo de sus padres, ese deseo de no romper con la antigüedad, ese instinto de conservación, que ha de ser el carácter particular del Pontificado en toda su dilatada historia. S. Pedro quiere hacer la propaganda de su idea entre los judíos, cree que los circuncidados son más aptos a recibir la verdad que los incircuncisos, sostiene cuanto le es dable la primitiva Iglesia a la sombra del antiguo Templo, y reúne así a su alrededor, gran parte de los mismos que meneando la cabeza con incredulidad decían al



Salvador, «si eres hijo de Dios, baja de la Cruz» Ya hemos explicado que esta tendencia es natural en la primitiva Iglesia como era natural que los discípulos aun no bien instruidos en la doctrina del divino maestro, le preguntaran si trataba de fundar el reino de un día en un rincón del espacio.

Pero la Iglesia Universal, que es la verdad, bien pronto entrará en otra tendencia más universal, en otra idea más amplia y más grande, que corone todo el edificio maravilloso en este primer siglo. Los individuos podrán tener esta o la otra tendencia, las sectas caerán en esta o la otra preocupación; los apóstoles mismos, aunque llenos del Espíritu Santo, podrán vacilar en separarse del antiguo Templo; pero la Iglesia, que es la verdad eterna, la Iglesia, que es infalible, dirá a los espíritus, reunida en medio de la tempestad y las persecuciones, cuál es el pensamiento del Salvador, cuál es el espíritu divino del Verbo. Y se comprenderá que es necesario romper los ritos de la ley antigua, porque van a venir los ritos de la nueva ley; abandonar el santuario, porque Jesús ha sido el santuario verdadero de Dios; despedirse de la montaña de Sion, porque la montaña de Sion es como un grano de polvo ante toda la tierra entregada a la predicación de los Apóstoles; elevar el pueblo de Israel del fondo de su egoísmo al amor divino de todas las razas; respetar en la Biblia el proemio, el prólogo de toda revelación, pero ver en el Evangelio el resumen de toda la verdad; separarse de las ceremonias antiguas para recordar el gran sacrificio del Calvario; predicar no al circunciso, no al griego ni al romano, sino al hombre; recoger a todo el que pida luz sin preguntarle cuál fue su ley, cuál su doctrina; proclamar que en Jesucristo está Dios, que en el Evangelio está toda la verdad, que en la Iglesia caben todos los hombres, que la humanidad debe ser como una familia de hermanos, que el bautismo es, sin necesidad de la circuncisión, toda la salud, toda la gracia.

Esta mirada superior, iba a ser pronto, muy pronto el sentido de toda la Iglesia, el espíritu de toda su doctrina. Pero esta doctrina, como ninguna otra, debía excitar el odio de los fariseos y de la muchedumbre, y debía traer sobre los apóstoles una persecución encarnizada y cruel. Los fariseos habían visto con indiferencia la predicación cristiana, la habían oído dentro de sus mismas asambleas y de sus sinagogas, y Gamaliel había interpuesto su pecho sagrado entre el furor del pueblo escogido y la vida de los apóstoles. Los fariseos creían que la predicación del cristianismo, removiendo los espíritus, exaltando las muchedumbres, había de traer una sublevación contra Roma, y una sublevación entusiasta y heroica. No conocían que el cristianismo, al revés de todas las revoluciones políticas, debía renovar primero el espíritu del hombre, para que después el espíritu del hombre renovara todo el Universo. Y como creían que el cristianismo era una revolución política, en su dura



servidumbre, lo acariciaban como un auxiliar de su doctrina, como un elemento de discordia lanzado en el seno del Imperio. Pero cuál no había de ser su espanto, cuando supieran que el cristianismo se apartaba de la Sinagoga, que no quería la circuncisión, que olvidaba los ritos mosaicos, que se dirigía a conquistar también para su reino a los antiguos enemigos de Israel, al griego, al romano, a los que en aquel instante hollaban la majestad de Jerusalén. Todo el fuego de la tierra, toda la ira de que es capaz el corazón humano, todas las piedras del camino no bastarían para perseguir aquellos profanos, enemigos de Dios, de su templo y de su ley. El furor semita es implacable como las nubes de sus tempestades y abrasador como las arenas de su desierto, y al mismo tiempo astuto como los tigres de sus bosques. Y el furor semita debía crecer, debía llegar a su colmo, cuando oyera que todos los pueblos se creían hijos y herederos de Dios, que todas las razas iban a aspirar a la dignidad primitiva del sacerdocio. Pero esta persecución iba a ser como el látigo, que hería las espaldas de los elegidos del Señor, obligándoles a recorrer toda la tierra para sembrar a los cuatro vientos la semilla de su doctrina.

El hombre privilegiado, que debía señalar primero la necesidad de apartar la Iglesia de la Sinagoga, era S. Esteban. Este joven elocuentísimo, educado en la ciencia griega, dueño de una palabra fácil abundante y entusiasta, inundado de celeste hermosura, se llevaba tras si los espíritus y los corazones, predicando con entusiasmo la doctrina santa del progreso de la Iglesia, la doctrina que tendía a dilatar el cristianismo sobre la frente de todas las razas; doctrina, que caía como una amenaza de muerte sobre los fariseos, y sobre su gente, porque les arrancaba de las manos las varas de los patriarcas, las ofrendas del sacerdocio. Un día que predicaba a la puerta del templo, los fariseos se movieron a indignación, se levantaron contra aquella doctrina, hirieron el cielo con sus gritos, y el furor poseyó sus corazones abiertos siempre al odio y a la venganza. Uno de ellos recogió del suelo una piedra, señaló al joven como herético, y alejandrino, y gnóstico, y le hirió en la frente. Desde este punto, la ira no reconoció límites, y salió de madre. El joven tribuno del cristianismo, cayó herido bajo aquellas piedras, y exhaló su alma. ¡Oh! Su sangre fue la primer sangre cristiana, que después de Jesucristo roció la tierra, sangre fecunda, de la cual había de brotar una nueva idea en el seno inmortal del cristianismo. Desde este punto ya no había esperanza de que los cristianos encontraran paz en Jerusalén, y espacio en su templo. Desde este momento supremo de la historia universal, suena la hora de la dispersión de los apóstoles. Así como en Jerusalén y en el cenáculo habían recibido el espíritu de Dios, en el destierro, en los pueblos que encontraron a su paso, recibieron el espíritu de la



humanidad. Abrasados por la sed anhelante de lo infinito, destilando de sus labios palabras de verdad y de amor, prontos a todo sacrificio, sin temor ni a las persecuciones ni al martirio, saliendo al encuentro de todas las razas dispersas y enemigas, y predicando a todas la fe y la esperanza, dejando por los territorios que pisaban las huellas inmortales de sus doctrinas, de sus ideas; dispuestos a transformar el mundo, a ganar la humanidad entera para su causa, aquellos hombres, sin más arma que su palabra, sin más escudo que su inocencia, sin más auxilio que su justicia, pobres pescadores, rudos e incultos, pero llenos del espíritu de Dios, y de amor a su santa causa, desafían el tormento, amenazan a los emperadores, se deslizan en el hogar doméstico y cautivan para la verdad el corazón de la mujer, se inclinan sobre el polvo donde llora el esclavo y le señalan el cielo como principio de su libertad y a Dios como padre de su alma, conversan con los sofistas y los ganan a la verdadera ciencia, derraman en los aires sus palabras y hacen temblar a los ídolos que se desploman de sus altares; y a pesar de las espadas que les cierran el paso, de las hogueras encendidas, y atizadas en su daño, de las persecuciones sin número, de la perenne tribulación que les rodea, realizan la revolución más grande que han presenciado los siglos, sin derramar más sangre que su propia sangre, y sin pedir más sacrificios que el sacrificio de su propia vida.

Nada más tierno que los martirios de estos primeros defensores de la verdad tal como la tradición eclesiástica nos los ha legado. Santiago, aquel apóstol que había pasado su vida orando al pie de los altares para pedir a Dios el perdón del pueblo, que había evangelizado tantas regiones, que había vertido la paz del Señor en tantas conciencias, por sus virtudes, por su fe, es delatado a Herodes, el cual por complacer a los judíos irritados contra la dirección humanitaria que tomaba el cristianismo, lo envía al martirio, y se gozaron en presenciar su muerte. Su delator se sintió de tal manera herido por el remordimiento de su infame acción, que fue a pedir perdón de rodillas a Santiago, el cual le dio el beso de paz y lo llevó a su lado, y murieron juntamente, invocando el auxilio de Jesucristo. El mismo San Pedro, el más tolerante de los Apóstoles en la Sinagoga, el que menos quería apartarse de sus bóvedas y de su culto fue maniatado y puesto en hondo calabozo, para que la voz de su predicación no trascendiera a las gentes, no se escuchara en el mundo; pero la providencia que velaba por los suyos para auxiliarles en el cumplimiento de sus grandiosos fines, rompió sus hierros, le dio libertad, y le señaló el camino de su predicación: que nunca se ve tan clara la eterna presencia de Dios en la historia como en estas grandes crisis de la vida.



La dispersión de los Apóstoles, señores, os explicaré por qué he querido que la lección anterior precediera a esta relativa al cristianismo en el primer siglo. Así podéis conocer las comarcas que pisan los cristianos. San Juan va al Asia Menor, tierra impregnada del espíritu de la Grecia y dispuesta a recibir el rocío bendito de amor, que en sí llevaba la palabra del discípulo predilecto; San Andrés va entre los escitas y predica a los bárbaros la doctrina desconocida, que ellos han de servir providencialmente con sus hambrientas espadas; San Felipe se dirige a la Alta Asia, y allí, en la cuna misma del Dios-naturaleza, en el seno del panteísmo materialista predica y sostiene el Dios espíritu del Evangelio; San Mateo, cuyo ascetismo religioso se parece al de Santiago, va a terrenos inexplorados entre los negros etíopes; San Judas predica a la raza semita, hermana de su raza, a los árabes, y en el seno de sus desiertos encuentra muchos corazones dispuestos a abrirse a la verdad y al amor, y todos convierten poco a poco el mundo, no solo con su doctrina, sino también con su ejemplo.

Pero, señores, a pesar de esto la verdad es que el cristianismo en este tiempo tiene un carácter como completamente bíblico, y apegado al sentido de la religión antigua. A pesar de la dispersión de los Apóstoles aun la Iglesia universal no había decidido, si la circuncisión era un precedente necesario del bautismo, y la Sinagoga como el arco triunfal para pasar a la Iglesia. La predicación de toda esta edad se refiere a los tiempos, en que ha de volver el Salvador triunfalmente al mundo el día del juicio. Esta idea estaba fija en la conciencia de los primeros cristianos. Era su palabra; era su idea. El libro, que resume admirablemente el estado de los ánimos en este tiempo, es el Apocalipsis de San Juan; libro maravilloso, que amenaza al mundo idólatra empedernido, y abre a los ojos del cristiano el cielo, su eterna esperanza. Detengámonos un instante ante este libro, que es como el resumen de la fase cristiana presentada en esta lección y detengámonos con religioso respeto. Se necesitaba como hemos dicho un libro, un gran libro que resumiera las esperanzas de las generaciones en este instante supremo de la vida del cristianismo, un libro que fuera como el resumen de todos los dolores y de todas las ideas que agitaban el corazón y la conciencia de los primeros cristianos. Como su mismo nombre indica, el libro habla de la venida triunfante del Mesías, de su aparición, transfigurado sobre una nube gloriosa, inundado de luz, como no lo había visto ninguna generación, ninguna edad. Esta edad era para los cristianos de tribulación y de amargura. Predicaban la paz, y solo habían encontrado la guerra contra su doctrina. Predicaban un Dios de amor, y el mundo les pagaba con odio. Predicaban el reino divino, y los dioses y los oráculos lanzaban sus anatemas sobre aquella renovación de la vida,



que iba a dejar vacíos sus templos, desiertos sus aliares. Así, doquier veía el genio de la antigüedad un cristiano, se lanzaba a devorarlo, para devorar también su doctrina. Creían como creen todos los déspotas, todos los que viven a la sombra venenosa de una injusticia o de un privilegio, que con ahogar a los sectarios de una idea habían ahogado la idea, habían destruido para siempre la doctrina. Y nada prueba tan real y evidentemente que hay en nosotros algo superior al cuerpo, algo que no puede oprimir el carcelero, que no puede aniquilar el verdugo como esa inmanencia de las ideas que viven y crecen, y se agitan más, por su propio impulso, según mueren sus sectarios, porque la muerte no puede llegar nunca con sus sombras al espíritu, y el espíritu es el origen de las ideas. Pero en estas grandes persecuciones, en esta aflicción de todos los días, el pueblo cristiano necesitaba un consuelo para sostenerse contra la persecución, un libro, en que dilatara sus infinitas esperanzas. Los infelices no tenían una piedra donde reclinar su cabeza, las hondas entrañas de la tierra eran su vivienda, y sobre sus cabezas caía un continuo bautismo de sangre. Sobre todo, en el Asia Menor; allí donde el paganismo se había transformado para pasar a Grecia; allí donde la raza helénica había recogido toda la herencia religiosa de su madre la raza indo europea para formar sus deslumbradoras teogonías; allí, donde cada piedra había pertenecido o estaba destinada a un templo, y cada flor a un altar; allí, el paganismo, que no había recibido de los filósofos las profundas heridas que recibiera en Grecia, se exaltaba con extrema exhalación, y lanzaba rugidos de muerte contra la nueva secta, que, a pesar de su pobreza y de su humildad, iba a arrancarle la corona de verbena de las sienes, y de las manos el áureo sagrado tirso; y pedía sacrificios sangrientos y terribles para sus aras abandonadas ya por el pueblo. Las congregaciones cristianas, allí nacientes, solo sentían el rumor del huracán que las azotaba y las perseguía; y su conciencia y su corazón se replegaban en el seno de sus grandes y sublimes esperanzas; y sobre todo en aquella idea que estaba en todos los espíritus viva y deslumbradora, en la venida del Salvador a juzgar a los hombres, cuya época no podían designar, pero que no debía estar muy lejana para los que veían tantas angustias en el mundo, tantas sombras en la conciencia humana, tantas injusticias desencadenadas en la tierra, tantas señales de enojo en el cielo. Entonces el gran Profeta Evangelista de Patmos, recoge las grandes aspiraciones de sus hermanos, y a la luz de las hogueras, mojando su pluma en el eterno iris, escribe el Apocalipsis, libro cuya grandeza no puede medir el humano pensamiento. El genio del mal se esconde entre sombras, y afila sus garras para clavarlas en el seno de la madre Iglesia. Los elegidos del Señor pelearán contra él, y le encadenarán, y la Iglesia se alzarán radiante y victoriosa, cegando a todos sus enemigos.



Abramos este gran libro. Lo primero que aparece es el trono del Señor resplandeciente, asentado sobre el hombre, el león, el águila y el loro, signo de los atributos esenciales de la divinidad; iluminado por siete grandes hachones que lo inundan de luz, y coronado por ángeles, que se pierden como sombras indecisas pero bellísimas en aquella etérea impalpable atmósfera perfumada por la divina esencia. Delante del Señor se ve el libro del porvenir, sobre el cual no puede poner su mano ningún hombre, y solo Cristo romperá en el día señalado por Dios sus misteriosos sellos. Cuando Cristo coge el libro entre sus manos, los ángeles, los serafines, las jerarquías celestiales entonan cánticos, que ruedan sobre aquellos espacios henchidos de alegría, y la tierra retiembla sobre sus cimientos, y el Universo se conmueve, y la humanidad palpita bajo su sombrío sudario. Cristo abre los cuatro primeros sellos del libro, y aparecen todas las grandes calamidades, que han de agitar la tierra antes de la venida del Salvador; la conquista, que encadenará las razas con el incendio y la muerte; la guerra, que llevará por todo el mundo su desolación y su espanto; la peste, que dejará yermos los campos, solitarias las aldeas; el hambre, que agotará la vida de la doliente humanidad anegada en amargo océano de dolores. Cuando el quinto sello se abre, aparecen los mártires, agitando sus palmas y pidiendo un castigo para los que han derramado en la tierra su sangre, pero el Señor les dice que aguarden a que se consume todo el sacrificio. Y cuando rompe el sexto sello, un gran terremoto agita la tierra, el sol se vuelve negro, la luna sangrienta, las estrellas caen sobre la tierra como los frutos maduros del árbol, el cielo se pliega como un royo de pergamino, los montes saltan como cabritillos, las islas se sumergen como piedras en el fondo de los mares, los reyes y los esclavos se ocultan en lo más hondo de la tierra, los hombres gritan que caigan sobre ellos y los sepulten las montañas, porque ha llegado la hora tremenda de la justicia; gran silencio se extiende sobre el Universo, y el ángel del Señor atraviesa los espacios y va a sellar con el sello de su elección la frente de los justos, para que se liberten de las terribles calamidades que caen sobre la tierra. Rómpele el séptimo sello, y aparece una nueva escena. Entonces se levantan del fondo de aquel revuelto mar de la vida siete ángeles que toman siete trompetas y queman delante del Señor las oraciones de los santos, como regalado incienso, y el primero de los ángeles suena su trompeta y se congela granizo mezclado con fuego y sangre que cae y quema la mitad de la tierra; y al sonido de la segunda trompeta, la mitad del mar se convierte en sangre; y al sonido de la tercera trompeta cae una estrella que abraza los ríos y las fuentes; y al sonido de la cuarta trompeta se oscurece la tercera parte del sol y de las estrellas; y entonces, una inmensa águila abre sus alas y lanza lastimeros gemidos, anunciando nuevos males; y en efecto, al



eco de la quinta trompeta, los profundos abismos se abren y sube como un humo, que oscurece el cielo, y los ángeles exterminadores bajan con sus flamígeras espadas a herir a los hombres, que en vano piden a grandes voces la muerte, como única defensa contra aquellas plagas, como único refugio en sus grandes tribulaciones.

El mundo estaba ya preparado para recibir el último secreto que encerraba el libro de la vida. Dios abre el templo de Salomón, para que sus elegidos se refugien, mientras el resto de las habitaciones de Jerusalén y de sus habitantes, por decreto supremo, se ven repentinamente entregados al fuego y al cuchillo de los paganos. Moisés y Elías predicán la penitencia, pero el Anti-Cristo los mata, y bien pronto se transforman y resucitan, y apenas surcan los aires para volar al cielo, la tierra se abre, se traga siete mil hombres, y los judíos maravillados se convierten al cristianismo; y mientras esto sucede en el cielo aparece saludada por suave música, entre místicos resplandores, el arca de la alianza, señal de la reconciliación del hombre con su Dios.

Pero aún no ha acabado este gran simbolismo, que encierra una teología. La nueva Iglesia tiene tres grandes enemigos, irreconciliables, feroces. Una mujer vestida con los resplandores del sol, y apoyada sobre la luna, y ceñida la sien con una diadema de doce estrellas, se resbala silenciosa y sublime sobre los mares y los desiertos; y quieren los enemigos de Dios aniquilarla, porque lleva en su seno la salud de Israel. Sus enemigos son Lucifer escondido traídoramente entre las sombras; un monstruo de siete cabezas coronadas con siete diademas, que se revuelca en lo profundo de los mares, y que representa la imagen del imperio romano; y otro engañador animal fantástico que representa a los falsos profetas; pero la mujer se desliza sobre los vientos como llevada por la mano del mismo Dios para dar la gracia y la libertad a los elegidos.

La lucha va a comenzar. Tres voces terribles anuncian las más pavorosas profecías; el castigo de Roma, el exterminio de los perversos, el juicio universal; y apenas estos clamores se comunican a los vientos, aparecen ángeles con las copas en la mano rebosando la ira celeste; y las arrojan sobre la tierra, el mar, los ríos, el cielo; y todo el Universo se emponzoña; y Roma abrasada por el hirviente licor forcejea sobre sus tormentos, y el Éufrates se evapora y seca para abrir paso a las legiones que corren a herir y aniquilar a la reina de las naciones envuelta en humo y llamas; y mientras se desploma esa impura Babilonia, y lloran los reyes sus vasallos, los comerciantes sus cortesanos; los elegidos entonan cánticos, que se pierden allá en los cielos, alabando la justicia del vengador de los justos. Por fin se desenlaza este terrible libro. El Señor viene montado sobre un caballo blanco, y atraviesa con



su palabra más cortante que una espada a sus enemigos; sus ángeles encadenan a Satanás en el fondo de los pavorosos abismos; los mártires se levantan de sus sepulcros y con palmas de luz en las manos, se pierden amorosos en el seno del Padre; los poderes enemigos enmudecen; los muertos se levantan de sus sepulcros, se visten sus carnes, oyen la inalterable sentencia; y la Jerusalén celeste se levanta triunfante, compuesta de jaspe y de cristal, cercada de diamantes y esmeraldas, iluminada por la claridad eterna del cielo, fluyendo de sus fundamentos el claro y trasparente río de la vida.

Esta obra como se ve resume todo el pensamiento de su época, todo el espíritu de los cristianos en su edad. So conoce que el escritor evangélico, a las orillas del mar, ha visto abrirse los cielos, se ha abismado en la gloria prometida, y no ha podido en la lengua de los hombres contener todo lo que el Eterno había revelado a sus ojos. Así nosotros cuando vemos pasar los ángeles, esos coros de serafines, esas legiones de mártires con sus palmas de luz, esos emisarios del Eterno con sus copas rebosando ira en sus manos, esos monstruos alados, esas nubes de aves de rapiña de mil figuras que van a lanzarse sobre los enemigos de Cristo, nos sentimos como poseídos de un vértigo religioso, en presencia de un mundo superior a nuestros sentidos, y nos abismamos en el fondo de esos misterios sin comprenderlos, aunque sabemos que son misterios del cielo, como el viajero que perdido en ignorado país en oscura noche solo mira la lejana luz de las estrellas. Pero este libro debía infundir una fe muy viva a los cristianos. La hidra de siete cabezas domeñada, Satán encadenado, los monstruos desarmados, la Iglesia triunfante rodeada de sus mártires era un cuadro hermosísimo, que debían ver los perseguidos con más vivos colores según fuera mayor la exaltación de su fe, y la intensidad de sus dolores.

He concluido. Hemos visto el Cristianismo en su nacimiento. En nuestra próxima lección examinaremos toda la importancia del genio extraordinario, cuyo nombre será repetido por las generaciones como uno de los salvadores de la humanidad, del que Dios llamó por su inspiración al apostolado, del que sacando el Evangelio del fondo de la Sinagoga, iluminara con su luz a todos los hombres, con su calor toda la tierra, para que concluyeran las castas religiosas, los odios sacerdotales, y comenzara o sonreír sobre el mundo el cristianismo como una idea universal, descendida del cielo para realizar la igualdad ante Dios; revolución inmensa, que ha de llegar hasta la raíz de la vida, que ha de transformar toda la historia.— He dicho.